

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 11 - 17 septiembre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 35



LOS SECRETOS DE LOS JESUITAS

UNA
COMPAÑIA
QUE LLEVA CUATRO
SIGLOS EN VANGUARDIA

LA VERDAD
DEL CUARTO
VOTO

DE LA MUERTE A LA VIDA

Una interesante información sobre los Isotopos Radiactivos en Medicina, firmada por el doctor Octavio Aparicio, en la página 32

EL LIDO, PARAISO DE LOS ECONOMICAMENTE FUERTES

Una crónica desde Venecia, por nuestro enviado especial M. Blanco Tobío, que contiene la serie «Europa, año de la liberación». En la página 21

Carta del Director a don Manuel Zaragoza (pág. 9) * La ruta de una paz sin defecolones, por el obispo de Coria (pág. 10) * Villarramiel, un pueblo que vive de la piel, por nuestro enviado especial, Blanca Espinar (pág. 15) * Provenza es dulce y ligera, por nuestro enviado especial Manuel Gilares (pág. 26) * Apuntes para las memorias de un redactor político, por Francisco Casares (pág. 28) * Gómez-Moreno prepara sorpresas fundamentales en el campo arqueológico. Entrevista por A. Cándela (pág. 44) * «La tercera revolución», por Karl Stern (pág. 46) * Los Amantes de Teruel, por Luis Carlos Alvarez y Jesús Vasallo (pág. 50) * Aranjuez es como un oasis, por nuestro enviado especial Diego Jalón (pág. 55) * EL PRIMO FERNANDO, novela por José Luque Calderón (pág. 38)



Hombres y mujeres, niños y mayores

Todos la usarán porque conviene a todas las edades y porque su eficacia la hace insustituible.

Basta una pequeña cantidad en el cepillo, menor que la corriente en otros productos, para que la Crema Dental LISTERINE con Actifoam, produzca sus higiénicos efectos detergentes.

Su agradable sabor y la sensación de frescura y limpieza que deja en la boca convence a todos, niños y mayores.

USTED Y
SUS HIJOS
TIENEN
DERECHO
A UNA
DENTADURA
SANA

LISTERINE

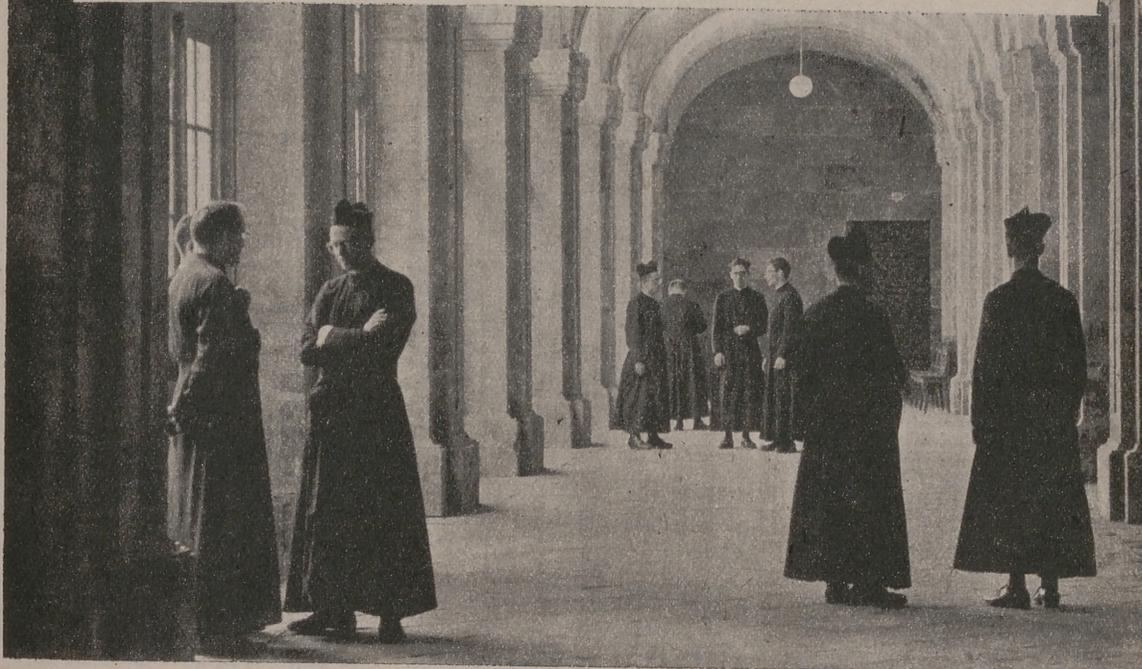
CONTIENE
Actifoam
ANTIENZIMICO



Enjuagues y gárgaras con Antiséptico LISTERINE mejoran la higiene bucal. Boca y garganta inmunes evitan contagios y afecciones graves.

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

LOS SECRETOS DE LOS JESUITAS



UNA COMPAÑIA QUE LLEVA 4 SIGLOS EN VANGUARDIA

LA VERDAD DEL CUARTO VOTO

DIECISEIS AÑOS DE FORMACION

PRIMERAS horas de una mañana veraniega. Al cronista, que disfruta de sus vacaciones en tierras salmantinas, le apetece un largo paseo por ruta escogida de antemano. Carretera de Ledesma adelante, partiendo de la capital. Quedan atrás el populoso barrio obrero de Los Pizarrales y el vecino pueblo de Villamayor, el de las milagrosas canteras de donde se extrae esa típica piedra que se dora al sol y que ha dado una fisonomía inconfundible a la Salamanca monumental, igual que a la moderna.

Villamayor ha quedado ya a media hora de marcha.

Poco más adelante, el Tormes se cruzará con la carretera. Pero interesa precisamente otro punto determinado del río, unos centenares de metros antes de esa confluencia. Hay que coger un atajo que sale a la izquierda. Son varios los atajos y surgen las dudas, que se aclaran pronto, gracias a una moto que, partiendo de uno de ellos, enfila la carretera en dirección contraria a la nuestra.

«PROHIBIDO EL PASO»

El motorista es un padre jesuita. Al cruzarnos le he recono-

cido. En mi niñez ya muy lejana le tuve de profesor en Carrión de los Condes. Hace cinco años volví a verle recién venido él de China, luciendo una poblada barba negra que milagrosamente no se le había encanecido, pese a más de veinte años de fatigas misioneras.

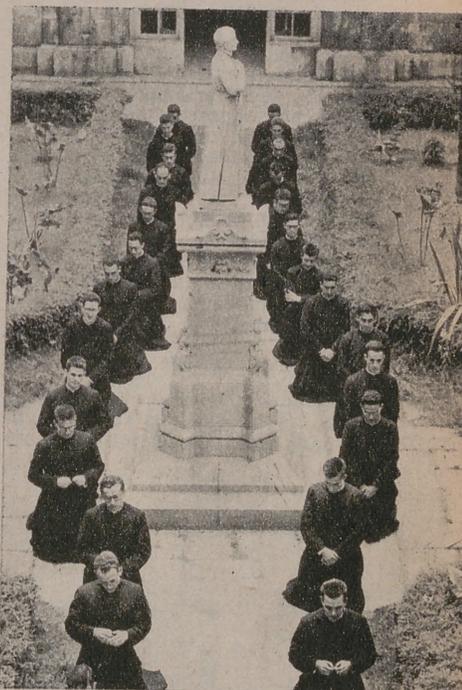
Ahora está en Salamanca, encargado de supervisar las obras de una finca de la Orden en la ribera del Tormes. Aclaradas mis dudas sobre el emplazamiento de la finca tiro por el atajo que acaba de abandonar el padre con su moto. A unos 200 metros poco antes de un montículo que impide ver el río y los árboles que por allí le rodean hay un poste con el consabido letrero: «Prohibido el paso».

—Estos jesuitas siempre tan reservados—murmuraría más de uno en mi lugar. Y volvería a desandar el camino.

Yo sigo adelante, pensando, a medida que avanzo, en que al famoso letrero puede sacársele, en este caso concreto, su punta de simbolismo. Es el clásico tópico que hace al profano creer en los intrincables misterios jesuíticos. ¿Qué habrá detrás de ese monte?

Como quien dice:

—¿Qué encerrará en su interior



Novicios de la Compañía de Jesús rezando el rosario junto a la imagen de su Patrono, San Estanislao

ese coto cerrado qué se llama la Compañía de Jesús?

He ahí por cuanto yo me brindo a descifrarlos los secretos. No por otra parte, ya dejaron de serlo para muchos a lo largo de los cuatro siglos transcurridos desde

la muerte del fundador. El Año Ignaciano ofrece buena ocasión para satisfacer vuestra curiosidad.

UN MAESTRO DE NOVICIOS, EN MOTOCICLETA

Ya estamos del otro lado del monte. Lo que ocultaba este ribazo de junto al Tormes es precisamente el primer eslabón de la cadena de misterios jesuíticos. Se trata de un Noviciado. Y un Noviciado que presenta una faceta muy de actualidad. Resulta que también los jesuitas saben ser modernos cuando hace falta. Los novicios no están ahora encerrados en un edificio más o menos espacioso. Al aire libre, de cara al agradable paisaje que presenta el frondoso arbolado que bordea el río en este acogedor recodo, pasean en silencio practicando la oración de la mañana. Han pasado la noche, lo mismo que las anteriores, en tiendas de campaña de rudimentaria instalación. En la más decorosa de todas hay un altar improvisado donde han oído hace rato la santa misa. La ha dicho precisamente el antiguo misionero de China que me crucé en el camino.

El padre maestro de novicios vendrá poco después utilizando la misma moto. Es un religioso todavía joven, bien plantado y de anchas espaldas. No parece muy locuaz, pero en su hablar pausado y firme se transparenta la sinceridad y llaneza de su tierra zamorana.

—Le chocará a usted este Noviciado al aire libre y este maestro de novicios montado en una moto. No es cosa que se ve todos los días. Puede valer de explicación la circunstancia de hallarnos de vacaciones. Lo cual no quita para que se cumpla la distribución del noviciado lo mismo que en nuestra casa de Salamanca. Pero los tiempos mandan y no vienen mal a los religiosos, sobre todo si son jóvenes, tres o cuatro semanas de tiendas de campaña. Para muchos incluso puede resultar una prueba más en la vida de sujeción que ahora comienzan.

ANOS DE PRUEBA

Porque la vida del jesuita es dura. ¿Para qué nos vamos a enganar? Su etapa de formación se

alarga normalmente por espacio de dieciséis años. Catorce de estudios y dos de noviciado.

Así se le advierte claramente de antemano a todo joven u hombre maduro, pues pasados los quince años cualquier edad es reglamentaria que pretende ingresar en la Compañía. Primeramente se hace al candidato un «examen general» según la nomenclatura y normas establecidas en las Constituciones ignacianas. Averiguada su aptitud para la Compañía por lo menos la ausencia de impedimentos, se ponen ante los ojos del pretendiente con toda su cruda realidad las cosas más arduas que encontrará en la vida religiosa, para tantear su resolución y para que después no alegue ignorancia en los compromisos que contrae. Se le exponen las pruebas y experiencias a que será sometido en el noviciado y, si cree que ha de superarlas, queda admitido.

Aún tardará en pertenecer propiamente a la Compañía dos años, que es lo que dura el noviciado jesuítico: a diferencia de lo establecido en todas las Ordenes religiosas anteriores a la de San Ignacio y aun en muchas de creación posterior, en las que solo se exige uno. En el primero, los novicios jesuitas se ejercitan exclusivamente en actos de piedad y en practicar las pruebas requeridas. En el segundo comienzan ya a iniciar o a repasar si los tienen iniciados antes—suavemente los estudios humanísticos

—¿Son muy duras esas pruebas?

El padre maestro deja que me conteste uno de sus súbditos, ya reintegrados han pasado unos días desde mi excursión—a su noviciado de San Estanislao. No es de los que se han educado desde niño en una de las llamadas escuelas apostólicas, los cuales más o menos ya están algo enterados de lo que en el Noviciado les espera. Es casi un hombre hecho y derecho, con su carrera universitaria a punto de terminar.

—Me intrigaba la historia de los jesuitas. ¡Se decían tantas cosas de ellos! Y sobre todo de los novicios. Ahora puedo hablar con conocimiento de causa... Un buen día nos llamó aparte—a mí y a otros seis—el ayudante del padre maestro. ¡Ibamos a empezar el mes de oficios humildes: la prueba

«de cocina», en lenguaje jesuítico. Esa prueba en que según los «entendidos» tenemos que barrer con el mango de la escoba, plantar lechugas al revés, regar palos secos y otras lindezas por el estilo. Pues sí, pero no. Barrimos los escaleros sólo que de arriba abajo, como Dios manda;

fregamos, limpiamos, volvimos a barrer. Y en la cocina, limpiar azulejos, subir carbón, escoger lentejas, mandar patatas picas, cebollas... Nada de extravagancias ni de cosas raras, pero tampoco nada de «sport». Un mes de auténticos «oficios bajos y humildes».

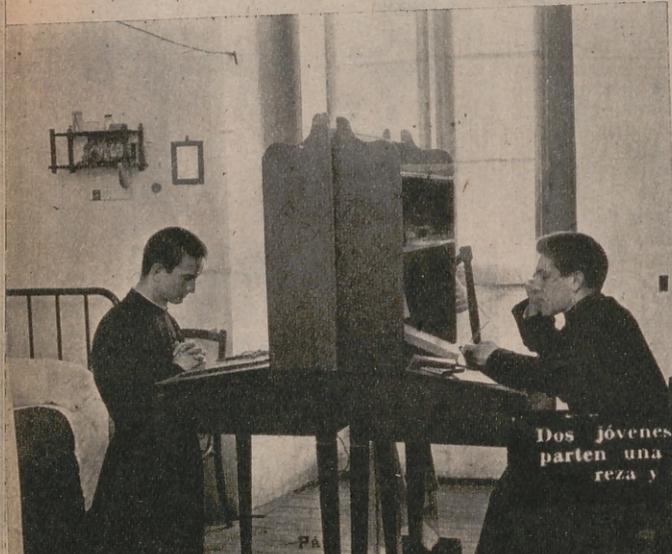
Me habla después el novicio del «mes de hospital». Treinta días ejercitando la caridad y paciencia en un asilo de ancianos; en un cementerio de vivos, según frase de uno de los asilados. También existe la prueba de peregrinación: dos o tres semanas sufriendo frío o calor por esos campos de Dios en largas caminatas, sin más bagaje que una mochila para echar lo que las almas buenas quieran darles de limosna. Quijotes a lo divino en andanzas apostólicas, después de mal comer y dormir incómodo, han de ayudar más de una vez a los párrucos de los pueblos en ruta en sus ministerios pastorales. Principalmente, claro está, en la enseñanza del Catecismo, que es, por otra parte, dentro del noviciado—como lo ha de ser durante los catorce años de estudios—el principal campo de experimento de su futura labor evangélica.

Su vocación todavía se pone a prueba en otros aspectos durante esos dos años de noviciado. El mes completo de ejercicios espirituales según el método ignaciano, que han realizado a poco de ingresar, les ha puesto ya cara a cara con su futuro. Una vida de comunidad intensa les pone en trance de practicar una de las virtudes fundamentales en la vida religiosa: la caridad. Semanalmente y por orden riguroso de antigüedad—el novicio, en medio de todos sus hermanos de probación, escucha en público las faltas de disciplina o defectos de carácter que los demás en él advierten.

ESTUDIANDO HUMANIDADES

Transcurridos dos años desde su ingreso, al novicio que persevera en su empeño se le conceden los votos simples. Desde el momento en que los emite, es ya auténtico jesuita. Por su parte, se ha ligado a la Orden a perpetuidad y no podrá dejar de cumplir sus votos sin haber obtenido las dimisorias extendidas por los superiores. Estos, en cambio de ahí el carácter de simples que tienen tales votos—, pueden desligar de su obligación al votante siempre que «por grave causa» juzguen que debe salir de la Compañía. Solamente al cumplir los últimos votos o la profesión solemnemente es cuando existe esa perpetua ligazón mutua entre la Orden y un miembro de ella.

Pero hasta llegar ahí faltan aún muchos años de formación. Esta formación es de tres clases: ascética, intelectual y práctica. Los fundamentos de la primera ya se han echado en el noviciado. A partir de ahora, desde el momento de emitir los primeros votos, sin abandonar las prácticas diarias de piedad, comienza la intensa vida de estudios. Todavía, sin salir del recinto de la casa-noviciado. Los «juniors»—que así llaman los jesuitas a



Dos jóvenes novicios comparten una habitación. Uno reza y otro estudia

sus primeros religiosos con votos cursan sus tres años de Humanidades y Retórica en el mismo edificio, aunque en distinta comunidad, que los novicios.

Sin embargo, en estos días si go refiriéndome a la época veraniega—los «juniors» de este colegio salmantino de San Estanislao se hallan fuera de Salamanca. La intensidad en los estudios durante el curso aconseja alargar las vacaciones, que transcurren en otra casa de la misma provincia jesuítica.

Porque los jesuitas españoles se hallan distribuidos en seis provincias. Conviene, antes de pasar adelante, dar su cuadro geográfico y estadístico. Así cualquier lector puede confirmar por su cuenta—o ampliarlos si se queda insatisfecho al final de estas páginas—los informes sobre la vida íntima de los jesuitas. En ninguna de las seis casas de formación o de los Centros de Estudios Superiores—Colegios Máximos los llaman ellos—les impedirán la entrada. Y cualquier joven estudiando de Humanidades, Filosofía o Teología podrá contarle las incidencias de su vida de estudios, de piedad, de recreo, de ensayos apostólicos por los pueblos del contorno.

GEOGRAFIA JESUITICA

Provincia de Andalucía.—Comprende las ocho provincias de la región andaluza. Es la única que coincide exactamente con la nomenclatura corriente. Su casa de formación—noviciado y juniorado—radica en Puerto de Santa María. Los estudios superiores, Filosofía y Teología, en la famosa cartuja de Granada. Hasta hace poco los jesuitas andaluces tenían a su cargo las casas del Ecuador; pero ahora aquel país sudamericano forma una viceprovincia independiente. El número de miembros que la Compañía tiene en Andalucía ha disminuido en los últimos años por ese motivo. La estadística referida a comienzos del año actual da la cifra de 579.

Provincia de Castilla occidental.—Tiene 809 jesuitas repartidos en Vizcaya, Alava, Burgos, Valladolid, Avila y Segovia. Esta división es relativamente reciente. Hasta hace seis años sólo había una provincia de Castilla, constituida por las provincias Vascongadas, Navarra y Castilla la Vieja, con la excepción de Santander. La nueva creación se hizo sobre la base principal de dividir las Vascongadas y añadir, separándola de León, a la provincia de Valladolid. En ella se está construyendo ahora el Noviciado, que provisionalmente funciona en la villa vizcaína de Orduña. Dentro de poco se inaugurará la nueva y definitiva casa de formación de esta provincia en un pueblo de mucha tradición en la historia de la primitiva Compañía; Villagarcía de Campos. El Colegio Máximo sigue radicando en el antiguo monasterio burgalés de Oña.

Castilla oriental.—Las provincias castellanas de Logroño y Soria dan nombre a esta circunscripción jesuítica. Pero se nutre principalmente de sujetos nacidos en Guipúzcoa y Navarra, separa-

das en 1949 de la primitiva Castilla, así como de la región aragonesa, que hasta aquella fecha componía con Cataluña y Levante la llamada entonces provincia jesuítica de Aragón. El noviciado de Castilla oriental sigue radicando, naturalmente, en la villa natal del fundador: Loyola. De la misma forma que la casa de preformación, la escuela apostólica, de donde sale para esta provincia un fuerte porcentaje de vocaciones, continúa en la cuna de otro inmortal jesuita español: Javier. No tiene, en cambio, todavía esta provincia Colegio Máximo, y sus religiosos siguen utilizando el monasterio de Oña, en la otra Castilla. Número de jesuitas de Castilla oriental: 1.094.

Provincia de León.—Con excepción de Valladolid, desgajada hace seis años para pasar a Castilla oriental, todo el reino de León pertenece a esta provincia, que comprende, además, Galicia, Asturias y Santander. Noviciado y juniorado, en Salamanca; Escuela Apostólica, en Carrión de los Condes, actualmente la casa más antigua de la provincia. El Colegio Máximo, en Comillas; levantado hace muy pocos años a la vera de la famosa Universidad Pontificia, regida por la Compañía de Jesús. Número de religiosos de León: 911. De esta provincia se separaron hace tres años Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico para formar la viceprovincia independiente de Las Antillas.

Provincia tarraconense.—Su creación también data de la misma reciente época que la división de las dos Castillas. Está compuesta por las regiones de Cataluña, Valencia y Baleares. Pese a la desmembración de Aragón, sigue siendo con bastante la mayor en número de religiosos: 1.296 dan las últimas estadísticas. Noviciado y Colegio Máximo son nuevos en esta provincia. El primero se trasladó de Veruela, al desmembrarse Aragón, al pueblo de Raymat, en la provincia de Lérida. El segundo pasó hace poco de Sarriá a San Cugat del Vallés, donde ha construido la Compañía un edificio de nueva planta.

Provincia de Toledo.—Desde 1924, en que se separó de Anda-

Santuario de Loyola: noviciado y juniorado de la provincia de Castilla oriental

lucía, continúa, como ésta, con los mismos límites. Pertenecen a Toledo, Castilla la Nueva con sus cinco provincias, las dos de Extremadura y las dos murcianas. El Noviciado, en la villa madrileña de Aranjuez. Hasta hace quince años, sus religiosos cursaban los estudios superiores, en sus dos ramas de Filosofía y Teología, en la cartuja de Granada. Desde 1939 sólo van a Granada los teólogos. El Filosofado ha radicado hasta este año en el antiguo Colegio de Chamartín de la Rosa. Precisamente en estos últimos días acaba de trasladarse a un nuevo edificio en Alcalá de Henares. Número de jesuitas de la provincia de Toledo: 735.

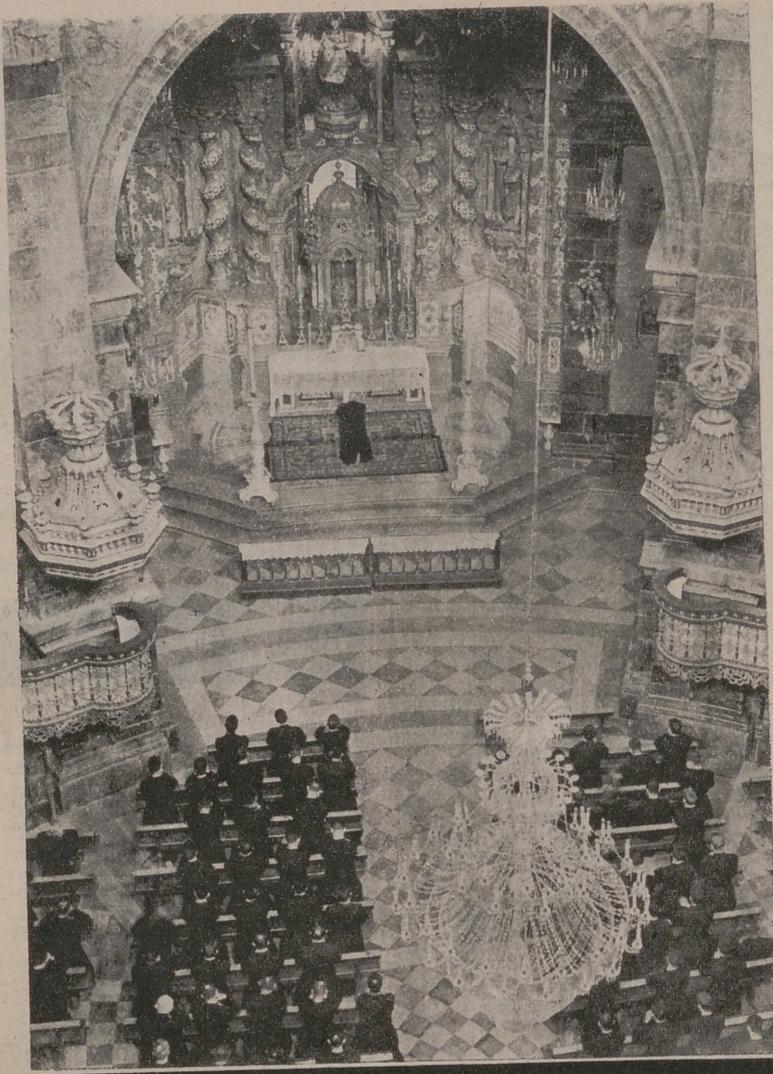
MUCHOS SON LOS LLAMADOS

Si habéis sumado las cifras de cada provincia y no os habéis equivocado en la suma, sale un total de 5.424. Tal es el número de jesuitas pertenecientes a las seis provincias españolas—incluidos los que trabajan en Misiones de infieles dependientes de ellas—al comenzar el año 1955. Algo menos de la sexta parte de toda la población jesuítica mundial, que se elevaba en esa misma fecha a 32.008 exactamente.

Es, sin duda alguna, la Orden religiosa más numerosa de todas. Supera en más de cinco mil a la de los franciscanos, que siguen a continuación, y en siete y ocho mil, respectivamente, a salesianos y Hermanos de las Escuelas Cristianas, que ocupan el tercero y cuarto lugar en número de religiosos.

También, probablemente, es la Compañía de Jesús la Orden que crece a ritmo más rápido. No hay que olvidar que aun no ha pasado siglo y medio desde su restauración en 1814, tras cuarenta y cuatro años de supresión. Los cálculos hechos a base de la última década dan un aumento de medio millar por año, poco más o menos.

Naturalmente que son muchos más los que ingresan. Sólo en Estados Unidos, por ejemplo, se



Rezo de comunidad en la capilla de Loyola

calculan en 300 los jóvenes que trasponen la puerta de los distintos Noviciados en las ocho provincias en que se agrupan los 7.630 jesuitas norteamericanos. Pero de esos 300, sólo el 60 por 100 llega a perseverar. Y es probable que en otros países sea mayor el porcentaje de los que abandonan.

Ya hemos quedado en que son duros y largos los años de formación. Volvamos a seguir al joven jesuita que acaba de hacer sus primeros votos. Estábamos con él en el juniorado, cuando empezamos nuestra excursión por la geografía y la estadística.

Tres años con Cicerón y Demóstenes, Plauto y Homero, Shakespeare y Calderón de la Barca supone un buen bagaje de estudios clásicos. El junior ya está maduro para pasar a Filosofía. Es quizá la época más peligrosa de la probación. Durante el juniorado se mantiene vivo el rescaldo de la formación ascética del Noviciado. En Filosofía se contrasta más la vocación, pues los estudios son forzosamente más intensos. Y más profanos también. En esos tres años de Filosofía entra, además, naturalmente, la formación amplia y honda en las distintas ciencias no eclesiásticas. La edad normal, por otra parte, es también la más peligrosa. Por regla general, el je-

suita estudiante de Filosofía oscila entre los veinte y los veinticinco años. Cuando la llamada de la pasión es más insistente.

La contrapartida está en los métodos formativos. Nada de esnobismo con que la gente suele concebir la vida del estudiante jesuita. El cual, por el contrario, alterna sus ratos de estudio con ejercicios piadosos; tiene diariamente más de dos horas de recreación; sale de paseo, al menos tres veces por semana; sigue ejercitándose los domingos y días de fiesta en tareas apostólicas por los pueblos circunvecinos.

LA «BICI», ARISTÓTELES Y EL BALONCESTO

Entrad conmigo en un Filosofado de jesuitas de recién fundación: San Cugat, Comillas Alcalá. Cualquiera de ellos. Un edificio alegre, bien ventilado, con mucha luz. En uno de sus laterales, un amplio patio con modernas instalaciones deportivas, campos de fútbol, de tenis, de baloncesto. Trasponeamos la entrada. Junto al mismo vestíbulo, un amplio corredor. Si es tiempo de recreo, oíréis las voces de los filósofos con el mismo timbre bullanguero de cualquier joven de su edad. En uno de los apartamentos de ese corredor, docenas de bicicletas. Lo mismo las

utilizan para sus paseos y participamientos que para sus ensayos de correrías apostólicas. Los días de lluvia, una amplia habitación les incita a entretenerse en toda clase de juegos sedentarios.

Entre el parchís y el baloncesto, la oración y el examen de conciencia diario, los ejercicios de piano o acordeón, no es difícil refutar a Kant y Descartes, estudiar a Platón y Aristóteles y hasta bucear en las pintorescas teorías del existencialismo. Para la mayoría, pasa sin sentir el trienio del filosofado, sin haber desperdiciado, ni humanamente hablando, la dorada época de la juventud. Y habiendo, en cambio, adquirido la licenciatura —y muchos el doctorado— en Filosofía.

Ahora, un paréntesis en la vida de estudios. Ya lleva el joven jesuita ocho años de Compañía. Pero no hay prisa para llegar al sacerdocio. Interesa más completar la formación práctica, sin dejar del todo la intelectual y la ascética. Antes de continuar siendo alumno en las aulas de Teología conviene una experiencia profesoral. Tres años es lo corriente. Durante ellos, los jóvenes jesuitas ayudan a los padres graves en su tarea de explicar asignaturas diversas en Seminarios o Colegios.

Para cuando comienza el magisterio —así se llama ese trienio de experiencia docente— el joven jesuita ya se ha ordenado de menores. La coronilla siempre infunde cierto respeto a los alumnos. Al fin y al cabo, a la edad que generalmente tienen los «maestrillos» —como se les denomina con familiar calificativo— ya suelen haber cantado misa los miembros de otras Ordenes religiosas y del clero secular.

VELANDO LAS ARMAS

El jesuita, cuando llega al sacerdocio, ha cumplido de ordinario los treinta años cuando menos. Los Ordenes Sagrados se le confieren al final del tercer curso de Teología. Aun no ha terminado, por tanto, la vida de estudios.

Ni siquiera al salir del Teologado, después del cuarto año, se da por finalizado el período de formación. La intelectual, por lo general, ha cerrado ya su ciclo, con una excepción para aquellos que, por estar destinados a la enseñanza de alguna disciplina en Facultades superiores, necesitan otros dos o tres años.

La formación ascética —y religiosa propiamente dicha— culmina precisamente al siguiente año de acabada la Teología. Entonces, el ya sacerdote jesuita practica lo que se llama la «tercera probación», una especie de segundo noviciado, en el que, además de realizar la mayoría de las pruebas del primero —cocinas, hospitales, oficios humildes—, estudia a fondo las Constituciones de la Compañía, explicadas por un religioso veterano que lleva un apelativo de aire castrense: el padre instructor. No en balde este año del «Tercerado» es algo así como la vela de armas con que el jesuita, terminado su largo período formativo, se prepara a luchar como buen soldado de esta disciplinada Com-

pañía en cualquier puesto que le designen sus superiores.

Pero aún le falta algo. Todavía no ha llegado —dijéramo— a la plenitud de la vida religiosa: la profesión solemne o emisión pública de los votos.

EL BRAZO DERECHO DE LA COMPAÑIA

Y aquí tenemos que dar un salto atrás. Sólo hemos seguido hasta ahora la formación del jesuita que cursa estudios para culminar en el sacerdocio. Y no podemos olvidar a quienes han ingresado en la Compañía sin intención de ser sacerdotes y que, sin embargo, son tan jesuitas como éstos. En otras Ordenes suelen llamarse legos; en la Compañía, hermanos coadjutores.

Ellos tienen desde el noviciado la misma formación que los escolares. Incluso muchas distribuciones comunes, con idénticas prácticas de piedad. No hay más diferencia que su dedicación externa a oficios manuales y ocupaciones serviles. Sin embargo, ello no rebaja en nada la condición religiosa y hasta lo que pudiéramos llamar rango social de los hermanos coadjutores. Naturalmente que siendo la Compañía una Orden esencialmente apostólica en manos de los sacerdotes han de estar los cargos que suponen autoridad jerárquica.

Pero por lo demás, la función del hermano coadjutor dentro de la Compañía es de una gran responsabilidad. Ellos son quienes hacen posible que todos los años terminen la carrera en las diferentes casas de formación de la Orden, alrededor de 400 sacerdotes. Guardando la casa, cosiendo la ropa, preparando el altar para el santo sacrificio, haciendo la comida labrando las huertas, construyendo edificios, cuidando de los animales domésticos, fabricando muebles, imprimiendo y encuadernando libros, curando a los enfermos, constituyen, sin duda alguna, el brazo indispensable que hace funcionar la gran máquina apostólica e intelectual de la Compañía de Jesús.

Ni faltan entre ellos quienes desempeñen oficios de cierto relieve intelectual y artístico. Algunos ayudan a la educación de los alumnos de primeros grados en los Colegios; otros prestan excelentes servicios en laboratorios físicos y químicos o en Observatorios astronómicos; otros hacen excelentemente el papel de secretarios de los padres procuradores, rectores o provinciales.

EL CUARTO VOTO

Por otra parte, igualmente se ligan a la Compañía escolares que sacerdotes. Unos y otros han ido renovando, durante el período de formación, los votos emitidos al terminar el noviciado. Y llegan a la plenitud de la vida religiosa cuando formulan los últimos votos, públicos y perpetuos. Para ello deben llevar, al menos, diez años de Compañía y tener treinta de edad. Los estudiantes han de haber terminado, por tanto, su carrera eclesiástica. Y su tercer aprobación. Meses después de concluida ésta, es cuando son admitidos a los últimos votos o la profesión solemne. Porque en la Compañía de Je-

sús—a diferencia de lo que ocurre en otras Ordenes religiosas—no se denominan profesos a todos cuantos han emitido los votos perpetuos.

Los profesos son... los del famoso cuarto voto, efectivamente. Ese cuarto voto, que para muchos constituye todavía algo así como el sanctasantórum del misterio jesuítico. Sin embargo, no es otra cosa que una manifestación solemne por la que algunos—no todos, ni mucho menos—sacerdotes de la Compañía se obligan por especial obediencia «a todo lo que el Santo Padre que hoy es—como dice el propio San Ignacio en la fórmula del Instituto—y los que por tiempo fueren Pontífices romanos, nos mandaren para el provecho de las almas y acrecentamiento de la fe».

Externamente en nada se diferencian los profesos de los otros sacerdotes que se han ligado a la Compañía únicamente mediante la emisión pública y perpetua de los tres votos comunes. Por otra parte, esta diversidad de grados—según lo establecen las Constituciones y lo confirma la realidad de una vida en común—ni implica ventaja para los profesos en la participación de los beneficios espirituales, ni supone excepción alguna en el cumplimiento de las obligaciones comunes, ni ocasiona desunión en la convivencia y trato familiar.

Es lógico que a los profesos, por el mero hecho de tener ciertas prerrogativas, se les exijan determinadas obligaciones. Pero, por una parte, ni exigencias ni derechos son imponderables ni misteriosos, ni por otra, su concesión o determinación responde a un tipo definido que se identifique con la imagen del jesuita forjada por una leyenda más o menos intencionada que hace presa en el alma crédula de todos los matices.

Ocurre no pocas veces que aquel individuo concreto, en el que con falsa interpretación personifican algunos al jesuita típico—intrigante, sagaz, influyente, cortesano—, es dentro de la Compañía un simple religioso que se limita a cumplir la tarea apostólica encargada por sus superiores, sin haber tomado jamás parte en deliberaciones de orden interno. Y, en cambio, pertenece al grado de los profesos, con voto en las Congregaciones provinciales y derecho a participar en las Generales, el sencillo predicador rural que ha pasado su vida dando misiones de pueblo en pueblo, o el ensimismado profesor de Química que, entre retortas y matraces y ante diferentes generaciones de discípulos, trata de aislar un cuerpo simple o explicar la nomenclatura del carbono.

Es, sin embargo, lógico que para cargos de gran responsabilidad se exija la calidad de profeso. Para eso previamente, antes de que el padre general—único que puede en última instancia determinarlo—admita a la profesión solemne a un religioso, debe éste haber dado pruebas especiales, se-

gún normas establecidas minuciosamente en las Constituciones, de ciencia y virtud. Por eso, si para la emisión de los últimos votos comunes se requieren treinta años de edad y diez de Compañía, para la profesión solemne son indispensables, cuando menos, treinta y tres de edad y diecisiete de religión.

ORGANIZACION JERARQUICA

De los profesos salen, naturalmente, los hombres que rigen la Compañía. La suprema autoridad reside en el preposito general, cargo vitalicio, cuya elección se determina en las Congregaciones generales. A estas Asambleas acuden tres profesos por cada una de las provincias en que se divide la Orden en todo el mundo, y que en la actualidad son cincuenta y ocho.

La Congregación general no se reúne solamente cuando hay que elegir preposito. Es un organismo que tiene la suprema potestad legislativa, y puede ser convocada exclusivamente para dictar leyes, que el padre general está luego facultado para interpretar y hacer cumplir, con derecho a dictar ordenaciones particulares y reglas complementarias.

El padre general que reside normalmente en Roma, tiene siempre junto a sí la llamada Curia generalicia compuesta por los padres asistentes que representan a diversas porciones del mundo y son elegidos en la misma Congregación que el general para todo el tiempo que dure el cargo de éste y la vacante de su generalato, así como por otros miembros auxiliares de nombramiento libre y eventual, a la cabeza de los cuales figuran tres cargos de carácter universal: el secretario, procurador y economo generales.

Delegados inmediatos de la autoridad del general son para cada provincia los prepositos provinciales, que tienen en su circunscripción autoridad análoga a la del general con respecto a la Compañía. Dependientes directamente del provincial están los rectores y superiores en los distintos domicilios de la Orden. Estos domicilios son: Casas

Hermanos estudiantes, jugando al baloncesto en un recreo





El provincial de León, rector de Comillas, y otros padres, acompañan al Nuncio de Su Santidad, monseñor Antoniutti, en una excursión con seminaristas veraneantes a Peñalara

profesores Residencias, Casas de ejercicios, Casas de probación y estudios (para sus miembros) y Colegios o Universidades (para los de fuera). Tanto el cargo de provincial como los de prepositos de Casas profesas, rectores de Colegios máximos, Universidades y Seminarios mayores, e igualmente los superiores de las principales Residencias, son elegidos exclusivamente por el general. Estos cargos no suelen desempeñarse más de seis años consecutivos. Los demás superiores menores, así como el instructor de tercera probación y el maestro de novicios, son nombrados por el provincial, pero su designación debe ser aprobada por el general, que, por los informes que de su Curia generalicia va constantemente recibiendo y por las cartas que se envían desde las respectivas provincias, está al tanto del funcionamiento de todas

y cada una de las piezas más importantes de esta magnífica organización, que hace cuatro siglos dejó plantada en el mundo Ignacio de Loyola.

«DINAMISMO, S. J.»

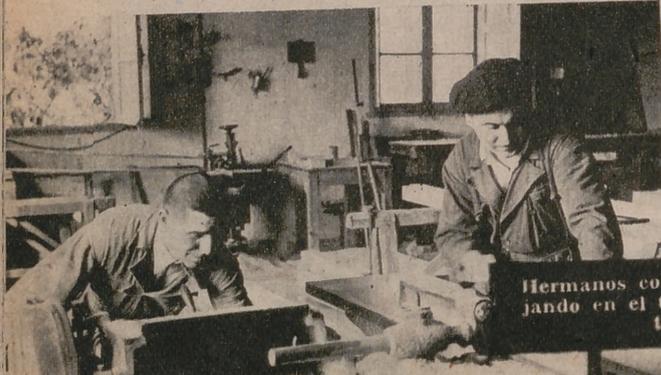
Sus obras ya no caen dentro del misterio. Por todas partes, y en los más diversos campos, se esparcen cargadas de realidades. Nombres de jesuitas ilustres han ido jalonando estos cuatrocientos años.

Breve escapada a las cifras. Muy pocas, pero significativas y ejemplares:

Cinco mil cuatrocientos sesenta y tres misioneros en tierras de infieles en la actualidad. Veintiséis santos canonizados, 142 beatos, 92 venerables, en el pasado.

En un año, 7.081 misiones populares; más de 27 millones de confesiones oídas; 34.811 conversiones de adultos; 18.775 tandas de ejercicios, con cerca de un millón de ejercitantes.

Otro campo. La Enseñanza. Universitaria, media, profesional, elemen-



Hermanos coadjutores trabajando en el taller de carpintería

tal. Numero global de alumnos: más de dos millones.

También se enseña con la pluma. Y los jesuitas han publicado 115.000 obras en el transcurso de cuatro siglos. Y editan 1.112 revistas, con un total de 144 millones de ejemplares en 50 lenguas distintas. Sólo el célebre jesuita norteamericano padre Daniel Lord, fallecido recientemente, publicó 200 obras teatrales, 300 folletos, 150 libros para niños. El término medio de 20.000 palabras escritas al mes durante treinta y cinco años le ganaron los títulos de «Dinamismo, S. J.» y «padre Panfleto», con que los jóvenes —a quienes principalmente dedicó sus actividades— le apellidaban.

Otros ejemplares de jesuitas ilustres contemporáneos. Estos, del campo científico. Los españoles Puig, Rodés, Pujiula, Victoria. El explorador y geógrafo norteamericano padre Hubard, que ha llevado a cabo ocho expediciones al Polo. Los también norteamericanos Daniel Linehan, sismólogo, y Alfonso Schwittalla, decano de Ciencias Médicas de la Universidad de San Luis.

Como Corporación, la Compañía dirige 54 Observatorios astronómicos y 28 Estaciones sismológicas. En frase de un periodista norteamericano: «No tiembla la Tierra sin que se enteren los jesuitas.»

MAESTROS DE SACERDOTES

La Compañía dirige 20 Seminarios pontificios y 50 diocesanos, con un total de 9.500 seminaristas. Sólo en la Gregoriana de Roma hay 150 profesores en siete Facultades.

De la calidad de sus métodos para formación del clero pueden dar fe en España los millares de sacerdotes salidos de las aulas de la Universidad Pontificia de Comillas.

Formación clásica y moderna a la vez. E integral. Vida de piedad, vida de estudios. Y mucha atención a la Educación física. No hace muchas semanas visitaba el cronista un Albergue del Frente de Juventudes. Los acampados eran en su totalidad seminaristas de Comillas. Con aire deportivo y espíritu austero realizaban diariamente largas marchas. Hasta el pico de Peñalara subieron una mañana. Y la santa misa, celebrada allí por el Nuncio, con asistencia del rector y otros profesores, bañaba de sobrenaturalidad el gesto de estos seminaristas educados por padres de la Compañía de Jesús.

Cuando vi bajar a los seminaristas desde las cumbres de Peñalara, yo pensaba que este espíritu deportivo era el mismo que el Santo de Loyola había dado a la Compañía, hace cuatro siglos: espíritu de alegría y un gesto inconfundible de austeridad, de sacrificio y de renuncia en la vanguardia del catolicismo de todos los tiempos.

Gerardo RODRIGUEZ

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON MANUEL ZARAGOZA

ROMA venció a los cántabros y Roma venció a los cartagineses. Ahora bien, la Roma de las guerras púnicas y de las guerras contra Cantabria ya no existe, mientras que perduran Elche y Altamira, Fuenterrabía y Benidorm. La España ancestral se compone de estos dos fermentos vetérrimos, de este par de alcaloides constantes, arimados cada cual a su mar; en tanto que el poder romano, durante la República y el Imperio, fué un poder poderosísimo, pero artificial, producido por un conglomerado de técnicas, razas, leyes y tráfico. Estos poderes como se hacen se deshacen, son atrayentes y pasajeros. La Roma de nuestro tiempo no ha sido el Reino Unido (esto es, Inglaterra), sino los Estados Unidos, cuya hegemonía comenzó siendo terrestre y colonizadora dentro de su país, como la romana, mientras que los ingleses son más parecidos a los griegos y se han considerado (poetas, políticos y armadores) como sus herederos. El «cives romanus sum», que podía adquirirse al cabo del tiempo, es el equivalente de la ciudadanía americana, donde se han fundido y acrisolado los más espúreos y los más diligentes de las cinco partes del mundo, los sabios atómicos y los contrabandistas a la manera de Al Capone y Lucky Luciano. Tú, que eres el Alcalde de Benidorm, pudiste ser el Alcalde de una ciudad del Oeste, y en la actualidad del mismo Nueva York por tu atuendo, en mangas de camisa, por tu fantasía, por tu dinamismo, por tu pipa, que la llevas metida entre el cinturón de cuero y asemeja un revólver. Tú, que has vestido a tus guardias urbanos, que ordenan la circulación de tantos automóviles detenidos y aparcados en Benidorm, como si fuesen oficiales del Ejército de Norteamérica; porque tú, con tu juventud de treinta y tres años, en contraste con la cabellera cenicienta, eres activo, astuto, para engrandecer a tu pueblo, más antiguo que los militares de U. S. A.; porque eres aún más antiguo que Ulises, el de las tretas y ardidés mediterráneos, acaso más antiguo que los fenicios. La gente de Benidorm servía en los vapores de la Compañía Trasatlántica fundada por el cántabro don Antonio López, y en el parentésis que había de cerrar el conde de Ruiseñada, tuvo que emigrar o dedicarse a la industria del verano. Los que se marcharon ya regresan, ya que hay un Alcalde en Benidorm dispuesto en convertir el pueblo de pescadores en la más famosa culminación del turismo. Los que han vuelto han construido hoteles para los millares de madrileños y extranjeros que pululan estivalmente en Benidorm, con una desenvoltura que, según un amigo observador, no se encuentra hasta Capri. Tú has animado a los contratistas de obras para que urbanicen los nuevos Benidorm imaginados por ti, que eres también constructor como Francisco Sagarzazu, el Alcalde de Fuenterrabía.

Felices los pueblos cuyos Alcaldes tienen la obsesión de la piedra, del ladrillo, del cemento, de la cal, del plástico. Felices son, porque estos pueblos se salen de la historia que crea en cada época sus estilos arquitectónicos y son capaces de yuxtaponer las edificaciones de siglos alejados, como de edificar un castillo con facha me-

dieval, con hiedra y ruinas convencionales, según tu proyecto, Manolo Zaragoza, para no ser menos que el Alcalde de Fuenterrabía, que ya se reconstruyó un castillo durante la Dictadura de Primo de Rivera, cuando ya asimismo era Alcalde. Sagarzazu se fabricó la villa veraniega más bonita del Cantábrico, con su aeródromo, su playa prefabricada y un enjambre de viviendas entre jardines y cisnes. El donostiarra Sagarzazu, como el alicantino Zaragoza, rinden una devoción servicial a Madrid, como sede unitaria del Estado, porque si no fuesen tan creadores de mampostería y tan inteligentes, tan adictos a la España uníversonal del Caudillo, sería menester recomenzar de cuando en cuando las guerras cántabras y se echarían un pulso de vez en vez los Aníbalés y los Escipiones. Ni Roma, ni Cartago son; puesto que España existe, pero dentro de España permanece Elche con sus misterios y Santillana con sus palacios, con su colegiata de Santa Juliana, con su cueva de Juan Mortero.

En 1950 contraponía en Elche la Escuela de Altamira, lanzada el año antes por Joaquín Reguera Sevilla desde Santander, y la escuela pictórica de Elche con motivo de la primera Exposición de médicos pintores. La escuela del arte abstracto y la escuela del arte concreto, la escuela de los cazadores del paleolítico y la escuela de los hombres del fonendoscopio y del bisturí. Esta escuela que ponía bajo la advocación de la Virgen absunta, antes de ser declarado misterio católico la Asunción virginal, y que cuenta con los patronazgos menores de las enigmáticas palmeras y de la Dama ilicitana, que para regresar a su Patria fué necesario que igualmente retornasen junto a Napoleón los huesos de su hijo y que los franceses inventasen el negocio de la resistencia. Los franceses se opusieron con impertinencia y terquedad a que fuesen verdaderas las pinturas cuaternarias de Altamira, aunque luego se rindiesen ante la evidencia de su pifia y entregaran después a la Dama secuestrada en el Louvre. Elche y Altamira son dos polos de continua irradiación, aunque haya dejado de ser Alcalde de Santillana el montañés con cerebro radiactivo, semejante al tuyo y al del Alcalde de Fuenterrabía. Tales Alcaldes, constructores o carpinteros, que hacen la felicidad de sus pueblos y de los Gobernadores Civiles, aun cuando tengan detractores, rivales y enemigos que son el contrapunto y el acicate para la obra bien hecha, son los Alcaldes que ponen en vilo el paisaje español, las conciencias y las casas españolas. He escrito casa en lugar de cosa, porque las casas están llenas de cosas y no a la inversa, así como en cada casa hay una conciencia vigilante. Hasta Fuenterrabía y Benidorm, que son lugares de esparcimiento (cuando se van las cigüeñas y las golondrinas llegan a esa playa alicantina las suecas), ha alcanzado el latido renovador de nuestra nación; el latido que impulsan desde Santander a Alicante, desde Guipúzcoa a Alicante, sus Gobernadores Civiles, cuales Jacobo Roldán, Tomás Garicano y Evaristo Martín Freire; el latido que convirtió a la España del santuario mágico de Altamira y de la iglesia de Nuestra Señora ascendida a los cielos en uno de los países más modernos del orbe.

LEA USTED EN EL NUMERO 43 DE «POESIA ESPAÑOLA»

LES NOCES DU POETE RAFAEL MONTESINOS

Oratorio de Nuestra Señora de Lourdes, por ADRIANO DEL VALLE

LA RUTA DE UNA PAZ SIN DEFECCIONES

Por MANUEL, Obispo de Coria

POSIBLE-
MENTE sor-
prenda el títu-
lo. No puede sorprender el asunto en manos de un prelado católico.

Quisiéramos tratar de una doble utilidad que encontramos en la lectura y asimilación de los «documentos pontificios».

I. Ante todo, un «provecho personal».

1) Vemos en el Papa al Jefe de nuestras creencias religiosas y le consideramos investido de ciertas cualidades, trascendentes del orden natural, que hacen su enseñanza firme, segura, infalible.

El ciclo de la divina revelación se completó con Jesús y los apóstoles. Pero como era doctrina, con fuerza expansiva universal en el espacio y en el tiempo, tenía un imperativo divino de propagarse a todos los continentes y a todos los hombres, necesitaba una garantía superior de innegociabilidad y auténtica interpretación en su genuino sentido y significado.

Por eso el Divino Fundador estableció el magisterio eclesiástico, al cual promete y concede su asistencia y le entrega el depósito de la fe.

El Sumo Pontífice—San Pedro al principio, hoy Pío XII—, toda la serie de legítimos Jerarcas, porque ha heredado aquella inefable asistencia divina, goza de plenitud en la instrucción y gobierno de los fieles.

Tales funciones las ejerce mediante el sacerdocio, en parte, pero, por sí mismo, hablando, escribiendo, comunicándose con sus hijos.

Esta relación, aunque sea en muchos casos personal en las audiencias públicas es más extensa valiéndose de diversos documentos continentales unos los mencionados discursos; otros cartas particulares a una persona determinada a un conjunto o reunión de ellas a un pueblo o nación, al mundo entero. Pero, prescindiendo aún del caso de definición dogmática estos documentos pontificios, promanantes del centro vital y cabeza de la Iglesia, gozan siempre de la máxima autoridad y en ellos los fieles hijos hemos de oír como el eco de la misma voz de Jesucristo.

2) Por eso precisamente nos lastima que el mundo católico se interese poco por leer, estudiar y seguir la voz del Papa.

Excluyendo la Jerarquía eclesiástica, pronto se extingue el eco de su llamada.

Hablamos, naturalmente, en un plano superior, que nos permite generalizar el aserto para más allá de las fronteras patrias.

Aquí, ciertamente los buenos católicos deben seguir con mayor atención las normas pontificias, hoy que están a su servicio la Prensa, la radio, diversas publicaciones especializadas, los noticiarios cinematográficos...

El Papa habla con frecuencia consoladora sobre temas y asuntos los más diversos: de índole interna y de cuestiones menos relacionadas al parecer, con el magisterio eclesiástico pero tratadas desde el punto de vista moral de las costumbres; por la relación que tienen con el bien común de la humanidad, que no es patrimonio exclusivo de ningún pueblo; como representante de Dios, que no usa mezuquinas matemáticas de números restringidos: «los cuatro grandes», «la defensa continental», «secretos de guerra», «garantías individuales de clases», «derechos raciales»... No. El tiene mayor magnanimidad y con caridad clemente multiplica por el infinito llamando a su Corazón a «todos» los hombres, imponiendo precepto de amor a «todas» las gentes...

¿Por qué, pues, esta desconsideración práctica de ignorar a Quien habla en nombre de Dios?

II. Quizá podamos decir otro tanto en el «orden internacional» de la convivencia humana.

1) Porque el conjunto de los pueblos, en búsqueda de paz efectiva y de progreso no debe desechar iniciativa ni fuerza alguna capaz de conducirlos a la meta deseada.

Secularmente vivieron confiados y tranquilos a la sombra de la Iglesia. El Pontificado logró, para

ellos, el máximo esplendor y bienestar posi-

bles en cada época histórica. Fué precisamente uno de los nuestros—Balmes— quien, estudiando objetivamente el momento de la grave situación de la unidad, mostró cómo la defección protestante tronchó en flor los tallos de renovación que en el aspecto cultural, moral, religioso y aun político apuntaban con fuerza en el pujante tronco de la Iglesia católica.

El rudo golpe conmocionó a la Iglesia. Luchando entonces en un medio de incompreensión y de hostilidades inició su propia regeneración y restauración. Proceso lento, como todo camino que ha de lograr el goce de nuevas riberas. Pero camino vigorosamente tratado por el dedo de Dios y hoy felicísimamente recorrido y superado.

Esta purificación interior de la Iglesia, que de hecho la ha relegado a la parte de afuera de las grandes cancillerías, donde modernamente se pretende forjar el destino de los pueblos, es lo que da a ella—a la Iglesia—ese prestigio universal que los dirigentes políticos le desconocen, pero que nosotros proclamamos por hijos de la Iglesia y por hijos de un pueblo cuyos gobernantes se inspiran en los principios de la Iglesia.

2) Decimos por hijos de la Iglesia porque como tales sabemos que la armonía y feliz conjunción de los hilos de la historia Dios Nuestro Señor los mueve y baraja. Y Dios Nuestro Señor no puede dar estabilidad de fortaleza irrompible a una urdimbre que su legítimo representante en la tierra no ha tejido.

No desconocemos la buena voluntad—mejor la ingenua voluntad—de quienes llaman conwcan, presiden y alborotan reuniones, congresos, juntas y asambleas de toda clase para buscar una mayor unión y concordia entre los humanos; estudiar in-

SENTIDO CRI

UNA de las últimas consecuencias del modernismo filosófico, que pretendió echar sus raíces a todo lo largo del pasado siglo, fué lo que dió en llamarse, por exigencias del tiempo, el «modernismo pedagógico». Se buscaba, más que nuevas razones para una nueva metodología de la enseñanza, una razón revolucionaria para la didáctica, un fondo que sirviera como cimiento para una educación conforme a los cánones que regían las avanzadas e ilusorias ideologías liberales. Pocos países por donde pasara el liberalismo decimonónico se salvaron de este virus que los fracasados pedagogos del modernismo se esforzaron en inyectar en las juventudes de Europa.

La llamada «institución libre de enseñanza» sería en los viejos tiempos del liberalismo español la manifestación endeble y efímera del «modernismo pedagógico» europeo que en otras naciones tendría aún peores y funestas consecuencias. Un trasfondo de irreligiosidad de absoluta indiferencia para los eternos e inamovibles principios que informan la verdadera y auténtica educación cristiana, un deseo vivo, pero ineficaz, por apartar a los educando de la escuela primaria del conocimiento de las verdades fundamentales del dogma y de la moral católicas y orientar a los jóvenes universitarios por caminos distintos a las directrices de la filosofía perenne o de la teología revelada, éstas venían a ser las aspiraciones del modernismo, aunque para conseguir las hubiera de enfrentarse contra el dique de derechos naturales, cedien-

quirir y debatir las condiciones de una paz mundial, estable y duradera; para desterrar de todos los confines el espantable horror de una nueva conflagración; para encerrar, en límites justos de inocua defensa, la terrible potencia destructora de las fuerzas desintegradas que dan cohesión al átomo y a la materia... Aplaudimos, «como alivio de caminantes», el éxito de la Conferencia de los Cuatro; los tratados de paz, tan forzosamente logrados; que la fuerza nuclear haya sido ganada para la paz; que la asamblea «mundial» de unas cuantas naciones dictamine sobre el universo; que se pretenda completar, como signo de avance de la ciencia moderna, el plan de Dios en la creación lanzando satélites artificiales alrededor de nuestro planeta; que se proyecten viajes interestelares... Sí. Reconocemos lo mucho y bueno que se ha logrado.

Pero también reconocemos—repudiamos—que se tengan como progreso moral las campañas sistemáticamente dirigidas, para cegar la fecunda natalidad de algunos pueblos; para restringir legalmente la aparición de la vida humana; que se levanten prejuicios raciales y barreras infranqueables entre seres de la misma naturaleza humana; que se esclavice a las muchedumbres en aras de un estado absorbentemente totalitario...

Será, pero no acabamos de comprender cuando la misma prepotente nación distribuidora lo condena, que se repunte índice de buen colonialismo actual destronar a su talante monarcas y sultanes combatir con armas modernísimas destinadas inicialmente a la defensa de la paz y en realidad empleadas para reprimir turbas exaltadas que se visten con primitivo atuendo y pertrecho militar.

Estos sucesos están claramente denunciando el desprecio práctico para una voz—la del Papa—que se ha levantado siempre al servicio del verdadero orden, del verdadero progreso, de la verdadera paz entre los pueblos y naciones pregando la concordia efectiva de todos los hombres.

3) Apuntemos dos hechos: uno, el indicado, de creciente nivel de moralidad colectiva, con aumento de temor y recelo en las relaciones internacionales de los pueblos.

Otro, los documentos del Papa, múltiples y claros que han podido proyectar alta la palabra del

Padre común y que no se han tenido en cuenta en las convenciones internacionales.

¿Estableceremos entre ambos una relación de dependencia? ¿Podremos decir que la desconsideración de las enseñanzas del Pontífice ha traído el exacerbamiento de los males que lamentamos?

Los espíritus recelosos y apocados, propensos a la sobreestimación de sus propios valores, dejen abierto el interrogante, con uno de esos gestos displicentes, de suprema y amarga ironía, que tiene hoy la alta diplomacia para los asuntos que la asustan y no puede resolver.

Nosotros podríamos cerrarlo con una larga pero no exhaustiva conjunción de citas pontificias, testimonio fehaciente de la claridad conceptual y asistencia divina sobre Pío XII al clamar, como voz que se pierde en el vacío del desierto contra todas las opresiones y señalar, como «luz que es del mundo», los principios y condiciones para una paz firme y una cordial inteligencia entre los hijos de un mismo Padre.

Preferimos mejor apuntar, solamente apuntar el argumento demostrativo que surge en nuestra Patria, precisamente en el día de hoy.

Hoy, porque en estas fechas, solemnidad del glorioso padre y doctor de la Iglesia, San Agustín, se cumple el segundo aniversario de la firma del Concordato entre la Santa Sede y España.

El tratado de las dos potencias viene a confirmar un proceso de acercamiento de ambas potestades y demuestra «el cido atento» y el «espíritu pronto» de España por percibir, para su bien, la voz del Papa y seguirla con rendida obediencia.

Nuestros gobernantes en la noble jerarquía de los puestos directivos, oyen y siguen las normas pontificias; la Iglesia española recibe y hace suyas las direcciones pontificias; las diversas Asociaciones, y muy particularmente la A. C., estudian y llevan a la práctica las enseñanzas pontificias.

Y ahí queda, sin llegar todavía a las cimas deseadas la realidad de España: compenetración total con el pensamiento del Papa, estable pacificación interior, prestigio y dignidad en el exterior.

Todo, gracias a Dios, por seguir fielmente la ruta del Pontificado que marca, en cada momento, la hora precisa de la paz.

IANO DE LA EDUCACION

do graciosamente al Estado el derecho natural que la familia posee para la educación de los hijos.

Era a la Iglesia a quien estaba reservada la restauración de derechos, la limitación de deberes, el establecimiento de una conciencia que hiciera volver a educadores y educandos, a autoridades y súbditos, a gobiernos y gobernados hacia el único y verdadero camino de la educación que se inspira en la infalibilidad del magisterio católico. Su Santidad Pío XI salía al encuentro de estos errores, atajándolos en sus mismas raíces, destruyendo con la infalible docencia de su palabra los cimientos podridos de los sistemas liberales de enseñanza. En la encíclica «Divini illius magister», Pío XI no sólo delimitaba las condiciones jurídicas naturales que sobre la educación posee la familia y el Estado; en su luminosa encíclica el Papa analizaba los falsos argumentos de la moderna teoría liberal y ponía de manifiesto las perniciosas consecuencias sociales y políticas a que este modernismo llevaría irremisiblemente a la sociedad de la época.

Hoy, salvada España de todas las secuelas del liberalismo, inspirado su régimen de enseñanza dentro de la más pura y exigente ortodoxia católica y al amparo la educación de la juventud de las doctrinas pontificias es justo pensar que si en otros países la ideología liberal logró arraigarse con una mayor vigencia en el tiempo, no a otra razón se debe que a esa falsa interpretación de la función educadora.

Recientemente, en Bélgica y bajo la presi-

dencia de todo el episcopado, se ha celebrado el Congreso Nacional de Educación, para conmemorar el vigésimoquinto aniversario de la encíclica «Divini illius magister», de Pío XI. Su Santidad Pío XII ha enviado su mensaje al Congreso. Refiriéndose al carácter de permanencia, de eternidad con que la encíclica de su antecesor se reviste, Pío XII ha dicho: «Estos principios no pueden ser invertidos por el flujo y reflujo de los acontecimientos. En cuanto a las normas fundamentales que se prescriben, hemos de advertir que tampoco éstas pueden sufrir el polvo del olvido o del pasar del tiempo, porque no son otra cosa sino documento fiel del Divino Maestro, cuyas palabras no pasan.»

El pensamiento del Papa, reflejado en este párrafo, no es sólo un fuerte aldabonazo a la conciencia nacional de un pueblo que no hace muchos meses vió temblar su misma seguridad política ante la problemática surgida por la implantación de contradictorios sistemas de educación y enseñanza. «La educación cristiana abarca la vida humana en todos sus aspectos», ha dicho también Pío XII. Y es de esta educación cristiana, de este auténtico sentido cristiano de la vida, del que hoy el mundo está falto. Autenticidad de la doctrina cristiana es la que el Papa reclama y pide para todas las funciones que lo individual, o en lo social, o en lo político, el hombre está llamado a desempeñar.

EL ESPAÑOL

¡PRIMERO, GUILLERMO TIMONER!

**UN ESPAÑOL, CAMPEON
DEL MUNDO DE
CICLISMO TRAS MOTO**

En el velódromo de Vigorelli, a ochenta kilómetros por hora

LA calle de Antonio Maura, en el mallorquín poblado de Felanitx, es una calle típica, una calle esencialmente isleña. Sus casas, blancas y perfiladas, no pueden negar el contraste con el azul del purísimo cielo mediterráneo ni la contraposición con el verdor cabal de los campos cultivados de la isla. La calle de Antonio Maura, así, al pronto, pudiera parecer que no tiene nada de particular.

No es que la calle sea muy larga, pero hasta el número 12, por lo menos, llega. De esto hace exactamente veintinueve años.

Amaneció un día clásico, un día clavado para la historia de Felanitx. El día tal era ni más ni menos que el 24 de marzo de 1926. Van y vienen los mallorquines a sus tareas, sin suponer que luego, pasada la cronología, un pequeño que nacía en aquel instante pondría, orgulloso, en el mundo el nombre suyo, el de su tierra pequeña y, en primer lugar, el de su tierra general: España.

El matrimonio Timoner va a estrenar, en aquella fecha precisamente, paternidad. Juan, el padre, siempre ha deseado tener un chico; un varón que le ayude en las faenas del campo, que labre la tierra como él, que lea en las nubes el estupendo saber de la meteorología campesina. Por eso, cuando la noticia aparece, Juan Timoner, vecino de Felanitx, que sabe de los secretos de la agricultura, no puede remediar el comentario:

—Lo que yo quería.

El pequeño Timoner, el hijo primero que, una semana más tarde, se llamará Guillermo, en la cristiana imposición de la nombradía, es todo un varón robusto

Margarita, la madre, también está contenta.

—Ya tenemos un hombre, Juan, para que nos ayude en el campo. Guillermo Timoner se hará un



Guillermo Timoner recibe del presidente Joynard, en Milan, el jersey arco iris, distintivo del campeón del mundo de ciclismo tras moto

hombre, crecerá y ayudará al padre, a la madre y a los dos hermanos: Antonio, a: que también la dará por la afición, e Isabel, la hermana, que se establecerá como peluquera de señoras en Felanitx para poder hablar quizá, entre marcado y marcado, entre ondulación y tefido, de las hazañas de su hermano el primero. Pero la ayuda de Guillermo no vendrá del campo, no habrá sido materialmente realizada con las manos; Guillermo Timoner ganará el dinero para la vida con la musculatura potente de sus piernas, capaces de desarrollar, jinete sobre dos ruedas, velocidades tan extraordinarias como la última de 80 kilómetros por hora en el circuito italiano de Vigorelli.

Si el padre, cuando nació, dijo su sentimiento, Guillermo, cuando ganó a todos los ciclistas de la tierra, a los veintinueve años de su nacimiento, también repitió lo mismo:

—Lo que yo quería.

Y Felanitx, entonces, se entusiasmó de alegría y casi enloqueció de contento.

UN GALLO VIVO COMO PRIMER TROFEO

La compra de la primera bicicleta, en los muchachos, es una fecha histórica y totalmente importante en su individual existencia.

Guillermo Timoner acababa de cumplir los doce años. El muchacho ya va para mayor y así lo dijo el padre:

—A este chico hay que comprarle una bicicleta.

Guillermo Timoner estrenó su máquina. Una bicicleta dura y fornida, como los kilómetros que pesan en las carreteras.

Guillermo Timoner, con doce años escasos, sube y baja las pendientes, zigzaguea en las rampas, se estira en los llanos, se esfuerza en los repechos y se esfuma en las rectas distendidas.

Un día de aquel mismo año llegó a casa. Venía del campo, de trabajar como todos los días.

—El domingo que viene corro en la carrera—afirmó.

Nadie cree al principio en Guillermo Timoner. Se ha dado la salida. De primeras hay quien se escapa y se agota.

—La cabeza, lo primero; antes que las piernas—diría más adelante el campeón.

Firme, seguro, rápido y certero, impone su tren. Van quedando atrás los contrarios, los que empezaron fuerte y los que empezaron despacio, pero fueron devorados por el kilometraje implacable de la carretera.

Ya está la meta cercana. Un pequeño mallorquín de doce años es el vencedor. Un vencedor que no sabe nada todavía de contratos, ni de equipos, ni de entrenadores.

El Jurado proclama el resultado:

—¡Primero, Guillermo Timoner!

Y el Jurado también entrega el premio: un hermoso gallo vivo, rojo y empenachado, con alres de señor de corral de clase primerísima.

Vuelve Guillermo a su casa. Cogido, bien cogido, va debajo del brazo el premio vivo.

—¡Esto es lo que he ganado!

—exclama.
Retumbando por las paredes, en el eco de las conversaciones, se estaba escribiendo el capítulo primero de la historia de un ciclista.

CAMPEON DE ESPAÑA A LOS DIECISEIS AÑOS

El velódromo del Tirador, en Palma de Mallorca, es nuestro más clásico recinto de la especialidad de ciclismo en pista. Allí se va formando Guillermo. Han pasado tan sólo dos años desde que ganara su primer premio; catorce cuenta ahora el futuro campeón. Por la rampada pista mallorquina, Guillermo corre con los entonces mejores ases de la especialidad. Llopart, el que fué campeón de ciclismo, ha catalogado al muchacho:

—Una figura futura. Y cierta, de verdad.

Luego, durante muchos años, Llopart sería su entrenador y amigo verdadero también.

Desde entonces, los triunfos presentidos al pequeño mallorquín van a ser realidades ciertas.

Y sólo dos años más tarde, cuando la edad de Timoner totalizaba dieciséis, Guillermo se proclama campeón de España tras moto comercial, en el velódromo de Tortosa, en lucha con Fombellida y Antonio Martín.

Felanitx recibe al campeón como a cosa extraordinaria.

La primera familia Timoner, por esto, ha variado de vida. Guillermo ya no va al campo; él quiere ser ciclista de los buenos y se sacrifica. Porque todo el que desee ser primero en algo, ha de conquistarlo. Y mucho más en el deporte, donde una hora de alegrías se paga con un año de fracasos.

Todos los días el horario es el mismo.

Guillermo se levanta muy temprano, limpia su bicicleta, comprueba el aire, se pone las zapatillas... y a la carretera. Las cuevas y las curvas de la isla son tan conocidas como las manos propias del que, agachado sobre el manillar, mantiene la ruta.

Y como hay que madrugar, hay que acostarse también temprano.

Guillermo tiene amigos, muchos amigos, porque está en la edad de ellos; unos son ciclistas, como Gual; otros son simplemente vecinos. Estos van unas noches al cine y se acuestan tarde, por lo tanto, Guillermo jamás vió de noche película alguna. El amanecer al día siguiente esperaba.

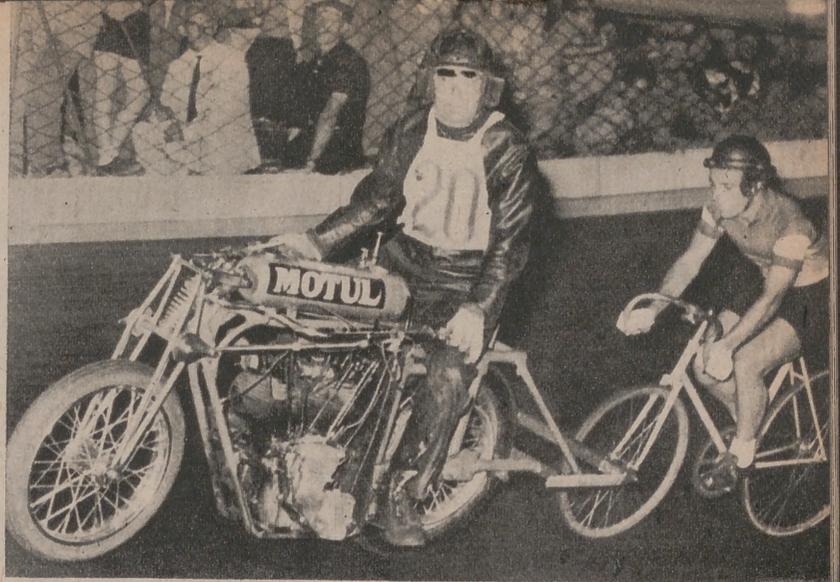
La historia buena, la historia favorable está, pues, abierta. Título tras título, Timoner ha conquistado diez o doce Campeonatos de España; unas veces, tras moto; otras, en velocidad pura. Y corre en Tortosa y pertenece al Deporte Ciclista Mataró. Y es estimado como un «pistard» puro y de categoría.

La tierra suya ha sido conquistada; había que conquistar la extranjera.

Un día hablaba Guillermo con Manuel Serdán, nuestro buen crítico ciclista:

—Mira, Guillermo, hay que salir al extranjero. Durante el invierno tú estudias un poco de francés, y a la temporada, a correr por ahí, que clase tienes de sobra para ello.

Guillermo es un muchacho tímido que le asusta un poco lo extraño. Dos años estuvo pensando el consejo. Por fin, se decidió. Los velódromos franceses supieron de su clase. Como, por ejemplo, en los Seis Días de París,



donde con Espin, otro ciclista mallorquín, quedaron en puesto destacado.

Desde 1945, en que conquistara el primer Campeonato de España, hasta 1955, en que consiguiera el Campeonato del Mundo, han pasado diez años. Diez años justos y cabales.

Antes de que se pasaran, llegó lo de Vigorelli.

No había dinero para que Timoner fuese a Italia. Sobraban cinco mil pesetas de las asignadas a Loroño para que éste participara en los Campeonatos del Mundo. Y como Loroño no fué, la Federación se las dejó a Timoner. Cinco mil pesetas son muy pocas pesetas para ir desde Mallorca hasta Italia. La afición ciclista mallorquina, poco menos que haciendo una colecta, logró completar la cantidad. Y Guillermo corrió en el equipo «Minaco-Gorila», gracias también a la ayuda de don Miguel Nadal y a la de los propietarios de «Calzados Salom».

Nunca se recogió, días más tarde, mejor tanto por ciento: un Campeonato del Mundo.

A 80 KILOMETROS POR HORA CONQUISTO EL CAMPEONATO DEL MUNDO

El velódromo de Vigorelli, cerca de Milán, el mayor velódromo del mundo, está completamente abarrotado. Aficionados de todas partes han acudido a presenciar la famosa prueba ciclista. Muchos días antes de que Vigorelli se viese inundado de público extranjero, los periódicos de todos los países habían barajado ya los

Un momento de la carrera en que Timoner se proclamó campeón mundial

nombres más famosos de esta especialidad de la carrera.

Si en las escalinatas del velódromo un espectador se hubiese atrevido a hacer una quiniela, una apuesta por el ganador, la cosa no habría sido difícil. Probablemente nadie hubiera puesto en el papel otro nombre distinto del que todos pensaban.

—¡Verschueren, Verschueren! ¡Este año también ganará Verschueren!

Fué el grito que salió de todos los espectadores cuando Adolphe Verschueren cruzó con su bicicleta por el césped para alinearse entre los corredores que tomaban la salida.

El público tenía una poderosa razón para pensar que si el belga corría, poco les quedaba que hacer a los demás. Por cuarta vez, Verschueren iba a vestir el «maillot» del vencedor. Durante tres años consecutivos el belga ha ostentado el Campeonato del Mundo en carrera tras moto. ¿Seguiría también este año siendo el campeón invencible? Setenta y cinco minutos más tarde vendría la respuesta.

Ocho hombres se alinean de derecha a izquierda. Es la prueba final. De aquí saldrá el campeón del mundo. Ocho hombres y ocho nombres universales; ocho ídolos de la afición mundial. Junto al encintado, Verschueren, después

Así recibió el pueblo de Felanitx a Timoner después de uno de sus triunfos



Martino; el suizo Bucher, el holandés Pronk, Queugnet y Le Strat, los dos franceses; a continuación va Timoner, y el último de la derecha, el suizo Zehnder.

El grupo de los ocho se deshace rápidamente. Apenas el tiempo de dar la señal. Verschueren, en cabeza, impone un tren severo, ligerísimo; casi intenta perderse a la vista de los que le siguen. A los quince minutos, el suizo Bucher le lanza el primer ataque, obligando al belga a realizar un esfuerzo gigantesco, que se traduce para Zehnder, Pronk y para el francés Queugnet en la fatídica pérdida de una vuelta completa. El de Felanitx ha corrido unos puestos adelante. A los quince minutos exactos, Timoner ocupa el tercer puesto. Después, la primera sorpresa para los miles de espectadores: Le Strat, el segundo francés, rebasa a todos sus adversarios. La moto que sigue Strat corre ya pareja con la rueda delantera de la moto perseguida por el belga. Por un momento se adelanta. Strat corre en cabeza cuando un pinchazo le hace rodar por el césped. Cambio de máquina y de nuevo a la pista, pero con unos puestos perdidos. Los ojos de los espectadores que llenan el velódromo de Vigorelli se han fijado en un corredor al que hasta ahora no habían prestado mucha atención. Sólo los buenos aficionados, los que saben mucho de estas cosas, se sorprendían ya desde el principio de la calidad del corredor que a la hora de la salida ocupaba el séptimo lugar por la izquierda. Guillermo Timoner, sin acusar gran esfuerzo, sereno, dice con voz segura a su motorista:

—¡Más, más!...

Y el belga Verschueren queda desbordado. El ídolo de las multitudes, el hombre de quien nadie se hubiera atrevido a dudar, a quien todos daban ya hecha la victoria, rebasado por Timoner, acaba de perder, sólo en unos minutos, siete vueltas seguidas. Un pinchazo en la moto termina por obligar a Verschueren a retirarse de la pista. El español pasa la línea de los 40 kilómetros en un tiempo mínimo de treinta minutos cuarenta segundos.

—¡Más, más!...

Y Van Ingelne, el corpulento motorista que lleva casi pegado al rodillo de la moto a Guillermo, recibe a través de las grandes orejeras la orden del ciclista español. Aprieta el acelerador. Martino se ha quedado atrás. Guillermo le ha sacado a los sesenta minutos una diferencia de dos vueltas. Guillermo empieza a correr a una velocidad de vértigo. Escudado en el cuerpo de Ingelne, que va casi de pie, el viento apenas le roza. Llega el momento en que el único enemigo de Timoner parece ser Bucher. Guillermo cubre los 80 kilómetros en una hora veintitrés segundos. Los treinta mil espectadores del velódromo de Vigorelli saben que ya no puede existir enemigo para el corredor español. Guillermo Timoner, el ciclista de Felanitx, entra el primero en la meta. Una ovación cerrada, estruendosa, apoteósica, le recibe. Entre el «Toro español», como le ha llamado la Prensa italiana, y

los treinta mil espectadores, en este momento sólo median los aplausos de la victoria y, como en una plaza de toros, muchos pañuelos blancos al aire. Un español, Guillermo Timoner, ha ganado para España un trofeo de gloria. el brillante Campeonato del Mundo de ciclismo de medio fondo tras moto.

CINCO MINUTOS DE VENTAJA A LOS COLOSOS DE LA ESPECIALIDAD

El rostro de Timoner, marcado por el cansancio de la victoria, hace gestos para ocultar su alegría al descender del estrado instalado en el centro del césped del velódromo de Vigorelli. Mister Joynard, el presidente de la Unión Ciclista Internacional, con un movimiento casi ritual, impone al vencedor el «maillot» arco iris, mientras se interpreta el Himno Nacional español.

—Es verdad que cuando se toma la salida en una carrera se tiene siempre la esperanza de ganarla y, sin embargo, yo no había osado creer en esta suerte cuando me presenté esta tarde en el velódromo. Dense cuenta ustedes—sigue Guillermo diciéndolo a los doscientos periodistas que le rodean—que desde el Campeonato de España de semifondo, que gané el año último, no he disputado más que tres pruebas de esta clase. Hoy me he sentido en excelentes condiciones desde los primeros kilómetros, y les aseguro que apenas si me he cansado.

—¿Piensa usted dedicarse sólo a esta especialidad de carrera tras moto?—le preguntó un periodista milanés.

—A pesar de la alegría que me da esta victoria, no pienso abandonar las otras especialidades de pista, y espero disputar, en compañía de Poblet, las carreras de Seis Días durante el próximo invierno. Entretanto será esta especialidad, que me ha dado el título de campeón del mundo, la que me permitirá presentarse en las carreras anunciadas en Amsterdam, París y Zurich.

Guillermo Timoner ha ganado su Campeonato demostrando una clase extraordinaria, una clase singularísima, una clase excepcional. Se ha dicho que la retirada de Verschueren le favoreció y que, poco menos, le dió el triunfo. Nada de eso; he aquí la exclusiva verdad.

Guillermo Timoner ha ganado a una media de 80 kilómetros por hora; Verschueren sólo obtu-

A casi 80 kilómetros por hora rodó Timoner en Milán



vo 69 kilómetros por hora en su eliminatoria. La superioridad está, pues, manifiesta.

Y eso, según dicen, que no estaba entrenado.

UN PUEBLIC PENDIENTE DE LA RADIO

Guillermo Timoner vive ahora —y seguirá viviendo—en su pueblo de Felanitx.

Guillermo Timoner hace exactamente cinco años que se casó. Ya era Guillermo el ídolo del pueblo, ya había sido campeón de España y ya había ganado buena parte de esos diecisiete títulos que guarda en su vitrina. Y antes, pues, del matrimonio estuvo el noviazgo.

Los pueblos son entidades muy pequeñas para que no se sepa nada de lo que ocurre. La hermana, tal vez, fué la que comentó:

—Guillermo está de novio con Paquita Vallcanera.

Guillermo, cuando llegó por la noche, confirmó la noticia que ya se sabía.

Hace cinco años, la parroquia de Felanitx vivió, pues, un día emocional. Se casó Guillermo Timoner, el ciclista por esencia de la villa.

Ahora, Guillermo Timoner—el matrimonio Timoner-Vallcanera—espera al primero de sus hijos. Tal vez el padre no se encuentre presente en el natalicio, porque estará por los velódromos del mundo ganando carreras y guardando dinero para la familia. Y el vástago—sea niño, sea niña—saldrá también un consumado ciclista. Porque allí todos montan en bicicleta, hasta las mujeres; y la madre y la esposa, pues, la primera, por supuesto.

Ya ha recibido Felanitx a Timoner en júbilo otras muchas veces. La casa de la calle de Mateo Obrador, donde vive el campeón, donde almacena su buena docena de bicicletas, ya ha sentido el clamor alegre de los paisanos. Pero esta vez, cuando Guillermo llegue a su pueblo, el recibimiento será insuperado e insuperable. Felanitx entero, sin faltar absolutamente nadie, espera dar la bienvenida. Y junto con todos, la «Peña Timoner», con su presidente, Andrés Manresa, al frente, un hombre de treinta y cinco años que tiene dos profesiones: maestro de escuela y partidario decidido del hoy mejor ciclista del mundo de medio fondo tras moto.

El domingo, día siguiente al de la prueba, todo el pueblo estuvo pendiente de la radio, nadie se movió de las casas, nadie cerró los receptores, nadie estuvo más ansioso del resultado que todos los hombres y que todas las mujeres de la villa mallorquina. Por fin, llegó la noticia:

«¡Guillermo Timoner, campeón del mundo!»

Por las calles hubo alegría disparada, alegría enfebrecida. La calle de Antonio Maura, donde naciera el campeón, y la calle de Mateo Obrador se hincharon de un legítimo orgullo. Felanitx se alzó, en justicia, con la honra de ser cuna de un maestro del ciclismo; la afición de España se alegró también en el acontecimiento.

Saludemos alborozados, pues, al nuevo campeón.



VILLARRAMIEL

UN PUEBLO
QUE VIVE
DE LA
PIEL



AQUI HUELE A PESETAS...

ANDAR por Tierras de Campos en esta época es adentrarse en un desierto sin horizonte, bronco y dorado de rastrojos. El cereal ya está en las eras o en los graneros, y los campos, agostados, tienen un rubio hiriente a la luz cegadora del mediodía. De cuando en cuando sólo la pincelada verde de algunas majuelos canijos, y es que esta tierra es tierra de pan y las viñas crecen por casualidad y casi avergonzadas. Como la raya firme de un paralelo, el gris de plata bruñida del canal de Castilla. Chopos esbeltos haciéndole guardia y, surcándolos, barcas motoras cargadas de grano, en un tráfigo comercial que va desde aquí, por esta vía de agua, hasta Alar del Rey, en los caminos ya de Cantabria. Al conñin casi de esta provincia palentina, en el linde con la de Valladolid, erguida sobre la llanura, una torre plomiza y brillante. A sus pies, agazapado, un pueblo de dilatada extensión, ceñido por sus eras y por incontables palomares redondos e inmensos como baluartes. Son los palomares destinados a obtener la palomina, utilísima



Plaza del Dos de Mayo, en Villarramiel.—Arriba: Edificio del Ayuntamiento y un taller de curtidos, la más importante industria local

para el abono de los naranjos en la huerta valenciana, a donde se exporta. Palomas en vuelo bajo. Palomas en vuelo alto oscureciendo el cielo del pueblo.

Ni un paso más ni menos, sino allí mismo, circundando el casco urbano, las eras rebosantes de parva, y en medio, ocre de adobes dormido al sol, Villarramiel de Campos.

El viajero que por primera vez se adentra en las calles de esta villa milenaria experimenta la sensación de que ha llegado a un pueblo desierto. Ni un alma por ninguna parte. Quietud, soledad y un silencio absoluto. Hav que andar buen rato por estas calles largas e interminables, con el hermetismo de sus casas cerradas, hasta llegar a un lava-



La Plaza Mayor de Villarramiel

dero publico, donde muchas mujeres se afanan en su tarea:

—¿Dónde está la gente de este pueblo?

—Trabajando—responden.

Por ninguna parte ni el más ligero vestigio de talleres y fábricas de la industria de la piel, que ha dado fama a Villarramiel. En los barrios extremos y antiguos, casas de adobe o de tierra de tapial, y en el centro de la villa, viviendas decorosas, de cuidada fachada, relativamente modernas y sin carácter alguno.

—Pero ¿dónde pueden estar aquí los talleres y fábricas de curtidos?

—Están, claro que están. Allí, dentro de las casas, en el fondo, están los corrales pellejeros.

Y, efectivamente, allí estaban. Allí están ellos, los hombres de este oficio, heredado de padres a hijos, trabajando sin descanso y en un batallar diario de superación y sacrificio como no es fácil imaginar si no se ve bien de cerca. Todo el mundo vive aquí de la piel, todos los brazos para la industria tradicional. El refrán de por aquí dice:

*En Villarramiel
toños son pellejeros
y hasta el cura también*

Y es que hubo un párroco que se contagió del afán de sus feligreses y él también montó su taller de cueros. Pero eso fué en otras épocas; ahora el cura, don Valentín, lo que hace es recurrir en las necesidades a los pellejeros, y como son ricos y rumbosos, responden bien. Un día don Valentín les dijo:

—Miren, señores, van a venir misioneros a dar unas misiones

en la Semana Santa. Se instalarán altavoces por todas partes para que se oiga la palabra de Dios desde el trabajo. Los gastos serán unas 6.000 pesetas.

E inmediatamente, entre unos y otros se le pusieron en la mano 9.000, por si faltaba. Así son aquí siempre, y ya lo explicaré más adelante. Por eso también en los pueblos comarcanos se dice de esta villa: «Los de Villarramiel viven ricos y mueren pobres.»

Pero ellos son así y no pueden remediarlo, y además están orgullosos de su liberalidad y desprendimiento.

AQUI HUELE A PESETAS...

Pero voy a decir a ustedes la causa o el porqué de esta soledad recoleta de Villarramiel. En tiempos había aquí innumerables lagunas. La más grande estaba en lo que ahora se llama plaza del Corro Grande. Allí, en la laguna grande, los pellejeros sumergían sus cueros para el proceso de curtido llamado «de la invernada». Los secaderos también se instalaban por las calles, que se colgaban de pieles que les daban un pintoresco aspecto. Poco a poco, con el progreso, estas costumbres fueron desapareciendo. Los talleres y las fábricas de curtidos se escondieron, por decirlo así. Quizá fué para evitar algo el olor inherente a esta industria, quizá también por hurtarse unos a otros el secreto de un mejor acabado de las pieles. No se sabe por qué, pero el caso es que ahora, para encontrar talleres y fábricas hay que llamar a las puertas, atravesar el ámbito familiar, cruzar después el corral,

y allí, al fondo, la portalada del recinto, donde hombres sudorosos trajinan los cueros con mimo y sin nunca desmayar ni cansarse de las miles de manipulaciones que necesita un cuero para quedar perfecto.

Sin embargo, aunque los corrales pellejeros se escondan en lo más hondo de las casas, el olor característico del curtido de la piel se esparce bastante perceptiblemente por todas partes. Es una especie de tufo peculiar que da virilidad y carácter al pueblo. Cuentan que las caballerías de afuera, cuando llegan a las inmediaciones de Villarramiel, se paran o se vuelven para atrás y cuesta trabajo hacerlas avanzar, pues hasta su fino olfato llega el olor de las tenerías. En cuanto al forastero que al llegar pregunta extrañado: «¿A qué huele aquí...?» Los villarramielenses les contestan orgullosos y haciendo alusión a que los cueros les producen buenos caudales: «Aquí huele a pesetas.»

Si, aquí huele a pesetas no hay que dudarlo, porque la villa vive en la abundancia que le proporciona su productiva industria; mejor dicho, yo diría que esta riqueza es producto de la voluntad tesonera de sus hijos.

EL ORIGEN DE LA VILLA QUE AHORA CUMPLE MIL AÑOS

Desde que estoy aquí ya he oído decir muchas veces que Villarramiel es una isla en Castilla. A veces creo que tienen razón. El carácter, las costumbres, todo desentona. Hasta esa diferencia manifiesta de ser industrial y comerciante mientras está rodeado de pueblos eminentemente agrícolas.

Pues bien, este Villarramiel de fisonomía imprevista va a celebrar ahora el origen de su fundación. Con motivo de las fiestas del milenario, la gente está empapada, saturada de siglos. Todo el mundo habla de don Herramel Alvarez como de un antepasado entrañable. Y todo este clima se ha hecho posible por obra y gracia de un insigne hijo de aquí, el jesuita y publicista padre Luis Fernández Martín. Años de ardua e intensa labor en el Archivo Histórico Nacional, junto con su hermano el doctor en Medicina don Pedro, que por amor a su patria chica quiso también colaborar en la empresa, dieron por resultado el poder desentrañar cumplidamente la historia de la fundación de la villa y la personalidad de Herramel Alvarez, príncipe vasconavarro que la fundó en el 955. Herramel Alvarez, que fué hijo del conde de Alava y de la princesa doña Sancha, y, por tanto, nieto de los Reyes de Navarra vino a estas tierras para defender con otros nobles caballeros navarros a su primo el Monarca leonés Sancho I el Craso, cuyo Trono le disputaba un hermanoastro del Rey que después reinó con el nombre de Ordoño III. Consolidado Sancho en su Trono quiso recompensar a los que le habían ayudado, y entre los cuales se encontraba su primo Herramel, y les dió tierras y privilegios. Los cronistas suponen que Herramel Alvarez eligió el



Otro aspecto urbano de Villarramiel

terreno despoblado donde ahora se asienta Villarramiel por existir en él varias lagunas muy provechosas para que pudieran beber los ganados sin necesidad de desplazarlos en busca de agua. El caso es que aquí Herramel levantó su casa, se rodeó de criados y leales, lo pobló de gentes de su servicio y de su amistad y trajo ganados de todas las especies, erigiendo así su feudo. Muerto el príncipe navarro a avanzada edad, Alvaro Herrameliz, su hijo, continuó siendo señor de esta villa, que entonces se llamaba la villa de Herramel. Muerto también Alvaro Herrameliz, su hija María Alvarez, al morir sin sucesión, dejó al Conde de Villarramiel, a fines del siglo XI, todas sus posesiones en la villa, que consistían en 1.340 obradas de tierra.

Entonces Villarramiel se convirtió en Behetría. Fué su señor elegido don Juan Alfonso de Alburquerque, privado de Pedro I. Más tarde lo fué también el conde de Benavente.

VILLARRAMIEL, PRENDA DE LA UNIDAD PENINSULAR

Desde entonces, siempre Villarramiel fué Estado llano, y nunca vivieron en ella nobles de prosapia y alcurnia. Era sede de artesanos industriuosos, y ya en tiempos de Doña Berenguela vemos cómo esta Reina les concede para escudo de la villa una carda como símbolo de laboriosidad, y porque allí se tejía la lana, con más perfección que en ningún sitio. Los Reyes Católicos vienen después a reconocer el arte del tejido a los villarramielenses y les conceden el privilegio de que para poder ejercer los oficios de maestros de peine, carda y sastres en todo el reino, tenían que ir a examinarse a Villarramiel.

Cuando Felipe II pasó a ser Rey de Portugal, prometió a sus primeros los duques de Braganza, como recompensa por su ayuda en la unión peninsular, un título de Castilla y una renta de 4.000 ducados. Por Cédula de 6 de julio de 1592, fechada en Valladolid, creó el marquesado de Frechilla y Villarramiel, que dió a don Duarte de Braganza, hijo segundo de los duques de Braganza. Este marquésado de Villarramiel estuvo siempre unido al condado de Oropesa. En la actualidad ostenta el marquésado de Villarramiel el duque de Frias.

Una buena parte del término de Villarramiel constituyó en la Alta Edad Media el Infantazgo de Villarramiel, dote que los Reyes daban a sus hijas que no contraían matrimonio. Así, Fernando I lo dió a su hija Doña Elvira, y Alfonso VI, durante algún tiempo, a su hija Doña Teresa, primera condesa de Portugal. Alfonso VIII lo donó a uno de los caballeros de su Corte, Pedro Gutierrez; éste, pocos años después, lo entregó a la abadía de Benevívere para fundar el Priorato de San Salvador y el Hospital e iglesia de Santa María Magdalena, que se edificó junto a una de las grandes lagunas que existían en la villa, y que tomó el nombre de laguna de la Magdalena.

Pero lo que más tienen a gala los hijos de Villarramiel fué el haber sido capaces sus antepasados de promover pleito contra Feli-



El canal de Castilla, por Tierra de Campos

pe II y haberlo ganado por justicia. Este famoso pleito se llamó «de los Quiñones». Frente a la Hacienda del Rey, que se incautó de las tierras que pertenecían a esta villa, se alzó Villarramiel, con su ilustre hijo don Juan Garcia Ascencio a la cabeza, defendiendo sus derechos. Los documentos de este famoso pleito se conservan aquí en Villarramiel, y se exhiben ahora en la Exposición histórica e industrial que se ha instalado con motivo de las fiestas del milenario.

LA PIEL DEL TORO QUE MATO A MANOLETE

Para las fiestas conmemorativas del milenario se han nombrado dos Comisiones: una de honor y otra ejecutiva. Habiéndose encargado esta última de montar la extraordinaria Exposición, en la cual se recogen todos los datos referentes a la fundación de la villa. Documentos históricos y fotocopias de otros que el padre Luis Fernández encontró, referentes a Herramel Alvarez y su descendencia. También se exhiben libros escritos por hijos ilustres de Villarramiel, que hace siglos fueron teólogos o humanistas. La Exposición consta de otras Secciones, en las que se resume la vida laboriosa del pueblo y la industria del tejido, de la curtición y del calzado están representadas cumplidamente.

El principal promotor del milenario ha sido el villarramielense Dacio Rodríguez Lemes, redactor jefe del «Diario Palentino». Y los organizadores de la Exposición, con el señor Alcalde, don José Herrero Nieto, a la cabeza, han sido tres hombres incansables y entu-

siastas de su pueblo: los concejales Dionisio Valverde, Gamaliel López y Francisco Sánchez. A los que ha ayudado eficazmente el periodista Anselino Pérez Noches en vela han sido necesarias para recopilar todo este ingente material que ahora se exhibirá para las fiestas del milenario. Siempre les veo a los cuatro ajetreños en este montaje, y además cada uno entiendo un rato de todo lo referente a su Sección. Valverde, que, además, es farmacéutico, y cuya farmacia, de padres a hijos, va a cumplir cien años, se ha aprendido bien la historia de su pueblo.

Con la soltura de un consumidor medievalista, explica cada legajo expuesto: «Es un erudito», dicen sus compañeros.

—Nada hay nuevo bajo el sol—me dice Valverde—. Mire este documento. Es el Reglamento por que se regía nuestro Hospital de la Magdalena. En él se dice que cuando se reparta a los enfermos carnes de ballena se les dé en proporción, una onza por cabeza. Tiene fecha del año 1232. Como ve, ya entonces se comía la carne de ballena.

Gamaliel López y Francisco Rodríguez han montado todo lo referente a curtidos: los dos son fabricantes de calzado.

—Aquí, en este hueco, pondremos la piel de «Islero», el toro que mató a Manolete—me dice Gamaliel.

Gamaliel, con su nombre extraño, es el prototipo del hombre siempre atareado, pero satisfecho de la vida. Su padre, don Pedro López Lobejón, fué el que fundó aquí la otra modalidad de industria de Villarramiel: la fabricación de calzado de campo y mina.



Iglesia de Santa María, del siglo XI



De padres a hijos se transmite la tradición pellejera entre los hombres de Villarramiel

de la que se producen 100.000 pares de zapatos al año.

Cuando volvemos a la Sección de Historia, y estamos embalados en temas de altura con el intelectual Valverde, surge de pronto la nota popular, graciosa y simpática. Afuera, el viejo pregonero, que siempre tergiversa las palabras, canta, a golpe de parche, un anuncio de la Alcaldía referente al milenario:

«De parte del señor Alcalde, se hace saber que se ha abierto una suscripción para ayudar a los fondos del "millonario"..."»

Y todos reímos de buena gana. Con motivo de este milenario del pueblo, el Ministerio de Educación Nacional ha concedido a Villarramiel una nutrida Biblioteca, que será inaugurada el mismo día de las fiestas conmemorativas, que tendrán lugar el 25 de septiembre. Han prometido asistir a ellas varios Ministros, y hará el pregón Víctor de la Serna. Todas las casas del pueblo se están habilitando para recibir a los forasteros, pues los villarramielenses escarpidos por toda España han anunciado su asistencia. Porque allí donde haya una tienda de cueros, allí hay uno de Villarramiel o descendientes de algún hijo de esta villa.

Esta espíritu andariego del pueblo viene desde siglos, desde que los arrieros de Villarramiel deambulaban por todos los caminos de España en busca de las pieles que necesitaban para sus manufacturas. Trataban con todas las gentes, concian pueblos distintos, y cuando volvían al suyo, traían prendidos en ellos rezacas de lo que habían visto.

Mire, señorita, fué una cosa muy extraña lo que nos pasó en ese pueblo adonde usted va—me dijo el día que yo venía, el capitataz de Vías y Obras de los Ferrocarriles de Castilla, Gabriel Domínguez Guerra. Cuando hace cuarenta y seis años fuimos a hacer el asiento por esta parte del ferrocarril, en muchos pueblos nos cerraban las puertas y nos miraban como al mismísimo diablo porque decían que el tren les iba a estropear sus campos. En cambio, en Villarramiel nos recibieron con los brazos abiertos y nos daban las gracias porque les llevábamos el progreso.

Así también aquí hay un telegrafo municipal que el Ayuntamiento puso por su cuenta en 1905 y que aun ahora sigue costando su sostenimiento y conservación. Suyos son los postes y suyo el tendido en una línea de kilómetros. También hace treinta años se instaló el casino con sus grandes salones, espejos y divanes de terciopelo rojo y con número limitado de socios. Doscientos pueden ser éstos y no se mira la clase de quien lo solicita; si hay una vacante y el sujeto es honrado, se le admite como si fuera uno de los tantos pellejeros millonarios que existen aquí. De este casino son socios el señor Alcalde y su chófer, y no es raro verlos echar alguna partida en la más democrática de las convivencias.

Y es que no en balde, en el Catastro del marqués de la Ensenada de 1752 se dice: «Se previene ser todos los vecinos de Villarramiel del estado llano, a excepción de Melchor Pérez y Alejandro Quevedo, que son del de Hijodalgo, lo que no se les guarda por ser esta población de behetría».

Ahora también todos se tratan de igual a igual. Aquí jamás se le da el «don» a los ricos por mucho que lo sean. Sólo se les da al que tiene un título de Universidad.

EL DESCAPOTABLE BLANCO DE VILLARRAMIEL

A silbido de sirena, a las ocho de la mañana, las calles de Villarramiel se despueblan. Están desiertas como dije al principio. Todo el mundo al trabajo en las fábricas de calzado y a las fábricas y talleres de curtidos. A las tres, otra vez la sirena para entrar y a las siete dan de mano. Pues bien, sólo basta una hora en la casa. Lo justo para asearse y quitarse las ropas de faena. A las ocho de la noche Villarramiel es una capital en pequeño. La plaza del Corro Grande y la calle de los comercios se llenan de la juventud villarramielense. Nadie reconocería en estos muchachos estupendamente vestidos y a quienes se podrían confundir con patronos a los obreros que hace una hora trajinaban las

pieles. No me lo explico por mucho que lo piense cómo pueden vestir tan bien a diario. Son los oficinistas de Madrid en un día de fiesta. Pero me explican que aquí rivalizan unos en pasear impecables por el Corro Grande. Pero al fin, y al cabo, pueden permitirse ese pequeño lujo porque aquí la vida es barata. Baste como ejemplo que un ama de casa gasta al año en combustible doce duros. Aquí se guisa en los llamados hogares, que son una especie de horno empotrado en las paredes a una altura de metro y que se alimenta con la «casca», que es el residuo de la corteza de encina que se emplea en las tenerías para extraer el tanino necesario para la curtición. Pues bien, con cuatro carros de «casca», que vale cada uno a 20 pesetas, ya hay para todo el año. Y en esta «casca», que da un fuego lento, es donde mejor se guisan esas alubias especiales de Villarramiel que le dan fama por todos los contornos. ¡Ah!, y tal cantidad de «casca» también les da con dos carros de paja para encender esa primitiva calefacción que aquí llaman La Gloria, y que se prende bajo los suelos abovedados de las viviendas. Y si así viste la gente obrera, ¿qué diré de los demás que tienen una carrera o disfrutaban una saneada fortuna? Se puede decir que aquí es quizá el pueblo de España donde mejor se viste la gente y es que el dinero corre de maravilla. También hay otro refrán aplicado a esta tierra:

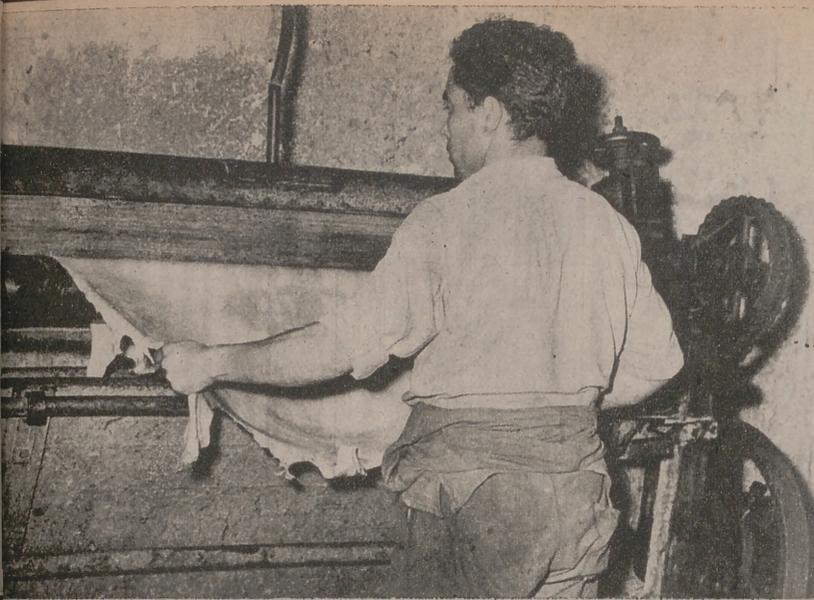
«En Villarramiel humor y dinero.»

Efectivamente, si se pasa después del trabajo por el bar El Tercio allí se oírán cantar a Juanco, el carnicero, y a Tino, el tratante, colombianas por todo lo alto.

—Todos aquí cantan divinamente el flamenco—se dice alguien. No tiene explicación, pero son alegres como la gente del Sur.

Y así, por donde se pase, a la anochecida. Esto en cuanto al humor. Y en cuanto al dinero yo me volví sorprendida un día al paso de un imponente descapotable blanco.

—¿De quién es?—pregunté.



Habilidosos operarios curten y arreglan las pieles en una vieja industria artesana



...Del Alcalde.

...¿Del Alcalde?

...Sí, de su propiedad particular. Pero además ése es el viejo. Ahora tiene otro nuevo.

Después vi también veinte camiones y veinte furgonetas, tres taxis y seis coches particulares, todos con matrícula de la villa. Y todo esto para un pueblo de 2.800 habitantes, pero, eso sí, de una extensión de 50.000 metros cuadrados. Y es que en Villarramiel como dentro de cada casa hay una fábrica, el pueblo se tiende interminable sobre la llanura en esas cuarenta y tres calles por las que yo me he perdido muchas veces, pues en los días que ha durado mi estancia aquí no logré aprenderlas.

LA VIDA INDUSTRIOSA DE LA VILLA

Como los villarramielenses son gente emprendedora, cuando se apagó un poco la industria de los tejidos de lana en la villa decidieron buscar otra especialidad a la que dedicarse con todos sus afares. A fines del siglo XVIII se introdujo la industria del curtido que ahora ha llegado a ser el principal trabajo de la mayoría de sus vecinos. Cien fábricas de curtidos y quince de calzado emplean a todos los hombres y a buen número de mujeres.

Yo he visto las diferentes fases y procesos de las manipulaciones del curtido hasta llegar a un acabado perfecto. Entre el mal olor de los pozos de la operación llamada «invernada», donde las pieles fermentan hasta los de tannino en una lenta cocción que separa la carne del cuero, de la flor del mismo, cada partida de pieles necesita un proceso de tres meses de trabajo. Después de salir de los pozos y secarse, viene el trabajo rudo, agotador sobre las tablas para pulir la piel una y otra vez. Y, por último, el engrase perfecto hasta obtener que el cuero sin perder su grosor se vuelva flexible, que es la especialidad de los curtidores de Villarramiel.

Actualmente se curten 700.000 kilos de cuero al año. Cuando la guerra de Liberación, para poder atender a las necesidades del

Ejército se llegaron a producir 1.000.000 de kilos. Una de las tropas que más venían con sus camiones a buscar la producción eran los legionarios. Aquí se cuenta que con el buen humor que caracteriza a estos soldados, entraban siempre en la villa cantando su himno al que ponían una letra apropiada:

«Legionarios a curtir, legionarios [a curtir...»

Después, algunos que se licenciaron volvieron aquí a buscar trabajo. Se casaron en el pueblo y ahora son obreros de la curtición.

Las pieles se traen de toda América del Sur, pero principalmente del Brasil. De África, de donde más vienen es de Camerún y Madagascar, y de la India, de Bombay y Calcuta. De Europa se importan de Francia, Alemania e Irlanda. En cuanto a pieles nacionales se consumen de Galicia y especialmente del matadero de Lugo. Aparte de las partidas pequeñas de los pueblos cercanos. Los principales mercados de estos cueros son toda Andalucía y Extremadura.

En cuanto a los calzados, esos zapatos fuertes de campo y mina, se producen, como ya apunté antes, 105.000 pares al año y su mercado es toda España.

Luego viene el vender los subproductos de las tenerías. Aquí existe el «trapicheo», como ellos dicen, y de aquí sale la compra y la venta de todo. Todo se aprovecha y todo sirve para hacer dinero. Lo que llaman «carnaza», y que es lo que rebajan al cuero, sirve para hacer colas y para abonos. Los pelos de las pieles se venden en la cifra de 120.000 kilos. Y el residuo de la corteza de encima es la «casca», que sirve de combustible para todo el pueblo.

Pero también existe en Villarramiel otra industria que es la única en su clase autorizada en España. Por orden del Ministerio de Agricultura de 27 de junio de 1953 se autorizó a Villarramiel para la preparación de la cecina de équido. Tres mil équidos se sacrifican al año en el matadero municipal que dan un apro-

vechamiento de carne de 70.000 kilos para hacer cecina y que se lleva a toda España, principalmente a Asturias y Barcelona, donde es tan apreciada que se llega a cotizar a 70 pesetas el kilo. La venta de los huesos de estos équidos arroja la cifra de sesenta mil kilos. Para proveerse de este ganado, los cecineros van a las ferias y hasta un muchachuelo villarramielense dicen que sirve para echar salero al trato. Y es que aquí todo el mundo desde que nace es comerciante en una u otra cosa y siempre no tienen más meta que el negocio. Aquí existe el tipo de pequeño tratante de pieles que todos los días sale con su bicicleta a los pueblos cercanos y cada noche vuelve con ella cargada de pellejos sangrantes y malolientes. Los vende en las fábricas y talleres artesanos de curtidos y ya tiene el sustento de su familia, y así un día y otro, porque sus padres lo hicieron y sus abuelos también.

Toda esta industria proporciona a Villarramiel un gran movimiento en su Estafeta de Correos, aparte de las sumas fabulosas que se mandan o se reciben por los Bancos. En el año 1954 la Estafeta ha expedido giros por valor de 975.000 pesetas, y se han recibido otros por un total de 1.486.995 pesetas. Los paquetes muestras han alcanzado la cifra de 1.200 pesetas. Doscientas setenta y cinco cartillas de la Caja Postal, casi todas pertenecientes a niños, tienen una imposición de 479.000 pesetas.

SESIONES MUNICIPALES HASTA LA UNA DE LA MADRUGADA

En este Ayuntamiento yo diría que se está siempre en sesión permanente. Además, las horas de la noche. Claro que Villarramiel es mucho Villarramiel y ne de oficina duran hasta las nueve cesita de este esfuerzo, pero el caso es que no se regatean sacrificios. Y además, las sesiones municipales o las juntas que el Alcalde celebra con cecineros y curtidores duran hasta la una de la madrugada. El año pasado el Ayuntamiento trajo el agua desde el canal de Castilla, en su ra-

mal de Tierra de Campos, solucionando así el gravísimo problema de la escasez de agua que padecía la villa. Cuatro kilómetros de tubería vienen por su peso, y uno y medio elevado. Ahora el Ayuntamiento proyecta una estación depuradora de aguas y el pavimentado, alcantarillado y riego asfáltico de diez o doce calles más, sobre las que ya hay perfectamente urbanizadas.

Además de las escuelas municipales, donde la maestra doña Felisa Cases es un caso extraordinario de vocación, y su vida es su aula y sus niñas, no existiendo jamás el horario para ella. Además de estas diez escuelas de ocho maestras y maestros, el Ayuntamiento subvenciona a las monjas de la Reunión al Sagrado Corazón, que tienen aquí un convento, para que den clases gratuitas a las niñas que prefieren ir con las religiosas. Pero de lo que más satisfechos están el señor Alcalde y los concejales es del buen estado sanitario del pueblo. Dos médicos y dos farmacias, pero el latiguillo que se oye por todas partes es siempre el mismo: —Aquí padecemos peste de salud.

El secretario del Ayuntamiento, don Ambrosio Rodríguez, me explica:

—Es asombroso, pero es la realidad. Mire las estadísticas. Aquí hay sólo una o dos defunciones infantiles al año.

VILLARRAMIEL, PELLEJERO Y ANDANTE

Dicen que a los villarramielenses, cuando no ven la torre de su iglesia, les entra nostalgia. Pero ellos se vencen y se esparcen por todos los sitios. En todas las profesiones y carreras hay hijos de Villarramiel. El comercio de tiendas de marroquinería en casi toda España también pertenece a descendientes de aquí. América del Sur está llena de villarramielenses que han montado allí fábricas de curtidos. La vida pellejera tiene además una acendrada religiosidad. Treinta y seis monjas de diferentes órdenes, seis jesuitas, doce sacerdotes y dos padres del Corazón de María son hijos de este pueblo de tan pocos habitantes. Solamente la familia Serrano tiene tres hijos jesuitas, dos hijas Esclavas del Sagrado Corazón y una más religiosa filipense. También esta villa tuvo su obispo: don Apolinar Serrano, que fue obispo de La Habana y murió en olor de santidad. Villarramiel quiso traer su cuerpo,

pero el Cabildo de La Habana se opuso, respondiendo que «el pueblo habanero veneraba como santo al que hasta hacía poco había sido su Pastor».

Pero el que no pudo resistir el dejar de ver la torre de la iglesia fue el famoso hijo de Villarramiel Francisco Melero. Melero era artífice, relojero, ortopédico, inventor y hacía autómatas y muñecos que tocaban los más diversos instrumentos. Por cientos se cuentan las medallas que alcanzó presentando sus obras en las Exposiciones nacionales y extranjeras. Entre ellas tenía una Medalla de Oro de la Exposición de Chicago en 1893. Pero no dejaba nunca su Villarramiel nativo. Al fin, unos amigos le convencieron: «Tú, Francisco, viviendo en Madrid, te harías millonario...» Y el artífice Melero levantó su casa y emprendió, con su familia, la marcha. Pero cuando dejó de ver la torre de San Miguel, que se divisaba en la llanura desde muchos kilómetros, entonces mandó parar el coche y le dió la orden de volver a Villarramiel.

Ahora los hijos de aquí no dudan en salir para adquirir una vasta cultura. Y en cuanto a las muchachas, se educan en Madrid, y otras, como María Jesús Valverde, con sus diecisiete años, ya ha estado en París para perfeccionar su francés. Mary Fernández, otra hija de Villarramiel, licenciada en Filosofía y Letras, ahora está estudiando en la Sorbona. Otras cultivan las bellas artes, como la extraordinaria Blanca Pietro, con sus veinte años y un haber de 26 cuadros de una pintura moderna y personalísima.

Y en cuanto a un villarramielense destacado a quien sus paisanos admiran, es el doctor en Derecho don Bernardino Herrero, que ha sido lector en las Universidades de Edimburgo y Colonia. Recientemente ha sido invitado por el Gobierno de los Estados Unidos para pasar dos meses en Norteamérica, y en estos días está aquí, en Villarramiel, procedente de Ginebra, donde asistió como observador a la Conferencia internacional.

TRES HORAS TOREADO VACAS POR LAS CALLES.

¿Andaluces? ¿Navarros? ¿De dónde viene la raíz de esta gente? Aquí hay un encierro de tres horas, en que los mozos, y hasta las mujeres, se lanzan a las vacas. Este festejo se hace el día

23 de agosto, festividad de San Bartolomé, a quien aquí llaman Bartolo, y cuyo nombre no se lo ponen ni por casualidad a ningún hijo de la villa. Ese día todo el mundo va a comer al Pradillo, junto al canal de Castilla, y desde allí se sueltan las vacas y empieza el jaleo, que dura tres horas, con sus graves cogidas y todo. Y se cantan las mismas coplas que en Navarra:

*Las vacas del pueblo
ya se han escapao,
y ha dicho el alcalde
que no pase nadie...*

El Alcalde que no da vacas en los festejos es Alcalde perdido. Se le hace la vida imposible e incluso se le llegan a dar cencerros días antes de San Bartolo para obligarle a que conceda las vacas. Al fin, el pobre Alcalde, por librarse de los cencerros, concede las vacas, y desde ese momento el alborozo es general.

Pero cuando yo le encontré más encanto a Villarramiel fue una noche, al filo de las nueve. Dejé atrás las calles concurridas y me adentré por los barrios de las Lagunillas y del Salvador. Desde la plazuela del Obispo Apolinar, y pasando la taberna de la Rojina, donde los cecineros cantaban las coplas de Pepe Pinto, ya encontré que Villarramiel en aquella hora tenía trazas de fantasmagoría. Era también una sinfonía de esquillas. Rebaños de ovejas castellanas y el rebaño de ovejas karakul de Julián Ruiz pasaban por mi lado, rozándose con sus rizos negros. Más allá, la plaza de toros era un enorme tambor bajo la luna. De una casa obrera llegó la cadencia dolorida de una zambra:

*En el mundo no hallarás
un cariño como el mío.
Salga la luna o no salga
yo te quiero ver la cara...*

Pero la luna sí había salido y caía sobre las calles blancas, sobre el patio de aquella casa, en cuyo centro crecía una acacia. Me paré y me dijeron:

—Pase, pase con confianza. Casa de pobres, pero muy limpia.

Y era verdad. Además, su radio, en la que una voz de mujer seguía desgranando su pena de amor. Y es que en todas las casas obreras de este pueblo nunca falta la radio.

Cuando, lentamente, regresé, Villarramiel me parecía clavado en el tiempo y, sin embargo, al ritmo siempre de nuestros días.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)



"EUROPA, AÑO CERO DE LA LIBERACION"



VENECIA, UNA CIUDAD QUE AMENAZA CON IRSE A PIQUE

*El Lido, paraíso de los
económicamente fuertes*

Crónica de nuestro enviado especial M. BLANCO TOBIO

ALGUIEN, no sé quién, ha dicho que desde que vino a mundo el «scoter», las ciudades de Europa han perdido definitivamente su tranquilidad. En Europa, porque, como ustedes saben, en América se utiliza muy poco la moto.

Es verdad que las ciudades de Europa han perdido su tranquilidad, aunque, claro está, no sólo a causa de las motos. En París se ha llevado a cabo la Operación Anticlaaxon con indudable éxito, pero la intensidad de tráfico es tal que, pese a todo, el ruido llega a ser ensordecedor.

El caso es que aun en las ciudades de aspecto más tranquilo las motos no le dejan a usted dormir, y los paseos por las calles céntricas se convierten en una carrera de saltos y de sobresaltos. La sensación de que le van a dejar un objeto debajo de un neumático no le abandona hasta que cierra la puerta de la habitación del hotel por dentro.

Así las cosas, calcule usted, lector amigo, la inmensa sensación de alivio que se experimenta al llegar a Venecia. De repente se encuentra usted dentro de una gran ciudad que no tiene tráfico rodado; una ciudad sin motos, sin taxis, sin autobuses, sin tranvías; una ciudad que no tiene calles, sino canales y ríos, y en la que los pasos de peatones son puentes.

De momento, uno se siente desconcertado, porque le fallan todos los reflejos condicionados por el ambiente ciudadano. Ha cambiado el signo de todos los peligros urbanos. Tal vez el único

que le acecha es el de morir ahogado, pero la conciencia de este peligro lo relaciona un subconscientemente con una playa, con un río, con el Océano Atlántico, pero jamás con la vuelta de una esquina ni con un traspie en la oscuridad.

Por otro lado, es difícil acomodarse a la idea de que para acudir a una cita con un amigo, en lugar de tomar un taxi hay que embarcarse en una lancha motora o en una góndola, o en un pequeño paquebote, si su amigo es rico y vive en El Lido.

En Venecia, el viejo coche de caballos equivale a la góndola, la motora o gasolinera rápida al taxi y el bou con dos toldillas al autobús o trolebús. Esto le crea a uno a veces situaciones raras y con frecuencia pintorescas. Yo, por ejemplo, estuve un buen rato en un muelle viendo pasar motoras rápidas, sin saber cómo diablos había que requerir una. Agitar una mano y gritar «¡Taxi!», como cuando uno se encuentra en una acera de la Cibeles, me parecía un poco ridículo, o, en todo caso, inútil. Más ridículo todavía me parecía gritar: «¡Gondolero!» Para un terrícola que vive sobre el duro asfalto de Madrid, esto no tenía sentido. En Venecia, donde todo me era familiar, fué donde más trabajo me costó ambientarme.

fico rodado intenso está más relacionado con el mareante y continuo ir y venir de vehículos que con el ruido que éstos producen. Porque en Venecia, si bien no hay motos ni automóviles, en cambio hay ruido de motores, como es natural, pues son millares de gasolineras de todos los bordos las que surcan las aguas de los canales principales.

Y ya que estamos a ello, les diré a ustedes que esto de las gasolineras tiene muy preocupados a los venecianos. Parece ser que las vibraciones que producen las hélices en las aguas están abriendo peligrosas grietas en los cimientos submarinos de las casas. Si añadimos a esto el hecho de que Venecia, como Méjico, es una ciudad que cada año se hunde en el agua unos milímetros, hemos aquí ante la aterradora perspectiva de que llegue el día en que una de las más bellas ciudades del mundo se nos vaya a pique, hasta convertirse en una de esas ciudades sumergidas que tanto aman y conocen los escritores gallegos e irlandeses aficionados a las bebidas espirituosas.

Para cerrar este capítulo, terminaré diciendo que lo primero que busqué en la Prensa veneciana fué la crónica de sucesos. Tenía curiosidad por saber qué lenguaje emplean mis colegas de

No obstante, el alivio a que antes me refería acaba por convertirse en un auténtico goce. Y si ustedes me lo permiten, hice un descubrimiento: el de que los deplorables efectos que sobre el sistema nervioso produce el trá-

esta ciudad para reseñar un accidente de tráfico. Encontré en seguida lo que buscaba: un lenguaje completamente marinero. He aquí un ejemplo, que recorté para ustedes:

«Ayer, en el Gran Canal y a las once de la mañana, se produjo un abordaje entre una lancha motora y una góndola. Los dos ocupantes de ésta, una pareja de ingleses recién casados, fueron lanzados violentamente al agua, de donde fueron extraídos sin contusiones, pero con un buen susto. La góndola sufrió algunos desperfectos y volcó. La gasolinera salió de la colisión con una astilladura en la obra muerta de proa.»

Como éste, se producen al cabo del día tres o cuatro «abordajes».

EL NIRVANA DE LOS ENAMORADOS

Las góndolas son en Venecia una supervivencia del pasado, de un pasado romántico, que sigue ejerciendo una fuerte fascinación sobre todos los temperamentos soñadores que hay en este mundo. No hay jovencita cursi que no sueñe con un paseo en góndola, en brazos de su Romeo, por la penumbra de los canales, mientras el gondolero, con su casaca marinera, su pajilla y su remo, entona me lancólicas barcarolas con voz de Enrico Caruso o Mario Lanza.

A su vez, no hay Don Juan en agraz que no sueñe con escalar la fachada de un palacio de mármol, acudiendo a la cita de una hermosa dama veneciana. Es uno de tantos bellos tópicos que todavía andan por el mundo, yo creo que desde los tiempos en que lord Byron partía corazones en los palacios y paseaba en la góndola de su fiel Tita a rubias adolescentes como las que pintaron los maestros de la escuela veneciana, y que todavía se las encuentra uno en la calle, con los mismos rasgos, la misma cabellera y las mismas formas delicadas y a la par espléndidas, pues en la Italia del Norte la raza conserva una extraordinaria pureza y fidelidad a los modelos que podemos llamar clásicos.

Como, en efecto, Venecia sigue ejerciendo esa seducción de novela rosa a que antes me refería, la ciudad está llena de parejas de recién casados que llegan en brazos de la Agencia Cook o de la American Express, y que al anochechar alquilan una gón-

dola para darse una vuelta por el Gran Canal, hasta la plaza de San Marcos, sorteando el tajar de los barcos a motor, poco respetuosos con las góndolas. A veces las ensoñaciones de la pareja son bruscamente interrumpidas por un remojón poco poético, y la gente se para en los muelles para ver cómo la novia gana a nado la orilla o tiene que ser extraída del agua como un pingajo.

Yo no sé si los gondoleros conservan todavía la manía de cantar tiernas barcarolas. Supongo que en un lugar donde el turismo es cultivado en forma tan inteligente, quien lo desee y esté dispuestos a pagarlo podrá alquilar un gondolero cantor, a tanto la barcarola. Yo encuentro esto muy poco seductor e incluso extravagante.

Por lo demás, Venecia, en la época de su esplendor, fué una República en la que se produjo un tipo humano mezcla de aventurero, mercader y cortesano muy interesante y probablemente único. Pero de ciudad romántica, nunca tuvo nada. Su historia fué bastante agitada y bastante sangrienta; pero la literatura y la leyenda hicieron de ella lo que hoy es: el Nirvana de los enamorados.

UNA FABULOSA COLECCION DE PALACIOS

Hay una cosa que los venecianos, pese a todos sus esfuerzos, no pueden disimular: la inexorable decadencia de la ciudad. Usted va navegando por el Gran Canal y desfila ante sus ojos la más fabulosa colección de palacios que puede imaginarse; palacios con sus fachadas reflejadas en el agua y cuyas puertas principales se abren sobre el mismísimo Canal. La arquitectura veneciana, tan rica en elementos decorativos orientales, fruto de su activísimo comercio con el Oriente y de las periódicas arribadas de los turcos y piratas berberiscos, parece ideada para reflejarse en un lago o en un canal. Desde luego, uno se queda fascinado contemplando tanta maravilla.

Pero hoy esto no es más que un portentoso decorado, unas bambalinas de mármol verdoso, dignas de la imaginación de Potemkin. Yo creo que la mayoría de los palacios están en ruina y deshabitados, conservando solamente la fachada. En algunos, de noche, se ven luces en las ventanas; pero si uno se acerca ve que dentro de un fastuoso palacio se aloja una familia modesta, que ocupa una o varias piezas sola-

mente y que le da ambiente de buhardilla o de suburbio. Podemos echar a rodar la imaginación y pensar en las fiestas fastuosas que debieron celebrarse hace siglos en aquellos magníficos salones; en los amores y galanteos que debieron tener en aquellas bellísimas ventanas, balcones y terrazas, incomparable escenario; en las intrigas que muchas veces terminaron con un cadáver apuñalado en el fondo del canal. Podemos imaginarnos todo esto con facilidad, porque nada se presta mejor que Venecia a la evocación. Pero hoy, detrás de las fachadas, no hay más que polvo, ruinas y tal vez miseria.

Uno está habituado ya a ver ciudades pulverizadas por las bombas, ciudades que las han borrado del mapa a pepinazo limpio. Pues créanme ustedes si les digo que nada de esto sobrecoge tanto como descubrir esta irremediable decadencia de Venecia, que fué fabulosamente rica, que fué poderosa y que supo hacer de la vida un arte sutil y peligroso. De aquella riqueza y de aquella gloria quedan, como cascarrones vacíos, estos palacios del Gran Canal, en cuyas ventanas todavía cuelga el girón de una cortina de damasco, o a través de cuyas ventanas se columbran los brillos mortecinos de los oros que enriquecían los artesanos. Palacios que viven resistiéndose a que se los lleven a un museo arqueológico, despiezados, piedra a piedra, como hacían Hearts, el de la cadena de periódicos y otros multimillonarios americanos, cuando descubrieron que con dólares también se compra la Historia.

De vez en cuando, algún millonario suramericano, como Beissegui, compra uno de estos palacios, lo restaura y organiza una carnavalada de época, en la que el gran mundo se disfraza de Dogo, de Dogaresa o simplemente de Barbarigo. Pero esto no es más que un embalsamamiento, una falsificación; una comedia como si la hubiese montado el gran Barnum.

Es todo un símbolo de los tiempos en que vivimos; son muy contadas las fortunas que pueden sostener con todo su esplendor uno de estos palacios maravillosos, que exigen un ejército de criados. Y mucho antes de que los grandes terratenientes ingleses de la aristocracia rural vendiesen sus castillos o los abriesen al público, como el de Bleheim, las nobles y viejas familias venecianas ya habían dejado sus palacios históricos a merced del tiempo, que los trata mal.

No voy a caer en la cursilería de evocar con nostalgia aquel tiempo y aquella sociedad. Pero al ver el estado en que se encuentran los palacios venecianos, uno tiene la dolorosa sensación de que algo soberanamente bello está perdiendo el mundo sin remedio.

EL LIDO

Por lo demás no son sólo los palacios los que están en ruina: puede decirse que lo está todo Venecia. Al menos, el casco de la ciudad. Yo no he visto en ella ni una sola casa de construcción reciente. Debe haberlas, sin duda, pero la impresión que se tiene es la de que desde ha-

La playa del Lido, regalo de Venecia a los millonarios



ce siglos en Venecia no se pone un ladrillo encima de otro. En esto precisamente, en la conservación de su ambiente antiguo, reside su mayor encanto. He visto litografías antiguas de la ciudad en museos y librerías—e incluso en el hall de mi hotel—, y después de examinarlas detenidamente y de contrastarlas con fotografías recientes, se ve que Venecia ha cambiado muy poco o no ha cambiado nada. Se puede reconstruir toda su historia palmo a palmo y recomponer con exactitud el ambiente antiguo de la ciudad.

La Venecia moderna, para millonarios, está en una isla. Me refiero al Lido, desde cuya playa, de noche, se ven o se adivinan las riberas adriáticas. El Lido está lleno de hoteles fastuosos que se cuentan entre los más caros y lujosos del mundo, de magníficas residencias y, en fin, de todos aquellos refinamientos y caprichos que pueden pagar los económicamente muy fuertes.

La gente que puebla estos hoteles y estas residencias en verano es la misma que uno se encuentra en Estoril, en Deauville, en la Costa Azul, en la Riviera, en Bad Nauahr; pertenece a esa fauna trashumante que cree que el «Rolls-Royce» es un artículo de primera necesidad; que el mejor amigo del hombre es el perro con tal que sea de raza; que adornan las portadas de las revistas ilustradas, que alimentan las crónicas de sociedad de Elsa Maxwell y que recorren miles de kilómetros, si es preciso, para asistir al entierro de su sastre o de su camisero. Gente que no tiene nada de extravagante, que se administra formidablemente bien y que permite que existan en el mundo media docena de joyerías, de hoteles y de ciudades que sin ellos tendrían que cerrar.

Este es el público del Lido de Venecia, salpicado con estrellas de cine, políticos—como el propio sir Winston Churchill—, maniqués de las grandes Casas de modas de París y algún que otro escritor de moda. La gente del pueblo, que no tiene acceso a ninguno de estos privilegios, y a veces ni siquiera a los desperdicios de su comida, está acostumbrada al rumbo, casi siempre discreto, es verdad, de estos poderosos de la tierra, y esto explica el hecho de que en la misma Venecia haya habido manifestaciones comunistas que dejaban paso respetuosamente a estos personajes del Gotha y de las cuentas corrientes, expresándoles incluso su simpatía personal.

EL HOMBRE DE LA PERTIGA

Me he referido un poco más arriba a la pureza con que se conserva la raza italiana, sobre todo en el norte del país. Creo que conviene insistir un poco sobre esto.

Durante mi estancia en Venecia he tenido ocasión de visitar en el Palacio Ducal—el único que se conserva prácticamente intacto en Venecia—a una Exposición de la pintura del Giorgione y de su escuela. Los cuadros proceden de los museos y de las co-

lecciones privadas más famosas del mundo. Sólo en concepto de seguros, montar esta Exposición debió suponer un dinerol, a juzgar por las 30 pesetas que costaba la entrada.

En los cuadros de Giorgione, como en todos los de la escuela veneciana, hay abundancia de retratos femeninos, casi todos de una belleza extraordinaria. Estos retratos son de mujeres rubias, de carnes blancas, de cabello ensortijado, de perfil netamente clásico, con una mirada pura y jamás altiva. Cuesta trabajo creer que aquella espléndida juventud se agotó hace siglos.

Pues bien; a mucha gente, después de visitar esta Exposición del Giorgione, le habrá ocurrido lo que a mí, que al salir a la calle y deambular por Venecia se ha tropezado con muchachas exactamente iguales a las retratadas en los cuadros del gran pintor: la misma cara, la misma expresión, la misma cabellera rubia y ensortijada. Incluso los mismos peinados. La cosa es tan sorprendente que uno se queda parado. Como es verdad eso de que la naturaleza imita al arte, podría pensarse que estas muchachas venecianas se han hecho el tocado por la mañana con una reproducción de uno de estos cuadros delante.

Esta pureza de facciones es lo que caracteriza a la mujer italiana en general, mucho más recatada de lo que parecen sugerirnos el cine y las revistas ilustradas. Este recato, por lo demás, está bien vigilado. En las ciudades italianas no se ven parejas enlazadas, como en París y mucho menos, claro está, las caricias en público. Un desliz en este terreno atrae inmediatamente la atención de un «carabineiro», y a renglón seguido, una multa. En cosas como ésta se nota que Italia está hoy gobernada por una democracia cristiana.

En los templos de Italia, como en los de España, no se permite la entrada a las mujeres algo ligeras de ropa o simplemente vestidas con extravagancia. En la puerta principal de la iglesia de San Marcos, en Venecia, hay un hombre espectacularmente ataviado de negro, con caizón corto y media de seda, tocado con



Representación madrileña en el Carnaval de Venecia. Una carroza adornada con claveles participa en la batalla de flores

un bicornio también negro con escarapela negra, que sostiene en una mano una especie de puntero o pértiga, atributo, sin duda, de su autoridad. Este hombre, serio y muy impuesto en su papel, detiene con un elegantísimo ademán a todas las mujeres que quieren visitar el templo y que no van adecuadamente vestidas. Una vez dado el alto, el hombre deja a un lado la pértiga y penetra en una especie de camerino, del que sale provisto de una especie de chal de seda, con el que ceremoniosamente, con la maestría de un perfecto ayuda de cámara, cubre los hombros de la dama. Una profunda reverencia, invitando a la dama a entrar, y de nuevo se agarra a su pértiga para repetir la escena cuantas veces sea necesario. Como la escena es muda no se necesita dar difíciles explicaciones en inglés, en alemán o en francés. Los italianos, en realidad, no necesitan aprender idiomas, porque saben decirlo todo con el ademán, con las manos, tan expresivas, tan sugeridoras. Yo saqué una foto de esta ceremonia, pero lamento decirles a ustedes que me salió muy mal. La protagonista esta vez era una inglesa, fea como un pecado, que mascullo entre dientes, dirigiéndose a su marido: «¡Cuánto teatro tienen estos latinos!»

El, sin darle importancia a la cosa, le dijo que el chal le sentaba muy bien.

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA



LOS BUENOS JUGADORES DE TENIS...



Coman siempre
SOBERANO
 hielo y seltz, el perfecto
 high-ball (jáibol)
 Calma la sed plenamente,
 refresca y entona.


GONZALEZ BYASS

OTRO NUEVO TURISTA BAJO EL SOL DE FRANCIA



FRONTERA

El tipo que vendía tabaco en la frontera tenía una voz solemne, una voz de locutor de radio, de introductor de almas al purgatorio. El tipo pregonaba, incansable, que compráramos tabaca, que al otro lado el tabaco era caro, que compráramos tabaco en para ahorrar.

Compré tabaco para ahorrar y para fumar, y a los diez metros de distancia tuve que repetir el disco al aduanero.

El aduanero estaba de mal humor. Lo comprendo. Oía una y otra vez la incansable, la imperativa voz del tipo que vendía tabaco, y luego, en cuanto abría una maleta volvía a oír el desesperante disco.

Pero lo malo no era el texto del disco, lo más malo era el tono de voz que tenían, tenían los dueños de las maletas. Voces atormentadas, suplicantes, temblorosas. Voces de condenados.

El aduanero ponía con tiza una cruz en cada maleta. Las voces se desvanecían. Pero a continuación llegaban más maletas. El aduanero...

El aduanero miraba hacia el tipo que pregonaba incansable que compráramos tabaco que al otro lado el tabaco era caro, que compráramos tabaco en abundancia para ahorrar.

Las maletas parecían convertirse en gramófonos. Automáticos gramófonos que en cuanto se les alzaba la tapa...

El aduanero se liaba a trazar cruces.

Así, con este fondo musical, con una cruz y una rúbrica bautizando mi maleta, y con unos cuantos paquetes de tabaco despanzurrados entré en la región más dulce de Francia.

PROVENZA ES DULCE Y LIGERA

30.000 TONELADAS DE FLORES EXPORTA ANUALMENTE A PARIS

PROVENZA

La más dulce y la más ligera, pues, en Provenza, todo es dulce y ligero. Hasta su industria es a base de cosas ligeras: perfumes,

corchos, aceites, aluminios... Y hasta sus tópicos.

Pero Provenza, además, es muy hermosa. Exporta hermosura. Me habían dicho que sólo a París enviaba anualmente más de treinta mil toneladas de flores.

Pregunté a una vendedora:

—¿Cuántos claveles entran en un kilo?

Era en el mercado de una pequeña aldea. Había tres puestos de flores. La vendedora me miró sin disimular su sorpresa.

—¿Y por qué no se va hasta Grasse? —me dijo como respuesta.

En Grasse están las fábricas de perfumes. Allí sabrán cifras. Yo ni compro ni vendo flores al peso.

Flores cultivadas: rosas, jazmines, mimosas, claveles...

Flores silvestres: tomillo, romero, espliego, salvia...

Yo pasaba, mentalmente, revista a las flores que adornaban los campos, los caminos que había recorrido. Y contemplaba en si-



Arriba: Marsella es, sin lugar a dudas, una de las gracias de la Naturaleza en el mundo. Vista del castillo de If, en Marsella

lencio a la vendedora. La pausa se hacía larga. La vendedora me miraba con los ojos abiertos al máximo. No se me ocurría que podría preguntarle en aquel instante, y le pregunté su nombre.

—Elena... contestó rápida. Y seguidamente, nerviosa, me propuso: ¿quiere esperarme un instante aquí?

Volví después de un siglo, después de un minuto o cosa así. Venía acompañada de un imbécil fuertote y sereno. El corazón se me puso a latir con ligereza desusada. ¡Provenza! Y sin embargo, mis piernas se negaron a funcionar. Mis pensamientos saltaron desde las flores hasta la posibilidad de ganarme unos trompazos. El imbécil se acercó y...

¡Fué el imbécil más civilizado que veré en mi vida. Traía en el bolsillo una guía de Provenza. Me enseñó cuantos datos quise. Sí. Treinta mil toneladas de flores sólo para París. Y en Grasse dos docenas de fábricas de perfumes. Millones de kilos, de frascos...

Elena sonreía. Devolví la sonrisa a Elena. Y de repente aquel imbécil guardó la guía en el bolsillo y con un raro tono de voz me dijo señalando a Elena.

—Es mi mujer. ¿Desea usted algún dato más?

CAMINOS

Por los caminos de Provenza van turistas de todas las clases. A pié, en bici, en moto, en coche. Por los caminos de Provenza y por los caminos de todo el mundo. Pero ha sido aquí, ante la belleza de estos caminos y ante la abundancia de esos turistas, donde por vez primera he sospechado que algo muy extraño nos ocurre a todos. Los síntomas son tan comunes que casi nadie los observa, y este contagio general, esta inquietud que nos azota y nos dispersa se traduce en una constante huida hacia sitios imposibles de hallar, pues, la capacidad de asombro se va extinguiendo en la mayoría de los hombres.

Los paisajes parecen encogerse peligrosamente, los sentimientos empujarse bajo nuestros pies. Y al faltarnos el asombro, la humildad necesaria para adaptarnos a este nuevo orden de tamaños y distancia, caminamos, obramos como si de un momento a otro temiéramos pisar en el vacío.

Por eso hay tanta prisa en disfrutar de la vida y por eso hay tanta pereza para todo lo que sea trabajar. Nadie tiene un instante de asombro para el esfuerzo realizado para construir ese puente romano, o ese avión. Pero todos protestamos si al pulsar el interruptor de la luz no se enciende la bombilla. Queremos que las cosas se presenten y nos sirvan a la menor llamada del deseo. Y en cuanto nos obedecen los miramos con indiferencia. ¿Siempre ha sido esta la conducta del hombre? No se. Y no quiero, tampoco, ponerme pesado. Que cada turista envíe sus tarjetas. Yo voy a enviar las mías. Y no sentiré ningún rubor, no temeré caer en contradicciones y en cursilerías. Pues acabo de escribir algunas tarjetas, algunas contradicciones y algunas cursilerías, es tanta mi capacidad de asombro que empiezo por asombrarme de no estar arrepentido.

Caminemos, pues, estos cami-

nos. Caminemos sin miedo a los imbéciles y a las espinas.

ESAS MUCHACHAS EN «SHORT»

Desde la colina donde se alza la basilica de Notre-Dame de la Garde se ve toda Marsella con su discutida casa-ciudad «Le Corbusier», con sus muelles, con sus playas, con el islote del castillo de If.

Un aviso en la puerta principal del templo advierte que no se permitirá la entrada a las personas que vayan en «short». Las muchachas francesas ya lo saben y por eso se presentan convenientemente vestidas. El aviso es para los extranjeros que proceden de países protestantes, pues aunque en Francia también las muchachas suelen vestir «short», Francia es católica y a ningún católico se le ocurre ir a la iglesia con ropas inadecuadas.

El catolicismo en Francia es la primera gran sorpresa con que se encuentran los turistas. No hace falta ir a misa de doce para ver las iglesias llenas de fieles. Ni hace falta sermonearles demasiado para que sufragan con sus donativos las obligaciones del culto.

Pero mi gran sorpresa en Notre-Dame de la Garde fueron las ofrendas de los devotos. Las paredes están llenas de condecoraciones y espadas de soldados. Y la historia de la Marina y de la Aviación está colgada, sintéticamente, en distintas maquetas, de las bóvedas y los arcos. ¿Quién fué el primer marino, el primer aviador que en un momento de peligro se encomendó a Nuestra Señora? ¿Quién fué el primero que tuvo la ocurrencia de colgar una maqueta del barco, del avión a manera de lámpara espiritual? ¿No hubiera sido suficiente colocar las condecoraciones y las espadas en las paredes del Ejército de tierra? Se ve que no. En las paredes será muy difícil colocar más condecoraciones. Además no existen maquetas de caballos ni de infantes. Las maquetas han de ser de objetos «maquetables». Y por eso, desde lo más alto de las bóvedas, suspendidas de cables se ven maquetas de antiguos veleros, de primitivos aviones que a su vez sostienen otros barcos, otros aviones que a su vez sostienen otros barcos, otros aviones cada vez más modernos, en colgantes filas hasta llegar a la altura de nuestras cabezas, hasta llegar al modelo más reciente de lancha torpedera y de turbo-propulsor.

Hay también pequeños paracaidas desplegados con su contrapeso de medallas. Hay cañones. Hay hasta modelos de tanques.

Y según me informan, estuvo a punto de haber un modelito de muchacha en «short».

La muchacha era muy bonita, muy atractiva. Tenía todo lo que puede pedirse en la vida. Tenía salud, tenía dinero, tenía novio. Tenía «short».

El novio era impaciente. Pero la muchacha era católica. Tenía fe.

El novio luchó contra aquella fe, contra aquel «short». La muchacha resistió. Fué una batalla que se desarrolló en los paseos, en las playas, en todo los sitios donde se encontraron. La batalla duró un largo verano.

Al fin, desalentado, desmoralizado por la sana moral de la muchacha el novio claudicó.

Y días después de la boda, se presentó la recién casada a Notre-Dame de la Garde. Traía una muñequita en «short». Y quería colgarla en uno de los cables de las ofrendas, junto a los heroicos emblemas de los marinos, de los aviadores, de los paracaidistas...

—¿Ve usted ese descapotable? Un automóvil descapotable se balancea sobre mi cabeza al lado de un minúsculo tractor.

—Es el descapotable de nuestra muchacha. Pudimos convencerla de que era imposible colgar su muñequita. Y se presentó con la maqueta del coche. Dijo que había pasado muchos peligros en el coche. Y como de los coches sí que hay maquetas...

POSTAL DEL CASTILLO DE IF

En una losa del puerto viejo de Marsella está escrito que los griegos fundaron la ciudad allá por los primeros años del siglo VI anterior a nuestra Era.

Al puerto viejo llegan las barcas de los pescadores. Barcas humildes, pescadores humildes que salen y vuelven como de cualquier humilde puerto español. Las humildes amas de casa acuden al muelle a comprar pescado fresco. Y las humildes criadas de las amas adineradas también acuden al muelle cuando los pescadores acaban de regresar. Todo igual que en España. El mismo regateo, las mismas conversaciones.

Lo único que distingue el puerto viejo de Marsella de los restantes puertos del mundo son los embarcaderos para ir a visitar el islote donde se levanta el castillo de If.

Cuesta 150 francos el billete de ida y vuelta y se dedican a este transporte docenas y docenas de embarcaciones. Una vez en la isla hay que cotizar 50 francos para visitar el castillo. Nos enseñan las celdas del abate Faria y del conde de Montecristo. Pero es en el bar próximo donde recuerda mejor las páginas de Alejandro Dumas. En el bar hay más soledad, la cerveza es buena, y a esa impresión de encontrarse ante las leyendas pisoteadas por los millares de ocasionales visitantes, se une la voz de la radio portátil que trae bajo el brazo ese turista que no quiere perderse las últimas noticias de la vuelta a Francia, produciéndome una rara sensación de malestar, pues me hace pensar en la gran cantidad de personas a quienes le mandaría tarjetas si tuviese tiempo. Creo que nunca me he sentido tan poco como en esta ocasión. Y para consolarme extendo la mirada hacia el lejano horizonte marino, hacia esa línea que se confunde con el cielo y que al no tener ni la breve mancha de una gaviota me invita a la más tentadora de las evasiones. Hasta que el tururú del barco que me trajo, anuncia la hora del retorno, la presencia del carcelero.

EL PUERTO NUEVO DE MARSELLA

Es el puerto más importante de Francia y uno de los mayores del mundo.

A mí me gusta el ambiente de los grandes puertos. Se ven barcos de todas las clases y gentes

de todos los países. Se ven cosas que parecen recién inventadas. Y se siente mejor que en cualquier parte el firme paso del tiempo.

Los enormes muelles, las potentes grúas, los aparatosos frigoríficos imprimen en el ánimo más burdo un recuerdo imborrable. Y su tristeza se digiere mejor que la de los puertos pequeños.

En los puertos pequeños la tristeza está muy concentrada. Es una tristeza natural y casi siempre angustiosa porque uno comprende que sin aquella ensenada que las olas hicieron en la tierra, el hombre no habría hallado un refugio seguro para sus frágiles embarcaciones.

Y una ensenada no es más que el gesto de zombro y de tristeza que puso la costa ante la inmensidad del mar. En cambio, los malecones de los grandes puertos penetran en el agua como largos colmillos desafiantes.

El puerto nuevo de Marsella tiene muchos kilómetros de muelles. Podría decir exactamente el número de kilómetros, pero no es el número, es el tiempo lo que mejor puede dar una idea de la extensión. El tiempo a pie. Y los muelles del puerto nuevo no se andan en una jornada.

Jesús García Villar es un español de tantos que trabajan en el puerto. Es «dockers». Unos días trabaja en un hangar; otros, en otro. Depende del barco y del jefe de equipo. Hay hangares separados por media hora de tranvía. También hay días de trabajo fácil. Depende de la clase de mercancía que haya que descargar o que cargar en el barco. Pero aunque el puerto tiene más de 200 grúas y la mecanización de las tareas está montada con los últimos perfeccionamientos, el oficio de «dockers» es muy duro. Sin embargo, Jesús García Villar está contento de su suerte. Gana buen sueldo.

—¿Has observado que casi todos los españoles nos ganamos en Francia la vida con las manos? No hay manos como las del obrero español—dice orgulloso—. Si te quedas algún tiempo te presentaré a varios compatriotas. Todos son obreros manuales. Algunos quieren que se les llame artesanos. Pero son obreros manuales. Te lo aseguro ya. Unos son zapateros, otros albañiles, otros mineros. Conozco a un elemento que se gana la vida tocando las cartañuelas, y a un dibujante, y a un pintor famoso. Ya ves. Con las manos. Todos se defienden con las manos.

Jesús García Villar me enseña sus fuertes manos de «dockers».

Ofrezco tabaco a Jesús García Villar. Es tabaco suelto de pipa. Jesús apenas fuma. Pide un papel. Y en mi honor lía un cigarrillo con tanta perfección como pudiera hacerlo una máquina. Fumamos unos instantes en silencio.

—Y bien. ¿A qué has venido al puerto?

—Pretendo escribir unos reportajes sobre los obreros. Quiero dar noticia de sus vidas, de sus pensamientos, de sus ilusiones.

—¡Bah! Tendrán poco interés. Nuestra vida se reduce a confiar que no falte trabajo y a esperar el fin de semana para largarse al campo. Es la ilusión de todos:

pasar el fin de semana en el campo.

LARGARSE AL CAMPO

Si siempre fuera verano, el problema de la vivienda estaría resuelto en Francia. Son innumerables las tiendas de campaña, las casas-remolque que se ven en las afueras de las ciudades, en plena campiña y en las playas. Y no existe el problema del transporte. Pero aunque se construyen muchas viviendas, el número de matrimonios aumenta en superior proporción, y el de niños, mucho más. Sobre todo desde las últimas leyes dictadas para proteger la familia. En Francia los solteros viven con gran desventaja en comparación con los casados.

Pero el hecho real es que Francia es una nación llena de niños menores de seis años. Y aunque el problema de la vivienda no lleva camino de solucionarse, cada día se celebran más matrimonios.

A estos matrimonios jóvenes no les importa la política nacional ni la extranjera. Y a los jóvenes solteros, tampoco. Sus conversaciones suelen girar en torno al problema de vivienda y al de las diversiones. De los sucesos de Marruecos sólo leen los titulares. Son las páginas deportivas y las de anuncios las únicas que les interesan. Los fines de semana son esperados con enorme ansiedad. Basta leer cualquier revista dedicada a viajes o al «camping», para darse una idea de la fantástica cantidad de industrias especializadas en construir tiendas, remolques, enseres y mobiliario plegable.

Marsella tiene varias líneas de tranvías y autobuses que se desplazan hasta casi una hora de distancia del casco urbano. Las colinas, las playas próximas al tranvía y al autobús se pueblan de la noche a la mañana. Pintorescas aldeas de lona surgen por todas partes.

¡Ah, si siempre fuera verano! ¡El verano tiene los domingos más maduros y más grandes del año!

Y los lunes, más tristes.

«BUENOS DIAS, TRISTEZA»

Antes de seguir escribiendo estos apuntes, estas rápidas impresiones de mi veraneo en la región más dulce y más ligera de Francia, quiero hablar un poco de la vaga sensación de tristeza que aureola a este hermoso país. No es una tristeza trágica, ni una tristeza escueta, total, pues para el pueblo francés eso de «todo en amor es triste» es una evidente exageración. Es una tristeza suave, hermana de la tristeza tan cortésmente recibida por el poeta Paul Eluard:



Puerto Viejo de Marsella: Llegada de un pesquero

Buenos días, tristeza. Estás inscrita en las líneas del techo, estás inscrita en los ojos que amo. No eres por completo la miseria, pues los labios más pobres te denuncian

Francia está envuelta en tenues velos de tristeza, y ese ambiente, ese clima, ha preparado la sintonía espiritual de los lectores de «Bonjour Tristesse», novela de amor, celos, muerte y rutina, de la que se han vendido 350.000 ejemplares.

Con extraordinaria modestia, Françoise Sagan, ha calificado de «un pleno de suerte» el éxito de su novela. Pero la mezcla de frialdad y pasión, la sencillez y la tensión que se condensa en cada una de sus páginas ha prendido en el ánimo de sus lectores.

Ahora «Bonjour Tristesse» es también el estribillo que muchos franceses aplican con una sonrisa a cada contrariedad.

«Bonjour Tristesse» es también el título de una canción que hasta las criadas cantan con una sonrisa.

Pero el poeta Paul Eluard terminaba su breve poema, exclamando:

Tristeza, bello rostro.

Y aunque resulte un poco triste decirlo, es simbólico, reconfortante y hasta hermoso que un éxito literario produzca estribillos, canciones, marcas de perfumes, y gran cantidad de lectores entre la gente que veranea con la mochila a la espalda.

Manuel PILARES
(Enviado especial)



Nuestro enviado especial, a la izquierda, con Jesús García, un «dockers» español.



La «milicianada» marxista, dueña de la calle en Madrid

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

EL 18 DE JULIO HISTÓRICO.—COMIENZO DEL MOVIMIENTO

LOS días que precedieron al histórico 18 de Julio advertíamos los informadores políticos que «algo» se acercaba. Los rumores se sucedían con insistencia. En el ambiente, cargado, denso, flotaba la idea confusa de un acontecimiento que no se acababa de definir, que nadie podía prever cómo iba a ser, ni en qué momento se produciría. Desde luego, las suposiciones y los augurios apuntaban a una posible reacción del Ejército. Y las miradas y las ilusiones se fijaban, más por intuición que por conocimiento, en la figura del general Franco.

En la redacción de «Ya», sabían algunos pormenores de lo que se preparaba. Yo, no, concretamente. Pero Arrarás y Gállego estaban, sin duda, enterados, aunque, con discreción muy explicable, guardaran una absoluta reserva. Después, los hechos consumados, yo pude coleccionar la razón de algunas visitas y ordenar en mi memoria diversos antecedentes. En la relación entre los periodistas políticos había otro síntoma de claros perfiles precursoros. La tirantez aumentó. Los que éramos de ideas y de posiciones contrarias nos sentíamos más incómodos que nunca. Y las polémicas, en los pasillos del Congreso, en Teléforos y en los centros de información, se agriaban cada vez más.

La tarde del 17 de julio circu-

LOS PRIMEROS MOMENTOS DEL MOVIMIENTO EN MADRID

MI REFUGIO EN LA EMBAJADA ARGENTINA

Por Francisco CASARES

laron las primeras noticias. Confusas, contradictorias. Pero no se ocultaba a nadie que lo esperado llegaba. Como ya he dicho en otra crónica, los informadores de la Cámara nos fuimos al terminar la jornada sin saber nada. Y nos sorprendió la noticia del alzamiento—el hecho memorable del Llano Amarillo—cuando nos retirábamos del despacho del Sindicato Autónomo, que yo presidía, sito en el Banco de Bilbao, de la calle de Alcalá. Al día siguiente los periódicos daban la sensacional información. Las emisoras de Radio, controladas ya por el Gobierno republicano, comenzaron a lanzar al espacio los patéticos llamamientos. La guerra civil había comenzado.

EN MI CASA, PEGADO A LA RADIO

Acudí al periódico como todas las mañanas. Pero no pude entrar. Ya estaba incautado por uno de los grupos del Frente Popular: el de Izquierda Republicana. Volví a casa, desazonado, con los nervios hechos trizas. Por primera vez, desde hacía muchísimos años, no tenía nada que hacer. Ni adónde ir. Como tantos madrileños, me pegué al receptor de radio, para escuchar, y enterarme de las noticias que daban de «fuente oficial». No voy a exhumar ahora lo que fueron aquellos primeros momentos, las ver-

siones que se expandieron, los optimismos del Gobierno, que aseguraba haber dominado totalmente la «rebelión», la intervención oral de algunos de los jefes republicanos o marxistas, las notas e impresiones acerca del cuartel de la Montaña, los reportajes que mis «compañeros» rojos comenzaban a dar en la Prensa y en las emisoras acerca del aplastamiento de la «sedición criminal de los militares y los falangistas». Todo eso se ha divulgado ampliamente y ya es historia. En lo que me afectaba de un modo personal, no tengo, entre mis recuerdos, nada de carácter singular que pueda añadir gran cosa a todo lo que se ha escrito y referido sobre esos primeros, dramáticos, impresionantes días.

EL TRAGICO EPISODIO DEL CUARTEL DE LA MONTANA

Mi hermano Manolo, corresponsal actualmente en Estados Unidos, estaba—lo he hecho constar alguna otra vez en estas Memorias—en la United Press. Y tenía, naturalmente, información cabal, minuto por minuto, de lo que iba sucediendo. Sabía que yo apenas me movía de casa. Sólo, las primeras tardes—sin darme cuenta del riesgo que ello me podía acarrear—acudí al Ministerio de Trabajo, donde tenía mi destino como oficial primero. La



El patio del Cuartel de la Montaña poco después de ser asaltado

oficina estaba en la calle de Amador de los Ríos, en el edificio del actual Ministerio de la Gobernación. Manolo me llamaba por teléfono. Y me ponía al corriente de los hechos. En la madrugada del día 20, muy temprano, me llamó por teléfono. Y me ponía al corriente de los hechos. En la madrugada del día 20, muy temprano, me llamó con voz alterada. No es hombre que se descomponga fácilmente, pero en aquella ocasión había motivo. «El cuartel de la Montaña ha sido asaltado. Los rojos han entrado en el recinto. Hay muchos muertos.» Y a continuación me dió algunos detalles de la orgía de sangre y rencor que se había desatado, con la sádica satisfacción del populacho. También es ésta una escena que se ha relatado muchísimas veces. Yo me lancé a la calle, con el ánimo deshecho, casi incapaz de contener mi estado de irritación, como un ebrio, pero sin refrenar la curiosidad que en mí determinaba el trágico espectáculo. Y vi a aquellas mujeres desgrefiadas, con atuendo masculino, las «tiorras», como las definiera Unamuno, mezcladas con los milicianos y los mozalbetes que se ponían sobre sus «monos» las cartucheras de los defensores del cuartel, y sobre sus cabezas, las gorras de plato de los oficiales asesinados. Gritaban desaforadamente, en lenguaje infernal, profiriendo insultos y blasfemias que alternaban con sus explosiones de júbilo y los vítores a Rusia, a la República, al comunismo. Una estampa sencillamente dantesca, brutal, de aquellarre, que daba ya la nota y el sentido de lo que era la iniciación de la tiranía roja en Madrid. Un camión de guardias civiles pasó por entre los grupos vociferantes. Esta ha sido una de las más dolorosas y entristecedoras anécdotas que he presenciado en mi vida.

HUIDA

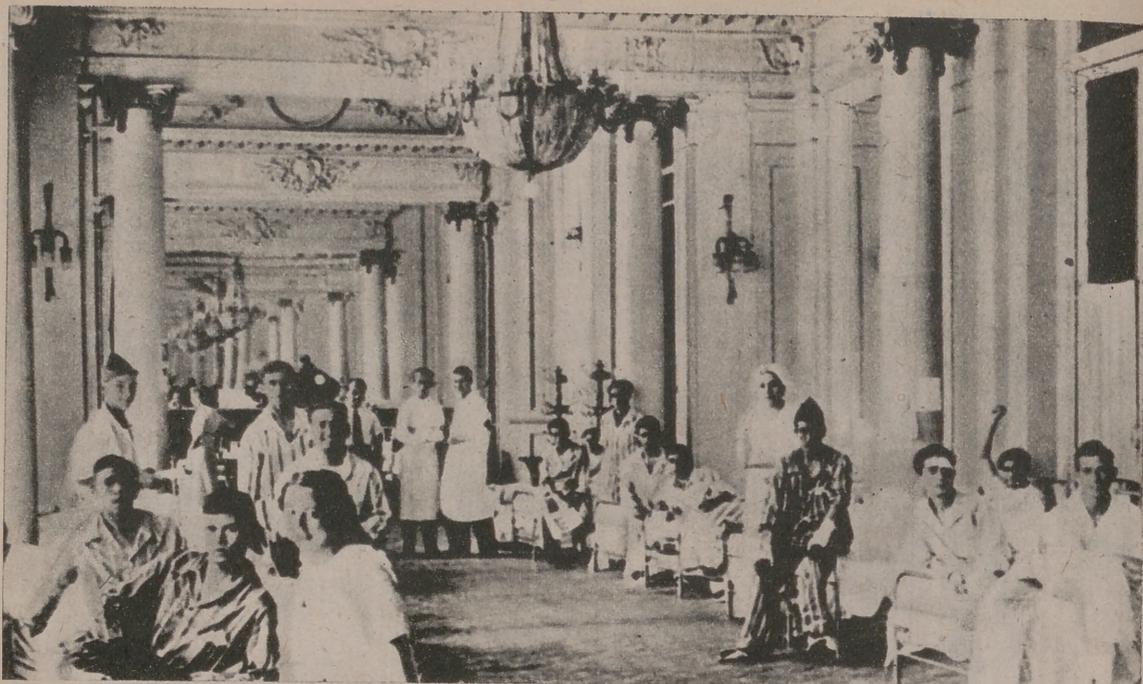
Esa misma tarde, mi hermano me volvió a llamar. «Es absolutamente preciso que te marches de tu casa—me dijo—. Están buscando a los periodistas de derechas. Corre y no estés ahí ni una hora más. Puede costarte la vida.» Me indicó que la solución, de momento, era refugiarme en su propia casa, que tenía ya en la puerta uno de esos rótulos de garantía, de supuesta intangibilidad que se daban por las organizaciones políticas o por las Embajadas y Legaciones extranjeras. A él, como redactor de United Press, le dieron un papel firmado y sellado que certificaba su misión en una agencia norteamericana, amparada por la Embajada de Estados Unidos.

Salimos de mi domicilio—en la calle de Ferraz—a media tarde del día 20. Como se suele decir, «con lo puesto». Fué tal la nerviosidad, el temor, el estado de ánimo, que no me detuve a recoger algunas cosas imprescindibles. Ropa, papeles, mis modestas alhajas, una máquina portátil, esos mil objetos necesarios, de uso personal, que hasta en los viajes se lleva uno, que se consideran inseparables, se quedaron allí. Salimos mi familia y yo, sin otro pensamiento que el de huir. Y lo abandonamos todo. Nos instalamos en casa de mi hermano, que tenía un modesto piso en la calle de Meléndez Valdés. No cabíamos, materialmente. Era una familia entera, inserta en la insuficiente instalación de otra. Pero cuando hay buena voluntad y el cariño fraterno está por encima de toda otra apreciación o sentimiento se suple todo. Como Dios nos dió a entender, nos acomodamos. Recordaré siempre, con emoción y con gratitud, aquellos días, finales de julio y primeros de agosto de 1936.

EN EL ESCORIAL.—ME LIBRO DE LAS DETENCIONES DEL REAL SITIO

Yo tenía alquilada una casa en El Escorial. Hace muchos años la tengo. Soy inquilino del Real Sitio, aunque no acuda a allí más que los veranos. Pensé que, acaso, en El Escorial estaría más resguardado, menos expuesto a ser visto. Y le dije a Manolo que me llevara, con mi mujer, mi suegra, mi cuñada y mis tres hijos. Nos trasladó, en efecto. Sería hacia el 22 ó 23. Lo que sé, sin género de duda, es que el día de Santiago estaba allí. Me acuerdo que en un estanco de la plaza del Ayuntamiento me dijeron que ese día iban a entrar las tropas de Franco que estaban al otro lado del monte, por Peguerinos. Pasó el día de Santiago y no ocurrió nada. En aquella localidad veraneaban amigos y compañeros míos. Todos, de mi misma ideología. Cambiábamos impresiones, nos dábamos, recíprocamente, noticias alentadoras. Todos teníamos la plena convicción de que el Movimiento triunfaba en pocos días y que pronto podríamos volver a Madrid y a nuestras casas, con la alegría de saber que había sido derrotado el conglomerado republicano-marxista. Pero pasaba el tiempo y todo seguía igual. Las mismas noticias alzaprímadas, en las radios y en los periódicos. El mismo ambiente. Y una sensación de que la guerra iba a ser cruenta, larga. Como, efectivamente, fue.

Mi hermano me fué a buscar una tarde. No recuerdo bien cuál. A finales del mes de julio. Llevaba el coche de la United, con un letrero de protección en el parabrisas y una bandera americana. Me dijo que era mejor, más prudente, que volviéramos a Madrid. Iban a hacer una «razzia» entre los veraneantes fascistas de El Escorial. Mi situación allí sería mucho más comprometida. En ri-



Uno de los salones del Hotel Palace, de Madrid, hospital rojo

gor yo procedía como un autó-mata, sin autodeterminación, sin hacer otra cosa que lo que Manolo me iba aconsejando. Me dejaba conducir como un niño. Mi propia iniciativa, mi personal voluntad no actuaban. Y regresamos. No se me podrá olvidar el viaje. En Galapagar nos salieron unos individuos, con aspecto de facinerosos, fusil al hombro. Nos detuvieron. Pidieron a mi hermano—que conducía—la documentación. Explicó que era periodista al servicio de una agencia extranjera. Nos dejaron pasar. El susto no se me fué del cuerpo hasta mucho después de hallarme en la casa de Manolo, tranquilo y nuevamente a salvo.

Dos días después supe que, como él suponía, se había producido la detención de muchos de los veraneantes. Los metieron en el patio de Reyes del Monasterio. Allí durmieron unas noches encima de mantas, sobre las piedras. Entre los detenidos estuvieron los hermanos Alvarez Quintero. Después de la guerra habló algunas veces, en el mismo Real Sitio, con Joaquín—ya fallecido Serafín—y me contó la odisea de la detención y la permanencia en el Monasterio. Unos, fueron puestos en libertad. Otros, conducidos a Madrid para ser reclusos en las cárceles rojas. Algunos, asesinados allí mismo, como el coronel Giraldo, vecino de mi casa, que ha sido ya citado en estos apuntes, porque presidió el Consejo de guerra que condenó a muerte a los asesinos del exprés de Andalucía. Se conoce que para los del Frente Popular, el haber actuado en aquel Tribunal castrense y enviado a la horca a unos criminales vulgares era un motivo de grave culpa que había que pagar con la vida.

POR MIEDO PERDI MI COCHE

Yo tenía—lo he contado en al-

guna de estas glosas—un pequeño coche. Un «Balilla» que adquirí en Madrid a poco de volver de mi viaje del año 35 a Italia. Lo dejé en El Escorial. Como mi hermano me devolvió a Madrid en su coche, con más seguridades que si hubiera usado el mío y como tenía, además, la convicción de que la guerra terminaría en unos días, dejé el automóvil en un patio, especie de gran cocherón en que lo encerraba en verano. Pensaba en que lo rescataría en seguida. Lo perdí. Se incautaron de él, y estuvo prestando servicio para la Cruz Roja. Lo supe después, cuando ya me hallaba refugiado en la Embajada Argentina. Un día lo vi pasar con la bandera blanca y la cruz escarlata por la Castellana, cuando yo estaba en uno de los balcones de la mansión diplomática. Más tarde, los comunistas se apoderaron del cochecillo y tuve noticia, al volver a Madrid, después de la Liberación, de que tres ocupantes rojos, una mañana, en la carretera de Guadarrama, se habían estrellado. El «Balilla» se incendió. No quedaron más que unos restos calcinados. Los que iban en él se mataron. Lo mismo que al abandonar mi casa de la calle de Ferraz, obré con precipitación, impulsado por el miedo y dejé muchas cosas que me podía haber llevado, así, con el coche, la prisa, la angustia, el pánico, me hicieron abandonarlo. Y me quedé sin él. Algunos de mis compañeros de asilo en la Embajada argentina fueron más precavidos o tuvieron menores impacencias. Y llevaron sus coches a la residencia diplomática de la Castellana. Los pusieron al servicio del encargado de Negocios. Y, en definitiva, los salvaron.

REFUGIADO EN LA EMBAJADA ARGENTINA

Mi hermano Manolo, en la mi-

sión casi paternal que se había impuesto respecto de mí, dedicaba su atención a estudiar lo que pudiera ser más conveniente para salvarme. Tenía la preocupación, muy natural, de que se descubriera que estaba escondido en su casa. Y que, dada mi significación, el ser presidente del Sindicato Autónomo y redactor político de «Ya», fueran a buscarme, sin que sirviera para nada la papeleta de garantía que tenía sobre la puerta de su piso.

Y el día 3 de agosto me dijo que me había conseguido refugio en la Embajada de la República Argentina. Debía trasladarme a ella sin dilación. De mi familia, él se ocuparía. En su casa no corría el menor riesgo. Al que había que salvaguardar era a mí. Acepté. Una vez más, me dejé llevar. Y el 4 de agosto—no se me olvidará mientras viva—entré por la puerta de hierro verde del palacio de la Castellana, 42, donde hoy está Radio Nacional. Me recibió el encargado de Negocios, don Edgardo Pérez Quesada, un hombre excepcional, una figura legendaria, que actuó durante la dominación marxista con arrojo y gallardía singulares y del que hablaré en mis Memorias con bastante, con obligada frecuencia. No había, todavía, en la Embajada, muchos refugiados. Cinco o seis. Me acuerdo del viejo marqués de Santa Cruz, su mujer, el marqués de Santo Domingo, un muchacho falangista—que luego murió heroicamente en el frente, como alférez del Tercio—, un sacerdote. No sé si había alguno más. Poco a poco, la casa de la Castellana se fué llenando. Se habilitó la contigua, del marqués de Montortal. Y hubo, también, refugiados en los domicilios de los agregados civiles a la Embajada, José María Jardón, en la calle de Núñez de Balboa, y doctor Julio López Lacarreve, eminente oftalmólogo argentino, en

la calle de Serrano. Llegamos a ser unos cuatrocientos. Pero de todo esto me ocuparé, que hay episodios, anécdotas y pormenores del más alto interés. Acaso, los más sensacionales de mi vida.

SECRETARIO DEL ENCARGADO DE NEGOCIOS

A los pocos días de entrar en la Embajada argentina me llamó el encargado de Negocios. Estábamos allí dos periodistas: Jacinto Miquelarena y yo. Luego hubo más: Francisco de Luis, en casa de Lacarrere; Pepe Losada, en la Castellana; el famoso Duende de la Colegiata, Campúa, Carlos Sáez, al que yo llevé... El jefe de la Misión nos dijo a Jacinto y a mí, que quería le escribiéramos unas cuartillas, con impresiones del Madrid rojo. Eran para enviarlas como informe a su Gobierno, a Buenos Aires. Pero no quería que tuviesen el estilo frío, ritual, de las comunicaciones diplomáticas. Le interesaba una descripción con «aire periodístico», de reportaje, que tuviese vibración, que fuera reflejo de las realidades que se estaban produciendo.

Miquelarena y yo hicimos, por separado, nuestro trabajo. No tengo necesidad de decir—y lo hago con la más absoluta sinceridad—que he estimado siempre a mi ilustre compañero como un escritor brillantísimo. No tengo inconveniente en declarar, sin lisonja ni hipocresía, que le considero muy superior a mí, en cultura, en calidad literaria, en todo. Pero, por lo que sea, a Pérez Quesada le gustó más mi crónica. De eso se trataba, justamente: de una crónica. El la leyó, la ponderó y dió orden a Angelita Mompeán, su mecanógrafa, para que la convirtiera, con las fórmulas habituales, en un informe para enviar a la Argentina. A partir de ese momento, el encargado de Negocios me utilizó diariamente. Le redactaba informes, documentos diplomáticos, «notas verbales» para el Gobierno de Madrid, cartas particulares. Quedé convertido, de hecho, en su secretario. Y ello alivió, mucho, muchísimo, el tedio de las largas jornadas de refugio. Sin ese trabajo, limitado a leer, a jugar a las cartas, a escuchar la radio y a dialogar con mis compañeros de asilo, creo—lo he pensado muchas veces—que me hubiera dejado ganar por una insufrible neurastenia. Pérez Quesada, es la verdad, me hizo trabajar de firme. Pero yo se lo agradeceré mientras viva. Eso, y las atenciones singulares, exquisitas, que me dedicó durante el tiempo que permanecí allí encerrado, bajo su protección y la del pabellón blanco y azul, la enseña de la que fué, casi un año, mi «segunda Patria».

LA VIDA EN LA EMBAJADA

Cada día llegaban allí nuevas gentes. La entrada de los que iban a ser refugiados era, invariablemente, una misma escena. Acudían con el pavor en el rostro. Pedían asilo. Sus vidas estaban en inminente peligro. De-



En este palacete de la Castellana estaba la Embajada argentina

mandaban con angustia que se les amparase. El Gobierno argentino había dado órdenes muy rigurosas para que se fuera limitando el número de los asilados. El propósito de negociar la salida, con arreglo a las prescripciones del derecho de asilo, aconsejaba la reducción del contingente. Pero el representante diplomático tenía una gran sensibilidad, un sentido de los deberes humanitarios, y todo ello le llevaba a ser amplio en la aceptación de los que demandaban su ayuda. El hecho es que la población refugiada se fué agrandando. Era inverosímil la forma en que nos hacinábamos para vivir en una casa que, aun siendo espaciosa y capaz, no estaba hecha para albergar a varios centenares de personas.

Dormíamos sobre colchones en el suelo, en los sótanos, en las habitaciones de los distintos pisos, en las oficinas, en lo que había sido cochera del palacio que, antes de ocuparlo la misión diplomática argentina, perteneció a una familia aristocrática madrileña. Yo, apenas levantado, acudía cada mañana al despacho del encargado de Negocios. Y ya allí trabajaba todo el día. Sólo una breve interrupción para comer. He de decir, en honor de la ver-

dad, que a los refugiados no nos faltó nada en el tiempo que allí estuvimos. Y a nadie le costó un céntimo. Hubo Embajadas y Legaciones en las que fué preciso pagar, como en un hospedaje. No es censurable, ni lo anoto con ánimo de reproche. Era natural. No había posibilidad de mantener contingentes tan numerosas de «invitados». Pero la Embajada argentina se las arregló para que lo fuéramos. Y no nos pidió nunca una sola peseta. La alimentación era abundante, dentro de las enormes dificultades de aquel Madrid en que se carecía de todo. Se traían víveres de Francia en los dos barcos de la Escuadra argentina que se hallaban al servicio de la Embajada: el «25 de Mayo» y el «Tucumán». Y los transportaban luego en camión hasta Madrid. Un agregado civil, Eugenio Pepés, era el administrador y encargado del economato o despensa. Que estuvieron siempre bien provistos. Hasta con lujo. Nosotros no conocimos las escaseces y privaciones de las gentes de Madrid, sometidas al hambre y al terror.

DE LA MUERTE A LA VIDA

LOS ISOTOPOS RADIATIVOS EN MEDICINA

GRACIAS A LOS DESCUBRIMIENTOS ATOMICOS
SE HA GENERALIZADO EL EMPLEO CIENTIFICO
DE LOS "IRA"

UN ESPAÑOL DESCRIBIO POR PRIMERA VEZ LA
NUEVA TECNICA LLAMADA AUTORADIOGRAFIA

El día 6 de agosto de 1945, a las 9,15 de la mañana, se arrojó sobre Hiroshima la primera bomba atómica desde el «Enola Gay». Tres días más tarde, a las 12,01, se lanzaba desde el «Great Artist» una bomba de plutonio sobre Nagasaki. Tanto en estas dos explosiones, que causaron miles de muertos y heridos y enormes destrozos, como en las siguientes, incluyendo el estallido de la bomba de hidrógeno lanzada el 1.º de marzo de 1954 en el Pacífico, originaron numerosos productos de fisión, entre los que se encontraron los isótopos radioactivos (IRA), sodio 24, cobalto 60, estroncio 89, yodo 131 y otros radioelementos, que desde hace unos años tienen un amplio campo de aplicación en la investigación, en la industria y en la Medicina.

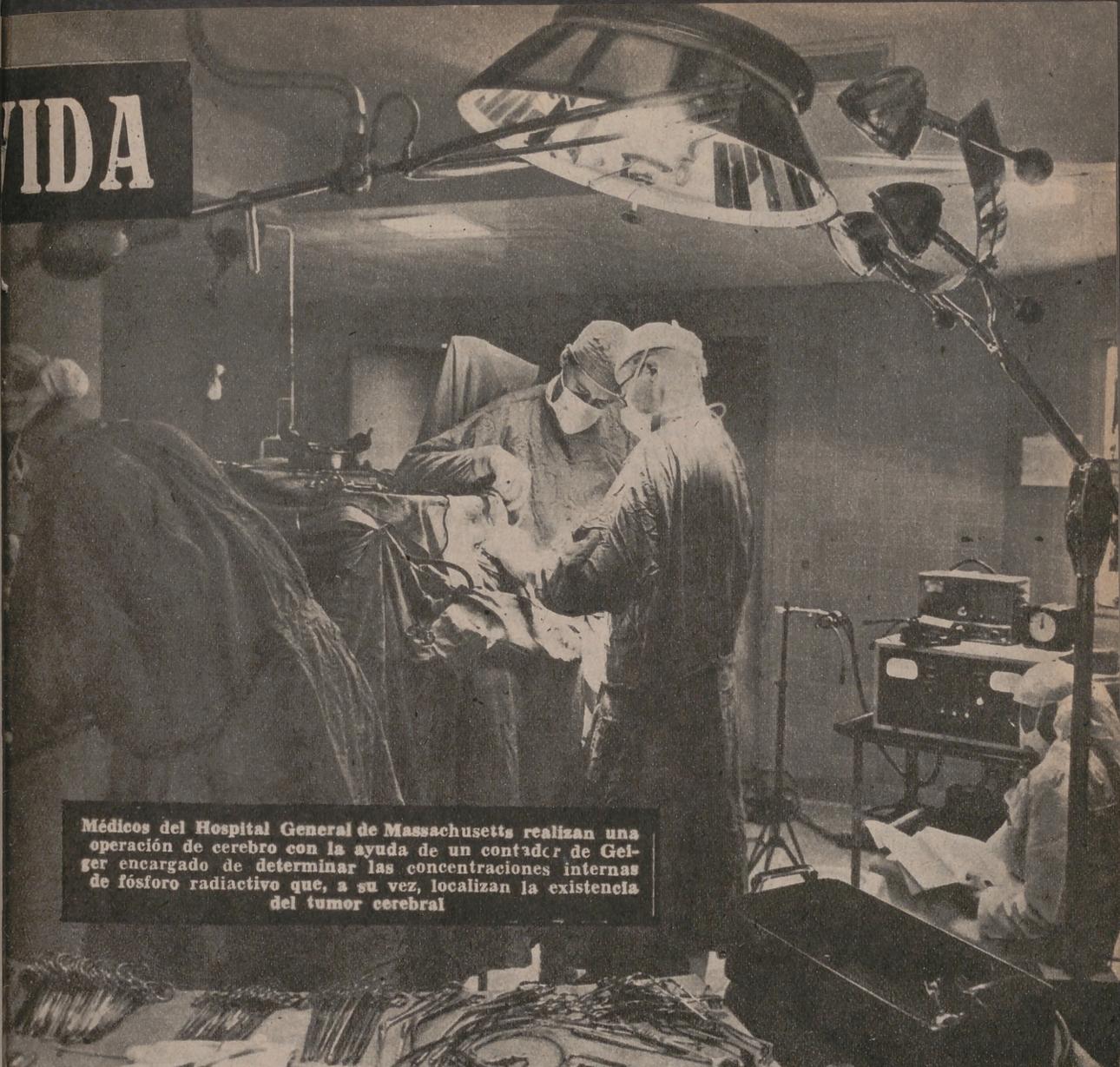
Resulta curioso observar cómo del mal, a veces de un mal multiseccular, se obtiene a la postre un bien, que puede proporcionar a la humanidad múltiples beneficios. Quien conozca la historia de varias drogas heroicas que se utilizan en el tratamiento de graves enfermedades del corazón, de los ojos y del sistema nervioso, se habrá percatado de tan extraordinaria coincidencia. Durante muchos años las flechas de los indios del Caribe embadurnadas con curare constituían para los marinos y exploradores una «muerte volante» que paralizaba y asfixiaba a sus víctimas. Hoy día el curare es utilizado en psiquiatría y en cirugía con notable éxito. También, en el centro de Africa, se usó el haba del Calabar para probar mortíferamente el delito de los presuntos delinquentes. De esa haba del Calabar se obtiene la eserina, tan eficaz en el glaucoma. Por último, en Africa crecen unas plantas que producen la estrofantina, y en Europa otras, que dan los glucósidos digitálicos, que habiéndose utilizado durante largos años por sus propiedades venenosas, hoy día son unas de las mejores drogas que fortalecen los corazones agonizantes.

Esto es, tanto en estos ejemplos como en otros muchos que ofrece la farmacología, se advierte la metamorfosis de un veneno en una droga mágica y heroica, que salva un miembro, un órgano e incluso la vida, en el momento más crítico.

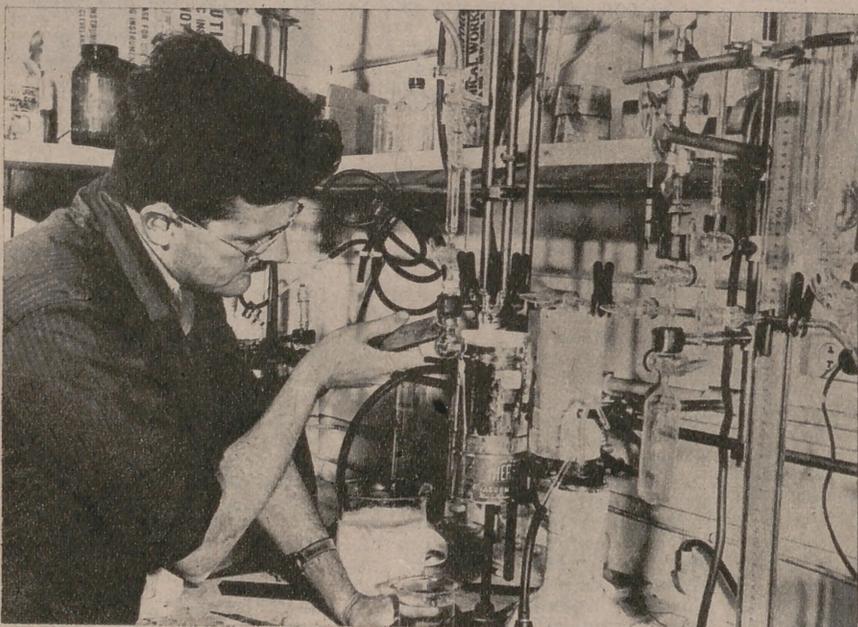
Esto mismo ha sucedido con las explosiones atómicas y los isótopos radioactivos (IRA), si bien el empleo de isótopos en biología no es posterior a la trágica mañana de agosto de 1945, sino que fue iniciado por Hevesy en el año 1923 para determinar el cambio experimentado en las plantas mediante la absorción y localización del plomo en las mismas. En cuanto al desarrollo de la obten-

ción de isótopos radioactivos, tuvo su punto de partida al descubrirse la desintegración del uranio por Hahn y Strassmann en 1939. Sin embargo, es a partir de 1945 cuando se generalizan el empleo de los IRA en la investigación y en la práctica, tanto industrial como médica. El resultado de estos trabajos ha sido expuesto al cabo justo de una década en la Conferencia Internacional de Ginebra.

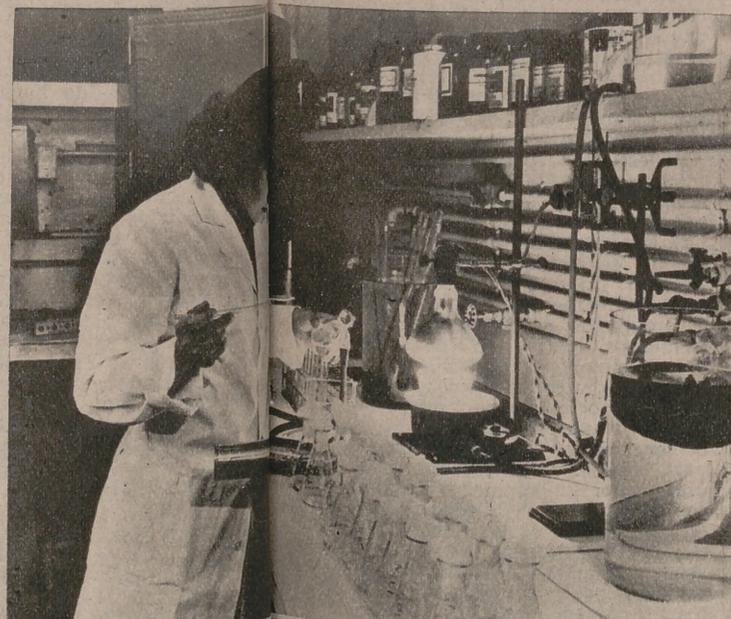
Aunque en la Prensa diaria se ha hablado mucho de la energía atómica y de los IRA, el público en general no tiene una idea muy clara de lo que todo esto significa, ni siquiera el público norteamericano, en cuyo país estas investigaciones han tenido una mayor difusión. Lo demuestra la encuesta realizada por Fisher consultando la opinión pública sobre sus conocimientos en el campo de la energía atómica y de sus empleos no militares y la actitud optimista o pesimista adoptada frente a su valor positivo o negativo para la humanidad. Solamente una persona entre catorce se mostraba en condiciones de responder a las preguntas formuladas. Este estado



Médicos del Hospital General de Massachusetts realizan una operación de cerebro con la ayuda de un contador de Geiger encargado de determinar las concentraciones internas de fósforo radiactivo que, a su vez, localizan la existencia del tumor cerebral



Un hombre de ciencia prepara ácido nicotínico de carbonato de bario radiactivo



Preparación de cultivos fúngicos en medios que contienen compuestos de carbono 14

de conocimientos me obliga a que inicie este reportaje explicando lo que son los isótopos radioactivos, a los que se les denomina abreviadamente IRA.

DE 800 RADIOISÓTOPOS, SOLO SON ÚTILES 70

Dos elementos químicos son isótopos cuando tienen absolutamente las mismas propiedades químicas. En realidad, son el mismo cuerpo en apariencia y reacciones. Pero el peso de sus átomos es diferente. Es decir, cuenta con idéntico número de protones y electrones, pero su número de neutrones es distinto. En general, los elementos químicos naturales que conocemos no suelen ser puros desde el punto de vista físico. Generalmente, son mezclas de dos o más isótopos. El carbono natural se distingue de sus isótopos porque está integrado por seis protones y seis neutrones, mientras que uno de sus isótopos, el carbono 11, no tiene más que cinco, y otro, el carbono 14, posee ocho.

Los isótopos son radioactivos cuando su núcleo se encuentra en continua desintegración por la emisión de partículas alfa, beta y gamma. Se llama período de desintegración de un radioisótopo el tiempo que tarda en reducir a la mitad su actividad inicial. Unos gastan esa «vida media» en una milésima de segundo y otros emplean millones de años; pero, siempre, cuanto más radioactivo es un elemento, más corto es su período de desintegración.

De los 800 radioisótopos conocidos, no todos tienen aplicación práctica e interés científico. Los de un período de vida media de menos de catorce horas apenas son utilizables. En cambio, los de vida de más de treinta o cuarenta días son peligrosos. Los IRA que quedan, unos 70 aproximadamente, se están estudiando con gran detenimiento en lo que se refiere a sus propiedades físicas, biológicas y farmacológicas. Hasta la fecha sólo unos cuantos han podido producirse en cantidades útiles para la investigación y la aplicación práctica. La utilidad física de los IRA depende, principalmente, de la misión de su radiación beta o gamma, de la energía de esta radiación y de su período de vida media.

SIGUIENDO LA PISTA DE LOS «IRA»

La obtención de los isótopos radioactivos artificiales puede realizarse de tres maneras: 1.ª, utilizando un reductor de uranio («Uran pile», «high-flux», «heavy water pile»); 2.ª, por disparo de neutrones mediante el ciclotrón, construido a propuesta de Lawrence, y 3.ª, por medio del acelerador electrónico lineal. En todos estos métodos se emplean partículas alfa, protones, deutrones y neutrones, los cuales provocan las reacciones nucleares.

Gracias a las pilas atómicas es posible obtener formas radioactivas de casi todos los elementos de la naturaleza. Estos elementos radioactivos no pueden diferenciarse con ninguna prueba química de las formas estables no irradiadas. Ni siquiera el organismo vivo es capaz de realizar esta discriminación. Si nosotros damos a una persona o a un animal un

gramo de cloruro sódico o sal común, el cloro y el sodio al ser absorbidos por el organismo se mezclan con los otros átomos de cloro y de sodio ya existentes en él y no hay poder humano capaz de distinguirlos. Pero a no ser utilizando el contador de Geiger, o «rastreo», que permite comprobar cuantitativamente la presencia de sustancias cuya magnitud llega a ser mil veces menor que la mínima cantidad de materia determinable por análisis químico. El contador de Geiger-Müller consiste, en esencia, en un tubo de paredes sumamente finas en el que se ha producido un vacío relativo. En su interior se encuentran dos electrodos a alta tensión. Al paso de una radiación el aire se ioniza y se origina una descarga sobre los dos electrodos. Un dispositivo electrónico permite registrar el número de estas descargas y de esa forma se deduce la cantidad de isótopos radioactivos presentes.

LA ELECCION DE UN RADIOISÓTOPO

La elección de un radioisótopo debe estudiarse con mucho cuidado. Es necesario que tenga una semivida bastante larga para que no se destruya demasiado rápidamente mientras se practica el experimento. Por otra parte, si se opera en el cuerpo humano, su semivida no debe ser demasiado larga, porque una radioactividad prolongada puede ser perjudicial para el organismo. Así, se ha comprobado que cantidades de 10 microcuries de radiofósforo en un litro de solución impide el desarrollo normal de las raíces. Es necesario también elegir con cuidado la forma química que deba darse a los compuestos en los cuales se introduce el isótopo. Por eso, después de obtener el isótopo radioactivo, se le introduce en los compuestos químicos que se emplean en los experimentos. Esto puede lograrse por los métodos ordinarios de síntesis química. Por último, deberán tomarse amplias medidas de seguridad frente a cualquier peligro de contaminación de los locales, instrumentos, prendas y personal.

LOS ELEMENTOS «MARCADOS»

Los IRA se emplean, principalmente, en biología como indicadores, pues, gracias a su radioactividad, puede seguirse sus derroteros utilizando varios métodos: el electroscoPIO, la cámara de ionización y, principalmente, los contadores de Geiger, ya descritos, que tienen la gran ventaja de poder colocarse sobre el mismo cuerpo objeto de experimentación.

El método de los indicadores es el siguiente: se introduce en el organismo que se desee estudiar una cantidad de energía muy pequeña del IRA que interese en forma de compuesto químico, mezclado con una cantidad mucho mayor del mismo compuesto no radioactivo, que queda desde este momento «marcado» o «sellado», de forma que vaya donde vaya el contador Geiger descubrirá su presencia, igual que la esquila denuncia a la oveja extrañada. El IRA se administra por una inyección por absorción en forma de alimento o medicamen-

to o por aplicación local, externa o internamente. Después de un tiempo determinado, se aplica el contador Geiger a la región anatómica correspondiente. Sabiendo la cantidad de IRA introducida y la intensidad de su actividad, se deduce fácilmente la cuantía en que se encuentra en el órgano en que se estudia. De una forma más sencilla: un enfermo que injera un líquido radioactivo y al poco rato coloque su mano sobre el contador Geiger, acusa en éste la cantidad de IRA localizada en su mano por el número de impulsos del contador.

Existe en esta experiencia el peligro de la acumulación, que impide el empleo prolongado de los IRA excesivamente fuertes, ya que dicha acumulación produce efectos nocivos.

Cuando hace falta medir cantidades pequeñas de un compuesto orgánico se introduce en su estructura un carbono, un hidrógeno o un yodo «marcado». Para los químicos es muy interesante estudiar el intercambio de átomos de un mismo elemento, unos activos y otros no, para llegar a explicarse el mecanismo íntimo de las reacciones.

Se piensa a menudo que el uso médico de los IRA se reduce a su aplicación terapéutica, lo cual no es cierto. En primer término, destacan los progresos conseguidos en bioquímica, en fisiología y en el diagnóstico químico. La técnica del «marcado» ha permitido profundizar mejor en el metabolismo intermediario, en la complejidad de los procesos reversibles del recambio y en el mecanismo de algunas síntesis de gran trascendencia fisiológica.

LOS SECRETOS DE LA VIDA, REVELADOS

Uno de los primeros resultados alcanzados, gracias a los isótopos radioactivos, fué la demostración experimental de que los átomos componentes de los organismos vivos están en constante renovación en los compuestos químicos que en ellos figuran, aunque aparentemente se conservan estables e inmutables. Trátase, una vez más, de un equilibrio dinámico, tan característico en la mecánica química.

El estudio del metabolismo se inició con el Pb 212, el deuterio, agua pesada, y el nitrógeno, y se ha extendido de tal manera que hoy son incontables los trabajos en que se emplean innumerables isótopos. Lo más sorprendente es que elementos que se hallan en el organismo en forma de oligoelementos, o sea en cantidades pequeñísimas, como el molibdeno o el cobre, u otros hasta hace poco desconocidos, como el plutonio, el uranio y el americio, han comenzado a utilizarse isótopos para conocer su trayectoria en el organismo. La rapidez vertiginosa del uso de los isótopos radioactivos en la investigación bioquímica se demuestra con el americio, el elemento 95, descubierto en 1946 por Seaborg. Dos años más tarde es empleado para estudiar su metabolismo en la rata. El isótopo del americio empleado es el A. 141, de vida media de quinientos años.

La aplicación de los radioisótopos a los problemas bioquímicos

aporta un método capaz de notable exactitud en un terreno de gran complejidad en el cual la experimentación del funcionamiento vital habían sido hasta el presente muy difíciles. Desde que se aplican estos métodos se han obtenido ya notables resultados. No hay duda de que cabe esperarlos en mucho mayor número y que gracias al mismo los problemas de la biología irán encontrando sus soluciones.

La absorción de la vitamina B12 radioactivada ha aclarado la causa de la anemia perniciosa. Como es sabido, tal enfermedad es el resultado de la carencia de esa vitamina. Pero esta carencia no puede atribuirse a una deficiencia en la alimentación, puesto que la sintetizan las bacterias en el intestino, lo que ocurre es que en dichos enfermos el estómago no segrega una sustancia esencial que permite la absorción de la vitamina B12. Pero si la vitamina se administra con inyección, entonces sí hace efecto. Esta vitamina puede almacenarse en el hígado en cantidad suficiente por largo tiempo. Las necesidades ordinarias de un ser humano son un microgramo al día, lo que equivale a medio miligramo al año.

EL DIAGNOSTICO DE LAS ENFERMEDADES

La importancia de estos resultados para la clínica es enorme. Aunque los modernos métodos de diagnóstico han permitido esclarecer muchas enfermedades, sin embargo, su empleo a veces ha originado riesgos, pues muchos de los procedimientos utilizados (encefalografías, angiocardigrafías, aortografías, etc.), suponen un peligro no despreciable para los enfermos. Ahora, con la ayuda de los IRA se hace más fácil un diagnóstico, menos azaroso y quizá más exacto.

En los últimos años se ha desarrollado un método que permite la determinación de la acidez del estómago sin recurrir a la molesta sonda gástrica. Hamilton ha encontrado una sensible prueba funcional del hígado. Usando radioplatá, pudo determinar en qué condiciones es eliminado por el hígado, descubriendo que si existe una lesión hepática, dicha eliminación se reduce muchísimo, incluso a la diezmilésima parte. El uso de fosfolípidos «marcados» con radiofósforo también servirá en la prueba funcional del hígado. Por último, se ha «sellado» el biliselectán con radioyodo en las investigaciones sobre el gobierno de la vesícula biliar. Por otra parte, se ha descrito un método para la localización de la placenta en el útero con la ayuda del radiosodio, aprovechándose de su gran contenido en sangre. Esto permite descubrirla desde fuera con el contador Geiger, lo que constituye un procedimiento de importancia en el diagnóstico de la placenta previa.

La comprobación de una estenosis bronquial tiene gran interés en la química, sobre todo en el diagnóstico precoz del cáncer de los bronquios. En fin, los IRA se han utilizado en el diagnóstico de los tumores, del hipertiroidismo y las enfermedades cardiovasculares.

Pero no se crea que el método de los indicadores radioactivos es un procedimiento ideal de diagnóstico. También puede ocasionar serios errores. En un total de 2.711 casos de estudio con IRA, hubo 13 errores. Muchos hechos demuestran que este método no puede, por ahora, sustituir el juicio clínico ni una buena exploración con los medios clásicos. Tan sólo es un complemento más, que contribuye a afinar el diagnóstico.

UN ESPAÑOL DESCRIBIO POR PRIMERA VEZ LA AUTORADIOGRAFIA

En los experimentos radioterápicos, en los trabajos radiobiológicos y en el diagnóstico de los tumores, se ha desarrollado el procedimiento autorradiográfico, empleando películas y emulsiones sensibles especiales, que obtienen una especie de fotografía del interior del cuerpo humano. Esta técnica, llamada autorradiografía, fué descrita por primera vez por un español llamado Madrid Moreno, que usó sales de radio para la obtención de autorradiografías del sistema nervioso central. Por este procedimiento se ha podido comprobar también la existencia de elementos radioactivos en el cuerpo de los japoneses de Hiroshima y Nagasaki. Esto indica, que en caso de guerra atómica, tal método tiene una especial importancia para el diagnóstico y pronóstico de las dolencias termoneucléares.

MEDIO MINUTO TARDE EN LLEGAR LA SANGRE A LOS PIES

A base de IRA se puede determinar la cantidad de sangre contenida en el organismo, la que existe en el tórax, la intensidad del volumen de latido y la sangre que resta en los ventrículos después de producirse la contracción ventricular. Nylin emplea glóbulos rojos cargados con radiofósforo. Retira pequeñas muestras de sangre arterial y comprueba que el volumen de sangre torácica representa del 23 al 32 por 100 de la cantidad total de sangre.

Para determinar el mecanismo de la circulación de la sangre se utilizan el radiofósforo, el radiohierro, el radiosodio y gases nobles, como el cripton, radioacti-

vando glóbulos y plasma con estas sustancias.

El radiosodio se usa para diagnosticar las insuficiencias cardíacas. Con él, Wright ha estudiado la velocidad con que circula la sangre por las venas, hallando que en el hombre sano, desde el pie a la ingle transcurren dieciocho segundos. Inyectando radiosodio en la vena cubital, al medio minuto ya se encuentra en las cavidades derechas del corazón. Colocando el detector Geiger en la región precordial, se registra a su paso una brusca elevación de la actividad. Después la sangre activada pasa al pulmón, por lo que el aparato de medida acusa disminución. Por último, la sangre retorna a las cavidades izquierdas, pero ya diluida con la sangre pulmonar, por lo que la subida en el detector es menos acusada.

Para averiguar el estado de la circulación periférica, se inyecta radioyodo en una extremidad y se ve el tiempo que necesita para llegar a otra. También se inyecta este isótopo en un músculo y se mide lo que tarda en desaparecer, cosa que, como es natural, depende de su estado circulatorio. En casos, se puede determinar hasta dónde llega la circulación, dato que interesa al cirujano. También el radiosodio se utiliza para evaluar la circulación en pie de trinchera, que es una variante de la congelación y la irrigación sanguínea de un miembro antes de ser amputado, determinando la distribución del sodio radioactivo en la sangre y en los líquidos tisulares que empapan la extremidad afectada.

LOS «IRA» AYUDAN A EXTIRPAR LA ULTIMA RAIZ DE LOS TUMORES CEREBRALES

Se usan los IRA en el diagnóstico de los tumores cerebrales. Esta aplicación, combinada con la técnica de los ultrasonidos, constituye la más valiosa ayuda del neurocirujano a la hora de localizar escrupulosamente los límites de un tumor intracraneal. David, en más de 200 enfermos, ha demostrado que con este método

La cirugía se apresura a utilizar en sus intervenciones los novísimos elementos



se diagnostican y se localizan con la máxima precisión los límites del tumor en un 95 por 100 de los casos. El grado de acumulación de los IRA en las células cerebrales corresponde al de su malignidad. Partiendo de esta base se construyen contadores Geiger, que permiten determinar durante la operación si se ha eliminado todo el tejido tumoral, así como si persiste todavía alguna porción de cáncer. Utilizando el fósforo y potasio radioactivo e introduciendo el detector en la masa encefálica, el moderno cirujano puede eliminar, con toda seguridad, un tumor cerebral maligno hasta alcanzar el tejido sano, manteniendo a salvo las zonas cerebrales no afectadas.

Bertrand Selverstone usa radiofósforo en una solución de fosfato en la localización de los tumores cerebrales. Esta solución la inyecta en las venas a intervalos variables antes de la operación. El fósforo se concentra selectivamente en los tumores meníngeos, los cánceres metastásicos y los neurismas. Según la disposición de las células cerebrales y el tiempo transcurrido entre la inyección y la intervención quirúrgica, el tumor es más o menos radioactivo. Con un contador Geiger se va midiendo la radioactividad en el interior del tumor y en la parte vecina del cerebro. En la sustancia blanca normal, se cuentan cien golpes de radioactividad por minuto; en la zona cancerosa, en cambio, de 500 a 10.000 golpes. Con este método Selverstone ha realizado unas 96 localizaciones correctas y cuatro falsas. Moore y el portugués Furtado emplean dióxido de flúor radioactivo. El diagnóstico localizador fue correcto en el 95 por 100 de los enfermos. También se utilizan el sodio, potasio y el fósforo radioactivos. A pesar de todo, todavía corresponde el primer papel en el diagnóstico a la neumografía y arteriografía cerebrales.

EMPLEO TERAPEUTICO

El tratamiento con los IRA es una variante de la radioterapia. Para determinar el valor terapéutico de cualquier IRA se tienen en cuenta varios factores: 1.º, la toxicidad propia de la sustancia utilizada; 2.º, la vida media del material empleado, ya que el que posee una vida media larga es mucho más peligroso, desde el punto de vista del posible exceso de radiación, que otro de vida media corta; 3.º, el grado de localización o de selectividad; 4.º, amplitud y tipo de radiación para evitar que ésta se extienda a las zonas limitrofes, y 5.º, el elemento ha de ser tal que su actividad específica pueda ser razonablemente elevada. De todos, el factor más importante es el de la localización y selectividad, que tiene por objeto limitar la acción del IRA únicamente al tejido afectado, pero respetando en todo, o en gran parte, los tejidos que hay en torno. Este objetivo sólo se consigue hasta ahora de modo casi idóneo en un único caso: en el tratamiento del hipertiroidismo con radioiodo.

UNA SUSTANCIA MÁGICA: EL RADIOIODO

El iodo radioactivo demuestra una extraordinaria predilección

por la glándula tiroidea. El tiroideo normal concentra 25 veces la tasa de iodo sanguíneo ligado a las proteínas. El hiperfuncional es capaz de concentrar 200 veces o más el nivel sanguíneo. El hipofuncional, concentra menos de lo corriente. Este fenómeno, que determina el grado de actividad de la glándula, se utiliza en el diagnóstico de los estados disfuncionales. Dada la potente emisión gamma del iodo pueden hacerse valiosos diagnósticos mediante un detector Geiger, que se coloca a cierta distancia de la piel que cubre el tiroideo. La absorción normal oscila entre el 15 y el 30 por 100 de la dosis administrada; la intermedia, entre el 30 y 40 por 100, y la tóxica, por encima del 40 por 100. Esto es: por debajo del 10 por 100 hay hipotiroidismo; entre el 10 y el 40, el tiroideo es normal, y por encima del 40 por 100 existe hipertiroidismo. Al mismo tiempo, el tejido tiroideo aberrante y las metástasis malignas que absorben al radioiodo, pueden ser identificadas con el contador de Geiger, así como el bocio enodotóraco y el raro tiroideo lingual. Igualmente, los estados de falso Basedow, son claramente diferenciados. El error diagnóstico de esta prueba la estima Blanco Soler en un 10 por 100 y Beltrán de Heredia en un 5 por 100.

El radioiodo lleva utilizándose trece años en el tratamiento del hipertiroidismo sin que se haya citado un solo caso de efectos nocivos como consecuencia de su radiación. En España viene empleándose el mismo tratamiento desde el verano de 1949, habiendo tratado desde entonces el doctor Blanco Soler más de 200 enfermos. Esta terapéutica no puede aplicarse en todos los pacientes. No la toleran las enfermas embarazadas ni las que están lactando. Tampoco los pacientes jóvenes ni los que tienen un bocio nodular. Las indicaciones quirúrgicas todavía se plantean en los enfermos que no responden al radioiodo, en los bocios retroesternales y nodulares y en los pacientes con cáncer tiroideo y metástasis lejanas. El radioiodo no hace efecto en seguida, sino que necesita un mínimo de cuarenta días antes de que comience la mejoría clínica. De todas formas, el 70 por 100 de los enfermos se curan con una sola dosis de radioiodo administrada por la boca. Sólo en un 2 por 100 es totalmente ineficaz esta sustancia radioactiva.

Desde que Seindlin, en 1946, trató por primera vez el cáncer tiroideo con iodo radioactivo, se ha aplicado repetidamente en otros casos. Pero mientras que el primer enfermo, que tenía múltiples metástasis y se encontraba en plena caquexia, fué salvado de una muerte segura, y todavía sigue bien, no han tenido los otros enfermos tanta suerte.

Antes de tratar un cáncer tiroideo con radioiodo, se pone la tumoración en condiciones de que absorba la mayor cantidad de isótopo. Y se determina, con la mayor exactitud, si existe un poder de absorción del iodo en cantidad suficiente que permita un tratamiento eficaz. Tal valoración se hace con una autorradiografía

del material biopsado. Si la autorradiografía no es positiva no es prudente emprender el tratamiento. De todas formas, el tratamiento no debe ser muy seguro cuando hoy se aconseja en primer término la extirpación quirúrgica. Solamente si es imposible se recurre al radioiodo, siempre que la absorción tumoral sea buena.

Aunque se dice que el radioiodo tiene diez mil veces más afinidad por el tiroideo que por ningún otro órgano, en el tratamiento continuado de numerosos casos de cáncer se ha visto que con este IRA también se alteran las células sanas. Además, suele presentarse en todas estas formas de tratamiento la intoxicación por los rayos, es decir, los fenómenos de la llamada «embriaguez radioactiva».

EL TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEZAS DE LA SANGRE Y DE LOS TUMORES

La policitemia es una enfermedad de la sangre, que consiste en el aumento de los glóbulos rojos por encima de seis millones por mm. c. Para tratarla se ha administrado radiofósforo en forma de bisulfato de sodio en solución isotónica, que se pone intravenosamente, previa sangría. Se han tratado ya más de 200 enfermos, con éxito en un 75 por 100. También se ha usado el azufre 32. La comprobación de estos resultados con los obtenidos por otros medios, es favorable al uso del radiofósforo, en particular en los casos simples, sin complicaciones.

También en la leucemia crónica se ha empleado el radiofósforo en 300 enfermos. Este IRA alarga la vida media de los leucémicos más que la radioterapia, pero no se obtienen curaciones completas. Su tratamiento no excluye el general y las transfusiones de sangre. Recientemente se emplea el radiooro.

Donde más se emplea este IRA es en el carcinoma de pleura y peritoneo, y últimamente en los cánceres de próstata. No logra afectar las grandes masas generales, pero reduce el líquido purulento que se almacena en la pleura y en el peritoneo.

La aplicación externa de los IRA no se diferencia de la terapéutica con los restantes elementos radioactivos. Desde el punto de vista práctico, los IRA superan, en ciertos aspectos, al radioisótopo natural, esto es, al radium, cuyas radiaciones son muy poco homogéneas, aparte que su transmutación en radon exige especiales capas de protección y constantes controles. Por lo demás, el radium posee una vida media de mil quinientos ochenta años, prácticamente ilimitada, por lo que cuando penetra inadvertidamente en el organismo no llega a eliminarse completamente, sino que se almacena en los huesos. Por este motivo, incluso la penetración más mínima de radium, presenta para el organismo un grave peligro. Esto hace que en el tratamiento de los cánceres de piel y de cavidades, como vejiga y útero, se vayan empleando los IRA, que presentan una facilidad de producción, una relativa seguridad, con manipulación



Un enfermo recibe una inyección intravenosa de fósforo sódico radiactivo, de sorprendentes resultados en determinados casos

sencilla, mejor acción y menores riesgos que el radium o los rayos X.

En las aplicaciones sobre la piel se extiende el IRA (fósforo, iridio, estroncio) sobre un papel secante y después se activa en el reactor nuclear.

En el cáncer de vejiga, la irradiación externa incluso la radioterapia profunda, constituye métodos con mucha frecuencia inoperantes. La técnica quirúrgica, que consiste en extirpar la vejiga, expone al enfermo a considerables riesgos. Tales dificultades han impulsado a emplear los IRA para la irradiación total de la vejiga de dentro a fuera. Estas mismas ideas han presidido las innovaciones en el tratamiento del cáncer del cuello de útero, de los senos maxilares y de la epifaringe. Los IRA más empleados son el sodio 24, el fósforo 32, el cobalto 60, y otros. Para realizar la aplicación se introduce un balón en la cavidad y se llena de un líquido con la sustancia radioactiva.

En España, el doctor Martino Savino ha presentado un método original para la detección de los tumores de vejiga desde el triple punto de vista del diagnóstico, de la apreciación de la malignidad y de la búsqueda de metastasis tumorales durante la operación. Extirpada la vejiga, Martino «pasea» su contador Geiger por la superficie de los ganglios ilíacos para comprobar la ausencia de tumores complementarios.

A pesar de todos estos ensayos y aplicaciones, el empleo de los IRA en el tratamiento de los tumores no es satisfactorio por la trascendencia de los efectos colaterales, aunque los resultados permitan abrigar esperanzas. Todavía, en terapéutica anticancerosa, se encuentra en primer pla-

no los tratamientos quirúrgicos y radioactivos, que tantos progresos han hecho en los últimos años. Esto no quiere decir que las investigaciones estén en plena marcha. En Estados Unidos se construyen actualmente el Argonne Cáncer Research Hospital, adscrito a la Universidad de Chicago y dedicado exclusivamente al estudio de la radioactividad en sus efectos sobre el cáncer. La Comisión de Energía Atómica de Norteamérica ha contribuido con 4,2 millones de dólares a la construcción de este Hospital, y suministrará anualmente un millón para ayudar a su mantenimiento. Se estudiarán en él cerca de 300 nuevos IRA aislados en las pilas atómicas, con miras a la influencia que puedan ejercer sobre el crecimiento maligno de los tejidos, disponiendo de un equipo de aparatos capaces de proporcionar radiaciones de alta energía únicos en el mundo. Uno de estos nuevos dispositivos puede emitir la radiación del cobalto 70 (el mismo IRA que se genera en la famosa bomba de cobalto) que es 1.800 veces más potente que la del radio.

LOS «IRA» SIRVEN A LA VIDA Y A LA MUERTE

He repetido varias veces que el peligro como consecuencia de la manipulación de alguno de los IRA depende de su periodo de vida media. Cuanto más larga sea ésta, mayor será el riesgo. Los resultados de la irradiación experimental en animales, demuestran que el embrión es muy susceptible a la formación de anomalías. Lo mismo puede ocurrir con el humano. Russell ha demostrado que la irradiación puede ser motivo de espina bifida, hernia cerebral, imperforación de ano, oligodactilia y poldactilia. El periodo más crítico corresponde al

comprendido entre la segunda y la sexta semana de la gestación.

En los animales aparecen cambios en el pelo, en crecimiento y hasta en la manera de comportarse. Recientemente, en los peces del atolón de Bikini se han descubierto «nuevas especies», que son mutaciones de las conocidas. En Hiroshima y Nagasaki se interrumpió el embarazo o se engendraron malformaciones en las mujeres que se encontraban a menos de 3.000 metros del vértice de la explosión atómica.

Por otra parte, son bien conocidos algunos casos de esterilidad causada en individuos (radiólogos, físicos, etc.), por estar sometidos a radiaciones constantes durante mucho tiempo, no estando protegidos. El gran peligro humano de las radiaciones radioterápicas, atómicas o radioisotópicas, reside sobre todo en las secuelas genéticas. Por eso Müller piensa que ocurrirán en el Japón tantas muertes en el siglo próximo como las ocasionadas por la mismísima explosión atómica. Mientras tanto se han examinado hasta ahora 50.000 niños y los resultados obtenidos indican que las anomalías de carácter genético se elevan a 1,40 por 100 en los hijos de los padres irradiados.

Pero aunque se eliminen todos los errores, todos los descuidos, todos los riesgos, queda uno gravísimo para los que manejan durante años y años estas sustancias. Es sabido que los radiólogos tienen una probabilidad diez veces mayor de morir de una leucemia que el resto de los médicos. ¿Se calculan ya los imponderables peligros que corren los que se mueven y manejan día tras día, año tras año, en cantidades infinitesimales esta radioactividad invisible?

Doctor OCTAVIO APARICIO



EL PRIMO FERNANDO

NOVELA, por JOSE LUQUE CALDERO

I
ME gustaría saber lo que otro hubiera hecho en mi lugar. Francamente, me gustaría saberlo. Sí, ya sé que la gente habla sin parar y nos asegura que de aquella otra manera hubiera sido mejor, mientras los otros terminan afirmando todo lo contrario. Entre todos acaban por volver a uno medio loco y a creer que tienen toda la razón del mundo. Pero vaya usted a saber lo que hubieran hecho. En mi lugar, repito, quisiera haberlos visto: a ver qué pasaba.

Pero vayamos por partes. No tengo más remedio que recordarlo todo, desde el principio. Tal y como ocurrió, hasta el último detalle. No sé por qué ni para qué, pero es absolutamente necesario que sea así. Al final veremos lo que resulta o lo que consigo. Adelante.

Estaba yo sentado en el banco aquel, en un lugar muy poco frecuentado, sino por mí, y que por eso me gustaba. Iba allí con frecuencia, a pasarme las horas muertas sin ser molestado por nada ni por nadie. Raramente cruzaba algún transeúnte aquel rincón del parque completamente ignorado de la gente. Precisamente ésta era la razón que me empujaba hacia aquel sitio: me encantaba sentarme y pensar en cualquier cosa, o no pensar en nada, que de esto no me daba cuenta entonces ni me acuerdo ahora. El caso era estar solo.

Cierto que nunca ando demasiado bien de fechas, que me cuesta recordar el tiempo en que estamos, y mucho más localizar el tiempo pasado, pero aquella debía ser una de esas primeras tardes de la primavera en que parece como si el aire se abriera de repente, sin que nos demos cuenta hasta que los árboles nos sorprenden repletos de tallos jóvenes y de hojas nuevas. Hasta que, digo,

todo nuestro alrededor se nos viste de verde y de luz. Había llovido, eso sí que lo recuerdo. Había llovido y la atmósfera estaba limpia y azul como ropa recién tendida. Y olía a eso, a ropa blanca acabada de enjuagar. Recogía aquel periódico abandonado sobre mi banco: «Rebelión en Indochina. Próxima conferencia afroasiática. Crisis en Francia. El senador Mac Carthy ataca. El ministro...» ¡Al diablo! Yo sólo pedía que me dejaran en paz con mis cigarros y mis nubes. Las nubes blancas y ligeras que interrumpen el azul hasta desaparecer como las ilusiones. Eso es, como las ilusiones.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No lo sé, ni creo que interese demasiado a nuestro asunto. Sólo recuerdo que estaba vagamente decidido a irme en busca de un amigo que me pagara una copa. Amigo o conocido, que vaya usted a saber. Uno, en efecto, conoce a mucha gente, a muchos hombres y mujeres a los que llama amigos. Y los conoce, acaso sólo porque su pelo es de tal color, o su nariz tiene esta otra forma determinada, o se ríe de una manera característica. Pero, aparte de esto, no sabemos mucho más. Ni siquiera si nos estiman o nos desprecian; sólo que nos sonríen o nos ignoran por encima del hombro.

Pues bien, el caso es que yo estaba decidido a irme en busca de uno de estos amigos porque tenía sed. ¿Necesito añadir que no llevaba ni perra en el bolsillo?

Así, repito, que todo estaba dispuesto y nada hubiera ocurrido; de eso podéis estar seguros. Nada hubiera ocurrido y mi vida seguiría tan igual como siempre. Pero el hombre propone... y el demonio se entretiene en complicar las cosas. Tan cierto que fue el demonio como que ahora estoy aquí. Si lo

sabré yo, yo que en tiempos estuve en el Seminario, hasta que me echaron.

Esta vez el demonio vino con ropaje sonoro, en forma de unos pasos ligeros que hacían crujir la arena de la estrecha avenida y que despertaron mi oído, hasta entonces ausente.

Volví la cabeza; era una chica la que se acercaba. Al principio no reparé mayormente en ella. Luego, al llegar a mi altura, sí. Entonces me di cuenta de que era algo rubia, tenía los ojos claros y no sé qué más. Pero vi más, mucho más. Vi cómo el aire se abría a su paso para limitar su cuerpo y cómo se llenaba de carne un instante, hasta quedar de nuevo vacío, irremisiblemente vacío. «¡Santo Dios, qué manera de aprovechar el espacio! Sólo un metro, ¿qué digo?, bastante menos de un metro cúbico de aire, y ¡qué maravilla se entretuvo en construir la naturaleza!» La caprichosa Naturaleza, como se dice en las novelas.

Mientras me decía esto no pude continuar sentado. Estoy absolutamente seguro que no me lo propuse, pero el caso es que la seguí. Y fué el demonio, como dije antes, el que me empujó. La seguí a una cierta distancia y no demasiado trecho, porque su casa estaba a la vera misma del parque. Pero aun allí, frente a su puerta—junto al quiosco de los periódicos—, aguarde un buen rato contemplando el hueco por donde había desaparecido. Debí transcurrir bastante tiempo porque, cuando me quise dar cuenta, había anochecido. Después...

Bueno, lo que ocurrió después es más complicado. Necesito pensarlo despacio. Aquí, en la cárcel, hay tiempo para ello. Ya lo creo que hay tiempo.

II

Julia era una muchacha extraña. O, tal vez, demasiado complicada para mí. Sé, sí, muy bien que todo el mundo dice lo mismo de su propio caso, pero yo estoy seguro de que en el mío era cierto. Al menos, que nunca llegué a comprenderla del todo es evidente. Lo que pasó después confirma cuanto digo.

Porque desde aquella famosa tarde salíamos muy a menudo, casi a diario. Sin darnos cuenta, terminábamos siempre en lugares poco frecuentados, en algún escondrijo solitario, en cualquier banco perdido, y allí nos pasábamos las tardes enteras: yo, junto a ella, y ella, junto a mí, pero como ausente, callada. A mí me ponían nervioso estas situaciones. Y llegaba a preocuparme. Me pasaban por la cabeza ideas extrañas, desasosegadas. Me gustaría hacer cosas, decir algo. La miraba entonces a hurtadillas. Disimuladamente y como con temor. Y veía a sus ojos posarse largo rato sobre cualquier cosa desconocida y a sus labios esbozar sonrisas inexplicables y tristísimas. No hay duda: Julia era una muchacha distinta a las demás. Y triste, con una tristeza muy suya, que se desprendía de todo su ser hasta contagiar a cuanto le rodeaba. Yo sentía una angustia infinita, un ahogo en la garganta, y me olvidaba por completo de todas las chirigotas que los hombres suelen utilizar para distraer a las chicas que acompañan. A mí me hubiera gustado murmurarle al oído cuentos divertidos, y hurgaba en todos los rincones de la memoria, entre los recuerdos de la niñez, porque yo me sabía muy bien que estas cosas suelen agradar a las mujeres. Pero cuando lograba atrapar alguno, y se lo contaba, sólo conseguía ponerla aun más triste. Al menos eso pensaba yo cuando respondía a mi historia con una sonrisa que a mí se me antojaba el colmo de la desilusión.

Y había momentos en que llegaba a desesperarme y permanecía callado, inquieto a la orilla de su cuerpo. Ella entonces me apretaba hacia sí con fuerza. Y yo sentía latir por mis venas su sangre joven y cálida mientras me decía a mí mismo: «Julia es una muchacha joven, demasiado joven. ¿Cuántos años? Dieciocho; es eso, sólo dieciocho años.» Y ella:

—¿Qué te pasa?

—Nada—respondía yo.

—Te encuentro preocupado.

Así un día y otro día. ¡cuántas veces la misma escena y cuántas las mismas palabras siempre repetidas! Porque, eso sí, continuábamos saliendo casi a diario.

Con el tiempo nos hicimos novios. ¡Qué bien lo recuerdo! Fué una tarde, camino ya de su casa, tras un largo paseo por cualquier sitio. Una de esas tardes en las que se adivina la proximidad del verano, cuando las mujeres comienzan a sentirse incómodas con el excesivo peso de sus ropas.



Julia tenía también con su traje ligero un aire fresco y jugoso que no dejaba de llamarme la atención y que me enardecía. Caminaba colgada de mi brazo, jugando a mirarse atentamente la punta de los zapatos, alternativamente uno tras otro, según el ritmo de la marcha. Caminaba como por el aire, y yo me iba preguntando qué diablos encontraría de maravilloso en cada uno de sus pies. De pronto, y sin venir a cuento, se detuvo y dijo:

—Tú me quieres, ¿verdad?

—Sí.

A nuestro lado cruzaba la gente desconocida. Yo trataba de fijar alguna de aquellas fisonomías, de definirla en mi mente, sin lograrlo a causa de la penumbra. Julia, mientras tanto, continuaba como si tal cosa, acaso más seria tras su pregunta. A mí no me extrañaban las preguntas de Julia ni sus silencios repentinos; estaba acostumbrado. Pero aquella vez... ¿Adónde iría a parar?

De pronto nos encontramos frente a su casa.

Julia levantó los ojos y me cogió de las manos suavemente:

—Entonces, ¿somos novios?

—Sí tú lo quieres...

Eso es, así fué cómo ocurrió. ¡Qué cosas! Recuerdo que mi nuevo estado—así lo llamaba yo—me producía una sensación desconocida, extraña. Me sentía como responsable de algo nuevo y decisivo. Ciertamente que ya había tenido aventuras fáciles con chicas, como todo el mundo. Pero novia, lo que se dice tener novia, hasta ahora nunca había sabido lo que era. Y a mí todo aquello me parecía una cosa importante, decisiva, como si tuviera una auténtica misión que realizar en el mundo. Ya se acabaron, desde aquel momento, todos mis amigos y toda mi anterior vida nublada del vino agrio de las tabernas; el empalmar las noches con los días y el sueño a deshora. Ahora tenía que trabajar duro, sin reposo posible. Quería, tenía que labrarme un porvenir. Me convertí en uno de esos muchachos de los que la gente dice: «Es un gran chico. Llegará lejos, si la suerte le acompaña.» Y yo me sentía orgulloso, completamente satisfecho de mí mismo, capaz de cualquier hazaña, por descomunal que aquella fuera. No había trabajo difícil para mí; todo lo hacía con la mayor sencillez. En la oficina, en la Naviera donde trabajaba, estaban asombrados, desacostumbrados, sin duda, por mi conducta anterior. Mis compañeros me miraban un tanto celosos, sorprendidos. Y me embromaban: «Claro, quiere casarse.» Pero ¿qué me iban a importar a mí sus burlas? No eran ellos los que me preocupaban, no. Ahora mis cuidados se dirigían a otras personas, a otros hombres a los que antes había despreciado con todo mi corazón y que en la actualidad me parecía gente honrada, sensata, equilibrada: mis jefes. Incluso llegué alguna vez a ayudarles a ponerse el gabán o a entregarle el sombrero con una sonrisa... Mis jefes, que también se habían dado cuenta de cambio tan radical y que, a mí no se me pasaba, estaban satisfechos. Tan satisfechos que llegaron a subirme el sueldo.

—¡Dios mío, qué cambio! ¡Y en cuán poco tiempo! Ahora sí que mi destino estaba trazado, más claro que nunca. Julia y yo nos casaríamos en cuanto... en cuanto antes mejor. La cosa estaba resuelta.

III

—Hoy estuvo el primo Fernando en casa.

Julia no dijo más que esto. Después quedó completamente callada. Julia, creo que lo dije, nunca decía demasiadas cosas. Siempre, tras una de estas cortas frases, volvía al silencio. Su silencio, acompañado del mío. Vacío. Imposible de romper durante un tiempo indefinido.

Era aquella una anochecida del verano, calurrosa. Las primeras estrellas, pálidas, se asomaban a un cielo casi metálico. Estábamos sentados al aire libre en la terraza de un bar. Julia se entretenía con su vaso de horchata a medio consumir, sorbiendo lentamente con una paja amarilla. Yo miraba el fondo de mi vaso de cerveza vacío, haciendo que lo apuraba al llevarlo hasta mis labios. A nuestro lado, una pareja apretaba el amor entre sus brazos, como si temieran su huida.

—¿Quién es el primo Fernando?

—Hijo de un hermano de mi padre. El suyo es

ingeniero. Director de la Electric Company. Un gran cargo, ¿sabes? Gana cuanto quiere.

Era verdad. Algunas veces había oído mentar al tío de Julia: un hombre importante, sin duda. Su padre, el padre de Julia, también lo hubiera sido de no haber muerto cuando ella empezaba a tener uso de razón. Claro que mejor que ocurriría así, porque si no, ¿la hubiera conocido? Ahora vivían las dos solas, la madre y ella, con la perisión del padre, también ingeniero, y unas acciones que les dejó al morir.

Pero yo iba recordando otra época. Era el tiempo en que comencé mis estudios. El ingreso, eso es, el ingreso en el Instituto de Enseñanza Media. Brillante examen. Y felicitaciones, regalos... Pero aquello era otra historia. Entonces vivía mi padre, un hombre de relieve en la provincia. Un abogado de prestigio que ganaba lo que no podía gastar. Una vida fácil, repleta de recuerdos y jugetes caros. Hasta que de pronto estalló la guerra y las balas lo traspasaron junto al paredón.

Nos quedamos mi madre y yo con una hermana que entonces cumplía los ocho años. Y sin dinero. Sin dinero no es posible continuar estudiando. Pero yo era caso aparte; yo era un chico listo. En eso estaban de acuerdo todos, y mis profesores los primeros. Era una verdadera lástima que se desperdiciara mi talento. Fué entonces cuando se presentó aquella virtuosa señora, doña Paca, que me sostenía una beca en el Seminario.

Aquello no iba mal al principio, ni aun en la continuación. Hasta que ocurrieron un par de cosas, de las que ya no me acuerdo, y, sobre todo, hasta que tuve la desgracia de tropezarme con aquel pobre muchacho scplón y le aticé la gran paliza. Si no llega a ser por eso, ¡quién sabe! A lo mejor ahora era... ¡qué gracia! Bueno, ¡y qué importa todo esto! El caso es que tuve que marcharme después de cuatro años y los dos o tres meses que llevábamos de curso. Volví entonces al Instituto. Trabajaba y estudiaba por libre al mismo tiempo. Yo he sabido muy bien lo que es el trabajo ineludible desde muy temprana edad. Y todo ello tras una infancia privilegiada. Pero aquello quedaba demasiado lejos. Ahora había otras cosas en que pensar. Ahcra...

—Y él, ¿qué hace?

—¿Quién?

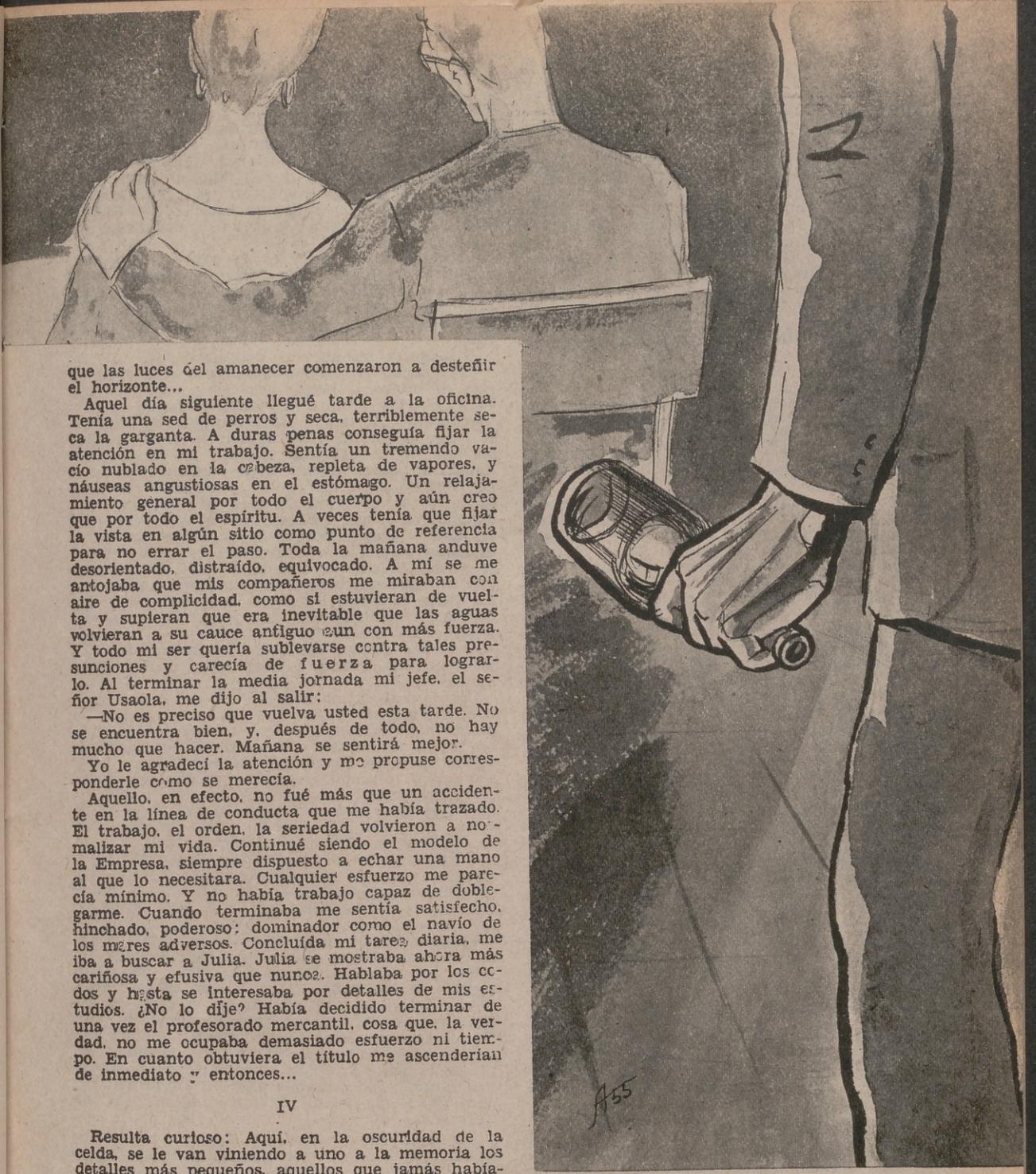
—El primo Fernando.

—¡Ah! Estudia. También ingeniero. Caminos, ¿sabes? Es muy listo. Sólo tiene veinticuatro años y ya va por tercero. Será como su padre.

«¿Sabes?» Esta era la muletilla constante de Julia en todo cuanto decía. Era como si necesitara apoyar sus frases sobre una base segura y concida.

La llevé a su casa. Al dejarla me volví por las calles más desiertas. Solo. Aislado, sonámbulo, fumaba despacio, sin reconocer mi camino. Me sentía como abandonado y no encontraba motivos, sin lograr tampoco inventarlos. No recuerdo por qué sitios anduve perdido, de bar en bar. Hasta que hubo un momento en que llegó a mis oídos un rumor familiar y entrañable en otra época. Un rumor caliente con un haz de luz que se recortaba en la penumbra de la acera. Entré. Allí estaban todos. Nadie faltaba sino yo, que era el desertor, el hijo pródigo vuelto al redil. La cosa valía la pena: había que celebrarlo con todos los honores. La fiesta—el rumor—continuó hasta





que las luces del amanecer comenzaron a destefir el horizonte...

Aquel día siguiente llegué tarde a la oficina. Tenía una sed de perros y seca, terriblemente seca la garganta. A duras penas conseguía fijar la atención en mi trabajo. Sentía un tremendo vacío nublado en la cabeza, repleta de vapores, y náuseas angustiosas en el estómago. Un relajamiento general por todo el cuerpo y aún creo que por todo el espíritu. A veces tenía que fijar la vista en algún sitio como punto de referencia para no errar el paso. Toda la mañana anduve desorientado, distraído, equivocado. A mí se me antojaba que mis compañeros me miraban con aire de complicidad, como si estuvieran de vuelta y supieran que era inevitable que las aguas volvieran a su cauce antiguo aun con más fuerza. Y todo mi ser quería sublevarse contra tales presunciones y carecía de fuerza para lograrlo. Al terminar la media jornada mi jefe, el señor Usaola, me dijo al salir:

—No es preciso que vuelva usted esta tarde. No se encuentra bien, y, después de todo, no hay mucho que hacer. Mañana se sentirá mejor.

Yo le agradecí la atención y me propuse corresponderle como se merecía.

Aquello, en efecto, no fué más que un accidente en la línea de conducta que me había trazado. El trabajo, el orden, la seriedad volvieron a normalizar mi vida. Continué siendo el modelo de la Empresa, siempre dispuesto a echar una mano al que lo necesitara. Cualquier esfuerzo me parecía mínimo. Y no había trabajo capaz de doblegarme. Cuando terminaba me sentía satisfecho, hinchado, poderoso; dominador como el navío de los mares adversos. Concluida mi tarea diaria, me iba a buscar a Julia. Julia se mostraba ahora más cariñosa y efusiva que nunca. Hablaba por los codos y hasta se interesaba por detalles de mis estudios. ¿No lo dije? Había decidido terminar de una vez el profesorado mercantil, cosa que, la verdad, no me ocupaba demasiado esfuerzo ni tiempo. En cuanto obtuviera el título me ascenderían de inmediato y entonces...

IV

Resulta curioso: Aquí, en la oscuridad de la celda, se le van viniendo a uno a la memoria los detalles más pequeños, aquellos que jamás habíamos considerado porque nunca nos detuvimos y meditamos sobre ellos, como si el tiempo y la prolongada soledad iluminaran todo nuestro pasado con una luz nueva, diáfana. Este es, pues, mi caso ahora que la conversación es imposible, aquí, donde las horas transcurren inadvertidas y silenciosas.

Era aquél uno de esos últimos días del verano en que la ciudad va renovando su perfil característico. El tiempo en que los mimados de la fortuna vuelven de sus vacaciones con las alforjas repletas de historias seductoras. Sí, es ahora precisamente cuando aquellos amigos de los que antes hablé se desviven por contarnos sus propias novelas—ellos, los protagonistas—con mujeres desconocidas y maravillosas, con ánimo, sin duda, de deslumbrarnos. Y lo consiguen, ya lo creo que lo consiguen. ¡Lo que uno podría llegar a hacer durante un solo mes de verano! Aventuras extraordinarias con mujeres lejanas que se desviven por conservar nuestro cariño. Mujeres rubias, mujeres morenas, mujeres, en suma, de todas las geografías del mundo y de todas las categorías. Lo importante era convertirse en el centro de un universo nuevo, desconocido; astro-rey de una corte de satélites de gente inédita que nos ignoraba hacia tan sólo un instante. ¡Cuántas cosas

podrían lograrse en el corto espacio de un mes tan siquiera!

Pero, ¡qué remedio!, uno tiene que quedarse aquí, en la ciudad, que durante todo ese tiempo tiene como un aire triste de abandono. En la ciudad desolada de calor. En la ciudad, que nos aprisiona y nos asfixia hasta dejarnos con un ansia infinita de nuevas luces y nuevos horizontes. En la ciudad, sí, que es la piedra, la cárcel más inmensa que los hombres inventaron...

Aquel día, digo, habíamos ido a un cine; Julia y yo estuvimos en un cine refrigerado. Ya sabemos todos lo que les gusta a las mujeres estas cosas de la pantalla. A la salida volvíamos por las calles, donde a cada instante nos cruzábamos con rostros excesivamente morenos, Julia, como siempre, callaba con la cabeza abatida. Yo pensaba en la película que habíamos visto:

«La gente de cine debe pensar de una manera muy particular. Lo que pasa es que están convencidos de que los demás, el público todo, es un rebaño de gente bien y simple, por cierto. Pero ¿es que acaso no tienen razón?»

—Mañana no podremos salir. El primo Fernando irá a casa.

«... Siempre pasa lo mismo. La cosa es así:

una chica se enamora de un chico, pero el chico no le conviene porque carece de porvenir. Se interpone otro hombre, rico naturalmente, y la familia de ella, naturalmente también y con mucha más razón, apoya la nueva candidatura. Al fin, ¡cómo no!, el amor sale triunfante. ¡El amor! ¿Y qué diablos será eso? Yo creo que el amor tiene cara de primo Fernando. Eso es, de primo Fernando, con sus gafas impecables y todo lo demás, tan impecable todo como sus gafas. Pero ¡qué le vamos a hacer! Los hombres de cine, por lo visto, piensan de manera bien diferente.»

—Se quedará a merendar y después será tarde. Era una cita inaplazable. Al día siguiente, allí me estaba yo, puntual como un probo funcionario. Había pedido permiso en la oficina para que me dejaran salir antes y me lo concedieron. No recuerdo qué pretexto expuse, pero el caso es que me lo concedieron. Mas esto ¿qué importa? Lo importante es que me llegué hasta su casa y me coloqué en frente de ella, tras el quiosco de los periódicos; así nadie podía verme desde el piso de Julia, ni aun desde la acera, mientras que yo podía contemplar tranquilamente lo que ocurriría. Al menos lo que ocurriera de puertas afuera. Porque, de eso estaba seguro, algo tenía que ocurrir.

Y, en efecto, para empezar, ya había llegado algo tarde; allí, junto al portal, estaba aparcado el coche del dichoso primo Fernando. Color guinda y descapotable. Un coche que yo me conocía muy bien porque alguna vez había visto salir de él al primo Fernando, en encuentros casuales, para saludar a Julia y estrechar efusivamente mi mano. Un coche que más de una vez había envidiado y más de una vez y más de dos había seguido con los ojos bien abiertos hasta verlo desaparecer entre la agitación del tráfico callejero.

Yo estaba allí vigilante, como dije para no perder detalle. Y no tuve que esperar demasiado; algo así como media hora, o acaso menos. Es lo mismo. Al fin, el primo Fernando que, correcto, seguro, ayudaba a Julia a subir al coche.

Partieron... Sólo dos personas—dos bocas—se dieron cuenta de que partían: desde el balcón, la ancha sonrisa de la madre de Julia, y mis labios apretados, desde la acera de enfrente.

V

«La gente de cine, ya lo dije, no sabe lo que se dice. Yo, en cambio, sé muy bien que el amor no es como ellos lo pintan. El amor de verdad, el que nos tropezamos en nuestra vida, a poco que se fije uno lo encontrará que tiene cara de marqués de Salamanca o, todo lo más, de Francisco de Goya, en un papel rectangular en el que se especifica: «El Banco de España pagará al portador...» Y detrás, tal vez aparezca el cuadro de las lanzas, con los caballos sin caballeros en sus sillas, o cualquier otro episodio del pasado. ¿O acaso un paisaje? No sé por qué en este no me fijé demasiado, aunque pienso hacerlo a la primera ocasión que se me presente. En cualquier caso, eso sí, una cara, una calva acartonada que se hace mugrienta con el tiempo...

Eso es, no me cabe la menor duda, el amor. Lo demás son pamplinas. Por eso yo renuncié a todas esas cosas. Luchar... ¿Para qué? ¿Acaso vale la pena deslomarse trabajando para que a final de mes le entreguen a uno unos miserables billetes? ¿Y qué se consigue con ellos? ¿Comprar el amor? ¡Qué asco! El vino es mucho más barato y mucho más sincero.

Y si no que se lo pregunten a mi amigo Manolo. Mi amigo Manolo, que es andaluz desde que nació y que, son sus propias palabras, bebe más vino que una mula agua. El sabe muy bien lo que se hace, y yo le doy toda la razón.

Cuando uno, en efecto, bebe lo suficiente, siempre la aguarda la recompensa. No importa que la habitación dé vueltas cuando nos quedamos solos en la oscuridad, porque entonces ya no se le tiene miedo a la soledad. Es una soledad maravillosa, repleta de figuras amigables, de fantasmas llenos

de vida que hablan, que conversan con uno, discuten y terminan siempre dándonos la razón ante la incontrastable fuerza de nuestros argumentos. Y hasta llega uno a verse un grande hombre, un Disraeli en medio de un Parlamento hostil y que, sin embargo, pulveriza con una simple agudeza a sus más encarnizados enemigos. ¿Napoleón? Aquí está el gran rival que nunca tuvo, el que le venció con una sonrisa apenas en los labios. O acaso el gran novelista que aun no nació, con el Premio Nóbel bajo el brazo y sin haber cumplido aún los treinta años...

Todo eso puede llegar uno a ser, y mucho más, con un mínimo esfuerzo y con un gasto que nunca pasa de los diez duros. ¡Vale, digo, la pena luchar por algo? Libre, libre como los pájaros. Y que trabajen los alemanes, que para eso nacieron.»

—Cofiac, a mí que me pongan cofiac.

Era sábado y estábamos a tres o cuatro de un mes de otoño, a juzgar por las hojas secas que caían de los árboles. Y todos teníamos dinero. Llevábamos bebiendo... Recuerdo que tomamos café luego de comer. Después fuimos dando vueltas por las tapias. ¿Cuánto tiempo? No sé, pero ya habíamos bebido muchas copas, mucho vino antes de llegar a aquel bar nuevo y elegante. No sé a quién se le ocurriría la idea de meternos allí. Aunque yo sí que conozco bien lo que pasa, pero no quiero decirlo porque la gente se rie; es el demonio el que nos empuja, el que dirige nuestros pasos hasta que ocurre lo que tiene que ocurrir, sin que nos demos cuenta hasta que la cosa no tiene remedio. Bueno, el caso es que yo ya estaba harto de tanto vino y quería cambiarme a algo más fuerte.

—No me gustan las copas en miniatura. ¡Un vaso, un vaso grande y lleno hasta arriba de cofiac!

Los camareros me miraron, asustados, con gran contento de mi parte, que me sentía seguro y dominador: la copa que me habían servido estaba hecha añicos sobre el mostrador, deshecha de un soberbio manotazo mío. Me sirvieron el vaso que pedí y lo limpié en menos que canta un gallo.

—¡Más cofiac! Que me pongan una botella. Y vámonos a tu casa, Juan, que allí estaremos más solos. ¡No me gusta que la gente nos mire! ¡A mí me cargan las personas impecables!

Yo tenía la botella agarrada por el cuello: Terry, Centenario Terry. Con una red amarilla envolviéndola. A mi lado estaba Manolo, el andaluz que bebía tan despacio, pero tan seguido.

—Ahí está Julia.

El nunca decía nada de más. Cogía su vaso y se lo llevaba lentamente a la boca y su labio inferior se pegaba al borde del cristal como una ventosa. Había dicho... ¿Julia? Claro que me acordaba. Y, en efecto, allí estaba sentada en un ángulo de la sala. Y el primo Fernando con ella. Y más chicos y chicas, que bebían en vasos largos y transparentes. ¿Se había dado cuenta de mi presencia? No tenía más remedio; todo el mundo me miraba. Todos menos ella. ¡Ni mirarme! Seguro que tenía miedo. Pero ya veríamos si miraba o no.

No había duda; se puso pálida. Yo continuaba acercándome, pero ni por esas: ella continuaba sin volver la cara.

—Julia, tengo que hablar contigo.

Yo estaba solo frente a aquella reunión. Julia me cogía de perfil, mientras que el primo Fernando me daba la espalda. El no me había visto acercarme. Mientras tanto yo seguía allí, aislado, y Julia sin contestarme. Fué el primo Fernando el que volvió lentamente la cabeza. Me miró. Luego miró a Julia y de nuevo otra vez a mí.

—Huele usted a vino que apesta.

Y me dió otra vez la espalda. Se quedó un momento callado, hasta que dijo algo ingenioso a los amigos, algo que nada tenía que ver conmigo ni con lo que allí estaba pasando, tal y como si yo no existiera.

—Julia, tengo que hablar contigo. Ahora mismo. Silencio. Todos estaban pálidos, mientras que yo continuaba solo, mirado desde todas partes. Aprisionado. Había en el aire una calma excesiva. Pero el primo Fernando estaba tan seguro, tan dominador... Había hecho una seña.

—Camarero, este señor está molestando.

Me dió la espalda de nuevo. Entonces, ¿qué hacía yo allí? ¿Acaso no era nadie? Todos, hasta las paredes, me miraban. Era como si de un momento a otro fuera a convertirme en algo viscoso.

**SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA**

algo que habría de derretirse y desparramarse por el suelo para quedar pegado a las suelas de los zapatos. Todos los ojos me asediaban, me fijaban sobre mis pies, inmovilizándome. No había manera de hacer nada: ni de irse ni de quedarse. Eran los ojos, todos los ojos los que me paralizaban. La nuca del primo Fernando era un ojo inmenso, transparente que me miraba fijo, intensamente, y yo no era capaz de desviar mi mirada. Estaba frente a mí, como recubierto por una membrana. Era absurdo. Yo no veía nada ni sentía nada. ¡Nada, nada, nada! Sólo un grito ahogado y un golpe roto, extraño. Y las gafas, las gafas impecables colgando de los flecos del mantel...

VI

—Más tieso que un garrote.

Esa fué, exacta, la versión de mi amigo Manolo cuando vino a visitarme. Mi gran amigo Manolo, el inefable bebedor que nunca habla más de lo justo, el usurero de la palabra. El se queda parado, silencioso hasta que, de repente y despacio, dice algo. Como entonces: más tieso que un garrote. Y nada más. ¿Para qué? El dice siempre lo justo, para que uno se entere, y nada más que lo justo.

El primo Fernando, más tieso que un garrote; así quedó, según Manolo, tras aquel condenado golpe que le di con la botella. Porque yo ni siquiera me di cuenta exacta de lo que pasó. Me llevaron, eso sí, y comenzaron a hacerme preguntas. No demasiadas, es cierto. De pronto, el que interrogaba se detuvo y dijo:

—¿Qué lleva usted ahí?— y señalaba a mi mano.

Miré; era el cuello de la botella, apretado entre mis dedos. Y sangre, sangre mía, de mi mano herida. Se quedaron con los trozos. ¡Allá ellos si les sirve para algo!

Me encerraron. Y desde entonces, aquí estoy. Solo. Pero no me aburro; siempre tengo con quien conversar. Los guardias, mis pobres guardianes —ellos sí que se aburren—, dicen que estoy loco. ¿Lo estaré de veras? Seguro que lo estaba cuando ocurrió aquello. ¿Por qué lo haría? Nunca quise tal cosa, y bien sabe Dios que lo siento; pero se le nublan, se le calientan a uno las ideas en la cabeza... Sí, fué un arrebato inútil y desdichado; Dios lo sabe y lo tendrá en cuenta.

Vino un médico a visitarme. Me miraba intensamente a los ojos mientras me preguntaba cosas. Y yo contestaba a todas con el mayor desparpajo. ¿Para qué todo lo que yo digo?

Loco porque hablo solo, porque converso con las paredes. ¡Imbéciles! ¿Qué sabrán ellos? Las paredes oyen. Eso es. «Las paredes oyen», de Juan Ruiz de Alarcón. Uno de aquellos condenados clásicos de los que nos hablaba la profesora del Instituto. Tampoco tú, desdichado, tuviste suerte con las mujeres. Pero ¿cómo diablos se me habrá ocurrido acordarme ahora de ti? Es curioso los recuerdos que se le vienen a uno a la memoria en situaciones como la mía. «José Martínez Ruiz, que hizo famoso su seudónimo de *Azorín*, nació en Monóvar (Alicante)...» Y ahora... Juan Ruiz de Alarcón; nunca hasta hoy pensé en semejante tipo. Ni creí que pudiera recordar su nombre. Pero ahora comprendo que tenía razón: las paredes oyen, eso es cierto. Y responden, que eso no lo sabías tú, condenado plumífero. Responden cuando uno se les acerca y les habla en la intimidad. Si les digo algo, ellas, como un eco, responden a lo que les digo. Pero nunca con mis mismas palabras, con las palabras que yo les dirijo, sino que las modifican a su manera. Por ejemplo, cientos de veces durante el día les recuerdo, me recuerdo, lo que mas me pesa de todo cuanto pasó: «Nunca será mía.» Y ellas: «Nunca será tuya.»

Como ahora. Ahora que la celda se entristece con lo oscuro y nos quedamos más solos, más íntimamente ligados que nunca. Ahora que me aproximo a ellas, que ellas se aproximan a mí con ánimo, sin duda, de que nadie comparta nuestro secreto:

—¡Nunca será mía!

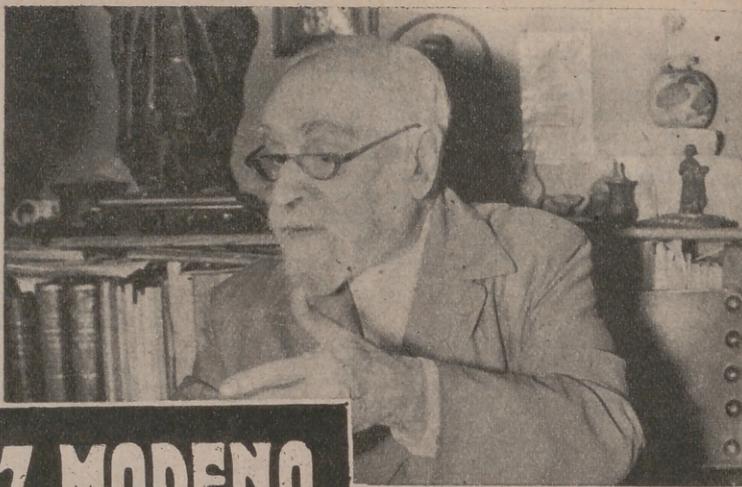
—¡Nunca será tuya!

... No podía fallar, claro. Siempre dóciles, atentas a lo que les digo. ¡Tan pesadas, siempre con la misma cantincla! ¿No sabrán contestar de otra manera? Pero... Naturalmente. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Conque nunca será mía, ¿verdad? Veremos, veremos lo que respondéis ahora, paredes del diablo. ¿Nunca será mía?

—¡Ni tuya tampoco, primo Fernando!

(Dibujos de Anselmo)





GÓMEZ-MORENO PREPARA SORPRESAS FUNDAMENTALES en el CAMPO ARQUEOLÓGICO

"Nosotros los viejos, tenemos
mucho que contar"

"Siempre trabajé en cosas de mi agrado"

EN 1887 don Manuel Gómez-Moreno vió publicado su primer trabajo. «Descripción de la capilla real de Granada», en aquel pintoresco, divertido y risueño *Almanaque de Sierra Nevada*. Por estas lejanas fechas, su vocación se mostraba irdecise. No había cumplido los diecisiete años de edad. Poseía, entre

otros méritos, flamante título de bachiller, buen puñado de libros, algunos lienzos suyos y espíritu ágil e inquieto.

—Yo soñaba en la niñez—confiesa ahora con melancólica ironía—con pintar cuadros; luego, me pareció ello cosa ardua y desengañadora...

Circunstancias familiares truncaron su empeño de iniciar la carrera de arquitecto, y se matriculó, al fin, en Filosofía y Letras. Vivía en Granada, y en un palacio moruno.

—Antiguo patio con portal amplísimo, salón encima, gran patio, con cenador sobre columnas árabes...

Contribuyó mucho el ambiente de la ciudad, el de la propia familia, a darle en poco tiempo y en gran abundancia aquella madurez artística y aquel conocimiento literario que los hombres adquieren en los umbrales de los cuarenta años.

Su padre, pintor, erudito, criatura humana sensible y generosa, fué al mismo tiempo su mejor amigo y su primer y entrañable maestro.

—Yo, dibujando y anotando como podía y ayudándole a revisar archivos y papeles...

Se licenció en 1889. En las aulas, en la calle, en su casa, tuvo estrecha amistad con Angel Ganivet. Recuerda al desesperado, apasionado y apasionante Ganivet, que en ese tiempo, escolar en Granada, mostraba su raro complicado ingenio, su tenaz voluntad y la hondura de su sentimiento por las cosas y los seres.

—En Ganivet se malogró un extraordinario arabista.

De su paisano, compañero y amigo ha escrito don Manuel Gómez-Moreno unas páginas conmovedoras, sinceras, trozos posibles de unas deliciosas Memorias que perfilan la semblanza de estudiante del precursor de la generación del 98

—Empecé a escribir algunos recuerdos de mi vida. No por vanidad mía sino por las muchas personas interesantes que conocí en mi larga existencia. Son como notas que quiero dejar a mi familia.

Su amistad con Ganivet se había de mostrar firme hasta el desventurado fin del pensador, de su suicidio, tremenda y última zambullida en las aguas frías de un río lejano y extraño.

—No se ha descifrado la clave de su muerte. Su mejor biografía es, desde luego la de don Melchor Fernández Almagro.

Cuando terminó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, don Manuel Gómez-Moreno redactaba inscripciones en latín, enseñaba griego, traducía epígrafes árabes y hacía versos en italiano. Fué profesor de arqueología cristiana en el Sacro Monte granadino. Dibujaba bien y explicaba Historia de Arte. En tanto seguía colaborando con su padre, en especial en la inestimable y ya hace tiempo agotada *Guía de Granada*.

Su firme y ya decidida vocación universitaria le llevó, en 1915, por oposición, a la cátedra de Arqueología Árabe de Madrid. Solicitó

la jubilación voluntaria — en 1931—, con general sentimiento y cariñoso revuelo en la Universidad.

Entre los años 1900 a 1908 recorrió numerosos caminos de España. Desconocidos caminos. Desastradas y horribles posadas, días sin comer caliente, noches al raso o bajo el techo de un pajar. Preparaba los Catálogos Monumentales de diversas capitales españolas.

Todo fué después rápido, fácil y rutinario. Le comisionaron para explicar lecciones de arte español en Argentina y Uruguay. Sucedió a don Antonio Vives en la dirección del Instituto de Valencia de Don Juan. Le nombraron académico de número de Historia. Y desempeñó la Dirección General de Bellas Artes...

—Yo he conseguido siempre trabajar en cosas de mi agrado. El peor año de mi vida, lleno de compromisos, de prisas, de ajetes fué ese en que ejercí la Dirección de Bellas Artes. No iba con mi manera de ser, con mis gustos.

AMISTAD CON UNAMUNO

En Salamanca, allá por entre los años 1901 a 1903, siendo rector de la Universidad don Miguel de Unamuno, hizo amistad con el atormentado escritor.

—Conoci su parte espiritual, austera y limpia, sin la afectación de rebuscamientos espectaculares, que constituyeron su manía de publicista. Era un alma ansiosa de rectitud y amor hacia lo que constituye las esencias de la humanidad más digna. Fué bueno, intachable en su intimidad, en el círculo de sus amistades. Le perjudicó el aplauso que hubo después para sus arrebatos y despantes soberbios. Representó o le hicieron representar un papel político que no le cuadraba. Me acercaba a él su sincera y enérgica honradez.

Se extendió en la evocación de Unamuno.

—Se parecía mucho a Ganivet. Yo, ni le adulaba ni le echaba incienso. Le decía llanamente mi parecer, le contradecía o le ponía faltas, según venía al caso. Pero me valía más que el rendirme a su autoridad o huirle como un apestado, que es lo que hacían allí.

Pasó largas tardes en su com-

peña. Conoció también por esos días al profesor Maldonado, gran conversador, hombre rico por su familia, catedrático de la Facultad de Derecho y amigo de los buenos libros. Todas sus impresiones sobre don Miguel y de sus días inolvidables en Salamanca las escribió a su novia, su mujer hoy, en sucesivas cartas.

Cuando ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sintió don Manuel Gómez-Moreno una emoción especial. Lo estimó como un desquite para el que fué su director, don Juan Facundo Riaño.

Riaño le encomendó una empresa de magno aliento: el *Catálogo Monumental de España*. Al exponer don Juan Facundo su idea, en sesión de la Academia de Bellas Artes, recibió un voto de censura casi unánime.

—*Aquel acto de puritanismo coincidía con la llegada de un advenedizo para trabajar en investigaciones de arte.*

Después, don Manuel Gómez-Moreno logró la amistad de cuantos académicos se trataron con él.

EL ARTE PERDIO INTIMIDAD

Cambió el rumbo de la charla. En aquel pequeño y valioso museo es preciso, casi obligado, hablar de arte.

—*El mundo se uniforma. Ahora el aplauso ha de llegar desde los antipodas, para ser sonado. Y el pobre arte, aquella intimidad del rapsoda, que cantaba en el coro doméstico; aquellos fervores del imaginero; aquel desasimiento de un Donatello para su dinero y su trato; aquella generosidad sin gestos, todo pasó a la Historia. Se rompió el encanto de la firmeza en los ideales. Y el artista pugna por ser un engranaje de la máquina universal.*

Después de las palabras de don Manuel Gómez-Moreno, hemos guardado silencio.

Viene a la memoria, en tanto, la extensa e intensa bibliografía de este admirable y admirado maestro. Muchos de sus libros tratan de arte. Resulta en extremo difícil hacer la síntesis de su enorme labor científica. Sus obras se agotaron en su mayoría. El autor tiene en gran estima uno de ellos: *La novela de España*.

Próximo a salir a la pública lectura se encuentra una obra sobre *La Virgen en la escultura española*. Y en el campo arqueológico prepara desde hace tiempo sorpresas fundamentales, revolucionarias. Que don Manuel Gómez-Moreno perdone esta indiscreción.

—*No, no quiero publicidad alguna. Sé que muchos la desean. Yo, no. Sólo quiero que me dejen trabajar en paz los pocos o muchos años que me queden de vida. Soy lento, muy lento en mi*



Don Manuel Gómez-Moreno, en su despacho, con el autor de la entrevista aquí publicada

trabajo. Doy muchas vueltas a veces sobre lo escrito. Corrijo continuamente. Mis cuartillas van llenas de notas posteriores, de tachaduras y de añadidos. Me queda todavía mucha labor pendiente, y no sé si Dios me dará vida suficiente para terminar mi tarea.

SUS BALCONES, ABIERTOS A LA LUZ DE LA CASTELLANA

Actualmente vive don Manuel Gómez-Moreno en el paseo de la Castellana. Más precisos, diremos que en ese pedazo comprendido entre la estatua del general Martínez Campos, delicioso soldado gigante para que juegue un niño también gigante, y el monumento alzado a la memoria de la Reina Isabel la Católica y Colón. Su habitación de trabajo—la palabra despacho es en este caso tan pedante como imprecisa—tiene abiertos sus balcones a la luz del bello paseo madrileño.

—*Ya di muchos objetos y obras a los museos de Granada y Madrid. Parte de lo que quede dejaré como recuerdo a mi familia.*

Don Manuel Gómez-Moreno es de maneras sencillas, naturales. De pequeña estatura, recuerda un poco físicamente, por sus rasgos, por la viveza de sus ojos, a un don Pío Baroja sin boina. Pero es más ágil de movimientos que el novelista vasco. Tiene la sonrisa simpática y maliciosa, pero con malicia infantil. Su expresión oscila entre la ingenuidad y la ironía, pero siempre llena de encanto. Es agudo y chispeante.

—*Nosotros, los viejos, tenemos mucho que contar.*

Sí, tiene mucho que contar, pero siente la fascinación de su trabajo, que no le deja tiempo para más.

Se pasa el día trabajando, y es un ejemplo, como el mismo don

Pío, como don Ramón Menéndez Pidal, como don Julio Casares, que la edad no limita facultades ni acorta energías.

He ido varias veces a su casa, un poco ladrón de su tiempo, y siempre lo he encontrado en su tarea.

Como le recordara, en un momento de la charla su primera vocación truncada por la carrera de arquitecto, me dió la dimensión de su ironía en su respuesta:

—*Yo pediría al aprendiz de arquitecto que supiera componer versos buenos, y hacer «pajaricas» de varias clases y modelar una flor nueva o un tipo de animal nunca visto, e idear un lazo, como aquellos que a nuestros moros gustaban, o trazar una espiral a pulso.*

Cuando ahora queremos precisar un poco su semblanza escritural, esa actitud suya para huir siempre del bombo, de la máscara de la comedia, nos vienen al recuerdo estas palabras, pronunciadas en un momento de nuestra charla:

—*Hay una cosa que no la puedo pasar. Es el homenaje. He huido de ellos, me he negado a ellos. Y no es por humildad. Es sencillamente que la palabra homenaje me molesta más que el zumbido de un abejorro.*

Que don Manuel Gómez-Moreno, pedimos de nuevo, nos perdone la publicidad de estas charlas, de estas impresiones personales sobre él.

Antonio COVALEDA

(Fotografías de Mora.)

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA TERCERA REVOLUCION

Por **KARL STERN**

LA CONTROVERSI A

EN la época en que yo estudiaba Medicina teníamos dos clases de psiquiatría por semana. La psiquiatría era entonces una materia puramente médica. Me acuerdo que en nuestro programa semanal de conferencias la teníamos en «sandwich» entre «nariz, garganta y oídos» (de nueve a diez) y «cirugía» (de once a doce). Lo mismo que la otorrinolaringología, constituía el terreno de un solo profesor. Igualmente, la psiquiatría y la neurología formaban conjuntamente una sola especialidad.

Sin embargo, el mundo de la neurosis no pudo posteriormente encontrar un puesto entre la otorrinolaringología y la cirugía. Sus categorías no se compaginaban bien con las de la medicina tradicional; amor y odio, temor y esperanza, culpabilidad y libertad, son conceptos que desde hace siglos forman parte del vocabulario de los filósofos y de los teólogos. Todo esto constituye un terreno muy disputado. Filósofos y teólogos, que lo ocupan desde hace mucho tiempo, no quieren abandonarlo a los nuevos visitantes. Por otra parte, estos últimos piensan que los antiguos dominadores no tienen derecho a comportarse como dueños. Por ambas partes, también es cierto hay algunos que piensan la necesidad de buscar un «modus vivendi», pues estiman que la coexistencia es posible.

La controversia psiquiatría-religión nos agita tanto como la que apasionaba a nuestros abuelos sobre biología y religión. Es probablemente todavía más intensa, ya que es alimentada por periódicos y libros especializados y por conferencias y publicaciones populares. Constituye el tema de novelas y obras de teatro. Raramente pasa un día sin que médicos, estudiantes, enfermeras, pastores o sacerdotes vengan a preguntarme lo que yo pienso sobre todo esto. Muchos de ellos casi hacen de todo esto un problema personal. Seguramente ha sido el psicoanálisis el que ha originado la controversia. Pero es verdad que si es el psicoanálisis quien lo ha desencadenado, no es menos cierto que han obrado otras fuerzas también.

No se puede negar que el psicoanálisis representa en ciertos aspectos una de las amenazas más temibles para los valores religiosos. Al igual que durante el siglo pasado la controversia biología-religión no hubiese surgido sin Darwin, la controversia actual entre psiquiatría y religión no hubiese comenzado jamás sin Freud. Hay que reconocer que las teorías evolucionistas de Darwin no han tenido

HACE unos años Karl Stern atrajo la atención de todo el mundo con motivo de su conversión al catolicismo. La obra en que relata el proceso de su cambio de fe, ocurrido en momentos extremadamente dramáticos, sobre todo si se tiene en cuenta la persecución a que el autor era sometido debido a su origen judío, es conocida por los lectores de lengua española con el nombre de «El pilar de juego». Stern era un destacado psiquiatra, a quien la conmoción espiritual de su conversión no le ha impedido continuar sus estudios sobre lo que constituía su vocación profesional. Fruto de un esfuerzo por compaginar su nueva fe y sus estudios son el volumen que hoy resumimos, «La tercera revolución», donde Stern, dentro de una ortodoxia indiscutible y una seriedad científica total, aborda toda una serie de interesantísimos problemas que plantean las relaciones entre psiquiatría y religión, salvando todo lo que tiene de positivo el discutido psicoanálisis.

STERN (Karl). — LA TROISIEME REVOLUTION.—Editions du Seuil. París, 1955.

Karl Stern

LA TROISIÈME RÉVOLUTION

Essai sur
la psychanalyse
et la religion

Editions du Seuil

sobre el cristianismo la influencia que se les predijo hace cincuenta años. Pero con el psicoanálisis el problema es muy distinto. Ante los ojos de los profanos, las obras de Freud sobre psicología son, para una gran parte, pura y simple pornografía, y sus ensayos sobre religión, manuales de ateísmo. El creyente no puede impedirle pensar que todo esto tendrá una lamentable influencia sobre el cristianismo. La confusión se aumenta todavía más cuando pensadores religiosos autorizados, tanto católicos como protestantes, defienden el psicoanálisis en sus aspectos de teoría y terapéutica, mientras que en la Unión Soviética, donde el materialismo ateo es

la doctrina oficial, se prohíbe bajo todas sus formas.

La urgencia de la tarea que a este respecto se requiere no se oculta a nadie. Porque en verdad no podemos permanecer ociosos y esperar que las cosas se resuelvan por ellas solas. A medida que uno se familiariza con el psicoanálisis, más se penetra en la importancia considerable de sus descubrimientos y más se comprende que constituye una conmoción análoga a la que introdujo Galileo en la astronomía. Nuestra imagen del «mundo interior» no puede ser ya nunca la que era antes de 1894.

Por otra parte, somos testigos, particularmente en Norteamérica, de progresos fantásticos realizados en el dominio de las ciencias psicológicas y sociales. La importancia y la significación de los descubrimientos son tales que se puede hablar, sin exagerar, de una revolución. Es ésta la que, a falta de otro nombre mejor, llamaremos la revolución comtiana. Augusto Comte, en el siglo pasado, había planeado un mundo en donde la ciencia había hecho inútiles y vanas la revelación y la fe. La ciencia era para el filósofo francés esencialmente la ciencia del hombre, es decir, la psicología y la sociología; por lo tanto se puede decir que la revolución comtiana, la tercera revolución, la que prosigue el desarrollo de las fuerzas de deshumanización, superará ampliamente a las otras dos que le precedieron en nihilismo moral.

El hombre moderno se encuentra en una situación desesperada. Creyentes, sacerdotes, pastores y levitas, como en la parábola, siguen su camino indiferentes, mientras que el hombre moderno, cubierto de heridas y desesperado al borde de la carretera, recibe ayuda de cualquier transeúnte. Esta

negativa perezosa, señalada por muchos escritores cristianos, ha tenido resultados absolutamente desastrosos a principios de la revolución social del pasado siglo. El propio Papa Pío XI ha escrito que la gran tragedia del siglo XIX ha sido la pérdida por la Iglesia de las clases trabajadoras. Esperemos que no será demasiado tarde para que la tragedia del siglo XIX sea nuestra indiferencia ante la lucha desatada que se libra por la conquista del alma humana.

LA TERCERA REVOLUCION

Al terminar el estudio de las prácticas religiosas, Freud concluye que el sentimiento de culpabilidad se remonta a los primeros tiempos de la Humanidad y tiene su origen en algún crimen horrible prehistórico. La «horda de los hijos», que componía la Humanidad en su primera infancia, cometió, dice, el crimen de los crímenes: el asesinato del padre. Otros han demostrado ya que esta hipótesis no resiste a un análisis exacto de los hechos; pero lo que nos importa señalar aquí es que esta hipótesis haya sido emitida por un ateo del siglo XIX. Un auténtico positivista no habría desarrollado un cuadro de este estilo. Sus características no estaban de acuerdo con lenguaje de la ciencia. Quien conoce los panfletos antirreligiosos del siglo de las luces, comprenderá la originalidad de esta hipótesis. Toda esta historia de un crimen espantoso, que engendra la religión, suena muy mal en la boca de un sabio y un ateo.

Como todas las filosofías materialistas, el freudismo contiene ciertas contradicciones internas que le hacen escapar al materialismo integral. No se puede postular el primado absoluto de las tendencias instintivas ciegas sin hacer incomprensible la noción de sublimación, la cual, según Freud, como ha expresado repetidas veces, constituye la solución ideal del conflicto neurótico. Tomás Mann ha podido decir, con razón, que la teoría de la sublimación basta para colocar a Freud entre los grandes humanistas. Pero toda sublimación implica necesariamente un principio moral, el cual no lo puede proporcionar el sistema freudiano. Las obras de psicoanálisis describen el proceso de sublimación en términos mecanicistas; los tabúes sociales impiden a los individuos ceder inmediatamente a la presión de los instintos, su energía se canaliza y se pone al servicio de otra parte del individuo. Nadie puede creer jamás en la existencia de un mecanismo tan grosero. La propia noción de sublimación supone que intervenga otra cosa que este mecanismo. ¿Quién puede demostrar seriamente que si se funda una familia, si se adopta a unos huérfanos, si se cuida a los enfermos, si se construyen catedrales o se componen sinfonías es sólo por el rechazo de los instintos en su contacto con los tabúes sociales!

La tercera revolución no es ya un asunto que preocupe sólo a iniciados o especialistas. Es algo que casi ha conquistado al gran público. Sin embargo, ha perdido la grandeza de sus tiempos oscuros. Los psicoanalistas de hoy no se parecen ya a Freud más que los defensores de la filosofía racista se semejan a Nietzsche o a Gobineau. Se ha asociado con otras teorías, al igual que hizo la revolución biológica. El behaviorismo y la reflexiología de Pavlov le manifestaron hostilidad al principio, condenando su método intuitivo o simpático como anticientífico. Más tarde el psiquiatra se ha hecho cibernético. Pero Freud, al introducir una terminología psíquica, al hablar del «quantum» de energía libidinal que se desprende o que se almacena, se ha aproximado a los teóricos del hombre-máquina, y, por lo mismo, se ha puesto en fila entre los deterministas que tienen a la voluntad libre como una ilusión.

El psicoanálisis se ha encontrado con las ciencias sociales, que para dar un carácter científico a sus investigaciones se creen en la obligación de aplicar principios mecanicistas al estudio de las relaciones humanas.

SINTOMAS DE RENOVACION

Mucho de lo dicho anteriormente llevaría a creer que el psicoanálisis, totalmente unido a la filosofía personal de Freud, constituye un vasto movimiento nihilista de nuestra época, del cual es preferible no ocuparse. Toda tentativa para conciliarlo con una filosofía cristiana del hombre, dicen muchos, parece consagrada al fracaso. Y, sin embargo, sería muy nefasta una actitud puramente defensiva por nuestra parte. Después de haber criticado al

psicoanálisis, veamos lo que se puede salvar de ello.

Si la naturaleza intuitiva del conocimiento psicoanalítico, que no tiene nada de común con el conocimiento científico, no aparece inmediatamente, es porque el propio Freud ha presentado siempre sus descubrimientos con un revestimiento y un vocabulario que se lo habían prestado las ciencias naturales. Esta preocupación se explica, desde luego, porque Freud era un hijo del siglo XIX. Freud se formó en los laboratorios y en los servicios de neurología. Sus primeros trabajos los ocuparon los espasmos infantiles y la farmacología de la cocaína, problemas estrictamente científicos. Nada más natural, por lo tanto, que él y sus primeros discípulos empleasen un lenguaje de esta clase. Un gran número de explicaciones freudianas tienen un vocabulario recibido en préstamo de la física, particularmente de la termodinámica y de la biología. Hablar de cantidad de energía libidinal, que se libera, que es captada, sublimada y transformada, es hablar en físico o en químico, es expresar conceptos de fenómenos esencialmente preconceptuales. Sin embargo, las metáforas científicas de Freud no deben ser tomadas al pie de la letra. Como Karl Jaspers ha observado, erramos completamente si pensamos que la terminología científica basta para hacer al psicoanálisis una ciencia exacta análoga a la física o la química. En vano se buscará una cantidad de energía libidinal que se pueda expresar en un sistema de unidad adecuado. El amor y el odio, la alegría y la tristeza no se pueden medir.

El espíritu moderno ha establecido una jerarquía de realidades, en la que la física ocupa el primer puesto. La percepción menos fiel, frecuentemente engañadora, viene en segundo lugar, y la poesía, que no tiene más realidad que la de la fantasía y la del capricho, es relegada a último lugar. Pero no ocurre siempre así. Cuando Santo Tomás, por ejemplo, en su comentario del Evangelio, según San Juan, habla de la luz, pasa continuamente del plan sensible al plan espiritual, como si les concediese a los dos igual valor. Para todo espíritu familiar de la tradición platónica agustiniana y alimentado por el pensamiento tomista, este paso perpetuo de lo sensible a lo espiritual, lejos de llevar a la confusión es el único medio de dar una representación adecuada de lo real. Es curioso señalar que un filósofo de la naturaleza como Goethe, que no tenía nada de especulativo ni de teólogo, fué muy lejos en esta dirección. Al final de «Fausto», en el curso de una descripción poética de la visión bienaventurada, escribe: «Todo lo que pasa—No es más que analogía—Lo inaccesible—Es la realidad.»

El sueño de los enfermos, y más aún el lenguaje simbólico de los órganos, expresión de fenómenos psicósomáticos, parece indicar que el psicoanálisis ha redescubierto prácticamente la realidad del símbolo. Hemos visto que el psicoanálisis escapa, por diversos aspectos, a la influencia ma-

ESTA A LA VENTA EL NUMERO 43 DE

POESIA ESPAÑOLA

DONDE ENCONTRARA USTED LAS FIRMAS DE

Jesús Acacio, Carlos Barral, A. Cornide Ferrant, Julio Carlos Díaz Usandivaras, Manuel Fabeiro Gómez, Jaime Ferrán, Ramón de Garcíasol, Jaime Gil de Biedma, Jesús Hernández Mateos, Rafael Laffón, Luis López Anglada, Leopoldo de Luis, Generoso Medina, J. M. Rodríguez Méndez, Carlos Sahagún y Adriano del Valle.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS
Administración: Pinar, 5. Madrid

terialista y positivista de nuestra época y se hace heredero de una tradición judeocristiana y helénica. Promete la empatía a la dignidad del conocimiento (una forma fuertemente emparentada con el conocimiento por connaturalidad de Santo Tomás); postula, indiscutiblemente, la unidad psicofísica del hombre y restituye al símbolo un valor y una significación humanes. He aquí algo que explica por qué le hace sospechoso a los ojos de todas las filosofías materialistas.

El drama del psicoanálisis es el de ser hijo del siglo XIX y de permanecer preocupado por parecer científico, y para ser esto hay que proscibir deliberadamente toda realidad trascendente, es decir, todo lo que está más allá de lo sensible. Me acuerdo cómo nos apasionaban las conferencias de embriología. Teníamos un profesor que con extraordinario interés nos hacía seguir la historia de la forma humana. Aquel conjunto de células que se llama mórula tenía un sentido, porque el horizonte de su historia era el hombre. Un devenir sin finalidad es un monstruo. Y se llamaba entelequia a esa realidad de despliegue que no tenía más sentido que el término de su desarrollo. Pero la entelequia es un principio metafísico. Interrogarse sobre la razón que lleva a un objeto a aquel desarrollo es ir más allá de la ciencia.

Se puede pensar que la mayoría de los biólogos del siglo XIX habían aceptado el espíritu positivista de su tiempo. Lo que no explica por qué estudiaban las múltiples fases de la vida de un embrión. Si responden porque les interesa el conocer la manera cómo se forma el ser humano, traicionan, consciente o no, una inquietud de orden metafísico, pues les preocupa la noción de plan. Si el embriólogo del cuerpo pueda, sin dificultad, enmascarar los postulados de su investigación, no le ocurre lo mismo al embriólogo de la psique. Introducir en psicología la ontogénesis freudiana es abandonar el campo de la psicología experimental, con sus cronómetros, sus medidas y sus gráficos. Para comprender la evolución creadora de una forma, el embriólogo encontrará fácilmente un título para su búsqueda: de la célula primitiva al cuerpo humano. Pero ¿el hombre que escribe sobre el desarrollo de la persona cómo enmarcará todo esto?

Las resistencias a la teoría freudiana no proceden sólo de lo que ella tiene de sexual. Muchas gentes a las que no se las puede tachar de gacemñas manifiestan también esta resistencia. Todo hombre que sale de un mundo bañado por la luz racional para entrar en la noche de la sexualidad original, todo hombre que traspasa los horizontes transparentes del pensamiento lógico para penetrar en el dominio de la imaginación arcaica y somática, del mundo de las significaciones inteligibles y casi metafísicas de los poemas de Virgilio y de las «Fugas», de Bach, para considerar determinados temores ancestrales; en fin, todo hombre que entra en este mundo prelógico, después de haberse bañado en la luz de lo inteligible, se semeja a aquel prisionero liberado de Platón que volvió a la caverna: no ve nada.

Pero lo recíproco también es verdadero. Es necesario haber perdido hasta el recuerdo de la realidad inteligible para creer que la teoría freudiana expresa toda la naturaleza del hombre. La fantástica historia freudiana de una crisálida libidinal, no tiene sentido más que si se la relaciona con una imagen del hombre, que pertenece al dominio de lo real. Freud ha descrito admirablemente el desarrollo normal del narcisismo original al amor objetivo, es decir, de la propia personalidad a la del prójimo. El cristiano ha dado un paso más. Ha prestado una coherencia trascendente a esta historia. Dios da un significado último a la existencia humana. Volviendo a la alegoría de Platón, más allá de la caverna, más allá de los objetos que pasan y más allá del fuego está el sol eterno.

PSICOANALISIS Y VIDA ESPIRITUAL

El estudio de las neurosis lleva constantemente a la metafísica y los problemas que se plantean entonces no los puede eludir ningún psicoanalista. Está, como Freud, empeñado en la lucha, o, como Jung, lanzado a una experiencia gnóstica, o, como Adler, pendiente del problema del consciente y de la conciencia social, o se vea obligado, como tantos psicoanalistas disidentes, a introducir valores cul-

turales en sus teorías dinámicas iniciales, tienen que encontrar algo que trascienda al orden psicológico, porque la psique humana es un campo de fuerzas metafísicas.

Jung fué al principio un discípulo de Freud, pero muy pronto se alejó de su maestro, con el que rompió. Según las primeras teorías de Freud, el inconsciente no contiene más que fenómenos psíquicos reprimidos. Se le ha podido comparar a uno de esos desvanes en donde se guarda todo lo que no es necesario. La diferencia estriba en que los fenómenos reprimidos no se comportan como los viejos trastos y son vivientes. Son ruidosos y hasta se permite hacer apariciones inoportunas. Jung se convenció, a través de sus experiencias de terapeuta, que el inconsciente no contiene sólo material de represión, sino también elementos positivos, que la simple contención no basta explicar. Además de su función de censura, el inconsciente parece tener un papel creador.

Jung partió del hecho de que sus enfermos aportaban en sus sueños y divagaciones cuadros y expresiones que el principio de represión no podría explicar, y que tenían una extraordinaria semejanza con los temas y los símbolos de las grandes religiones, de las mitologías y de los folklores. Y es que, además de nuestro inconsciente individual, poseemos un inconsciente colectivo, almacén de imágenes arcaicas, legadas a cada uno de nosotros por la Humanidad. Este descubrimiento le permitió fundar a Jung una nueva escuela de psicoanálisis.

Los fenómenos religiosos representan un gran papel en el análisis de Jung, ante el cual la filosofía cristiana no puede permanecer independiente. Una doble tarea se nos ofrece: confrontar a Jung con su antiguo maestro, por una parte, y con la filosofía católica, por otra. Por extraño que esto parezca, los dos problemas están unidos y no pueden separarse.

La noción de los dos planes de realidad superpuesta es muy familiar al pensamiento cristiano. La tarea del psicoanálisis es la de ensanchar estos dos mundos. Es un trabajo largo y penoso y que requiere una perseverancia encarnizada. Son el mundo de la imaginación infantil y de las significaciones afectivas y el mundo del yo adulto.

Muchos se preguntan si las teorías de Jung pueden ser conciliadas con el pensamiento cristiano. Su escuela ha caído frecuentemente en el neognosticismo, que estaba de moda en Europa entre las dos guerras, y que se opone profundamente al pensamiento cristiano. Naturalmente, los intelectuales católicos se han mantenido apartados del movimiento. La idea de que la voz de Dios no se hace escuchar solamente en el dominio de lo consciente, podría encontrar una acogida favorable en ellos. Cuando San Pablo habla de que Dios en muchas ocasiones se ha dirigido a nuestros padres por la voz de nuestros profetas, se puede pensar que no alude sólo a la tradición hebraica. Se encuentra una prefiguración de la Encarnación en todos los pueblos, pero en el pueblo hebreo se muestra de una manera muy particular. El inconveniente de la mayor parte de los estudios de Jung es que no deja ningún sitio para la Gracia. Se puede decir que él no ha hecho más que agregar un piso al edificio freudiano, el del inconsciente colectivo.

MAS ALLA DE LA PSICOLOGIA

La controversia entre psiquiatría y religión nació del conflicto que se produjo entre ciertos descubrimientos psicológicos y la concepción cristiana del hombre. Posteriormente, la psiquiatría y las ciencias sociales están a punto de invadir el terreno de la vida diaria, cosa que no nos puede dejar indiferentes, sobre todo en una época en la que las relaciones del hombre con su trabajo le deshumaniza poco a poco. Si la tercera revolución debe triunfar, si la fe debe dejar su puesto a la ciencia, la psicología y la psiquiatría estarán destinadas a representar un papel capital. ¿Cuál será este?

La actitud del psicoanalista convertido en filósofo, su filosofía reductiva, su alegría cuando destruye, según cree, las ilusiones espiritualistas del hombre, no son nuevas. El propio Freud lo había observado ya e hizo una interpretación de estos hechos muy interesante. Se cita corrientemente sus estudios sobre los «insultos» que la humanidad había recibido desde su origen. Cuando la hostilidad

con respecto al psicoanálisis estaba en su cumbre. Freud explicó que esto no era más que una reacción del orgullo humano herido. No era la primera vez que esto ocurría. Primero se comenzó por expulsar al hombre del Cosmos geocéntrico. Esto era lo que Freud llamaba el insulto cósmico. Después se le dijo que sus obras más altas no son más que productos contingentes de su lucha por la vida. ¡El insulto biológico! Y, finalmente, se le quiso demostrar, al mismo tiempo, que desciende del mono, que su frágil razón obedece a las leyes que se le escapan.

Admitamos, como lo hemos hecho hasta ahora, que asistimos a una tercera revolución, cuyos efectos no serán menores de las dos primeras. ¿Qué tiene que hacer un cristiano? En primer lugar, comprobar que el hombre trata de resolver sus problemas sobre un plan exclusivamente natural. Nada existe que trascienda a las conclusiones de la ciencia. Pero el estudio del desarrollo de las ciencias muestra que éstas se aproximan progresivamente al hombre. Fué primero el materialismo dialéctico quien reveló el papel de lo social y de la economía en la persona humana. Los genéticos nos han revelado nuestros fundamentos biológicos y étnicos, y, finalmente, vinieron los psicólogos. Esta progresión continua tiene un sentido: todo pasa como si el materialismo filosófico, tratando de explicar al hombre a partir de lo que no es, se aproximase cada vez más a su ser verdadero.

Independientemente de cualquier otra cosa, hay que reconocer que estas revoluciones han deformado considerablemente la imagen del hombre según el Evangelio. Hay que tener cuidado con las impresiones engañosas, porque el orgullo espiritual del hombre es hoy quizá mayor que nunca. Las filosofías reductivas no lo han disminuido. Antes el hombre se inclinaba cuando se dirigía a Dios, como lo hace en la oración del ofertorio: «qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti», pero ahora se ha perdido en un mundo demasiado grande, en el que perora con fanfarronería. Hay muchas razones para pensar que nuestra soberbia no es más que silbidos en la noche para no tener miedo.

El psicoanálisis nos muestra un rostro desconcertante si se le mira bajo otros aspectos y descubre una orientación profunda hacia el espiritualismo auténtico. Consiste, como ya hemos indicado a lo largo de este libro, en postular que la psicología no tiene un objeto científico en el sentido específico del término. Si se quiere al psicoanálisis desembarazarle de su terminología mecanicista y de su barniz materialista y determinista, se convierte en, entonces, antes que nada, en una psicología del yo y del tú. Las relaciones entre éstos son misteriosas. En las ciencias naturales no es posible que dos objetos estén al mismo tiempo en un lugar. Pero el yo y el tú se interpenetran. Contrariamente a la relación del yo, y el ello, y el yo, y el él, la relación yo y tú se basa esencialmente en el amor. Se difuminan en la transparencia de la intuición, bajo los rayos convergentes de la caridad y de la razón. Los comunistas han comprendido mejor que nadie que el yo y el tú es incompatible con su yo-él. Han sido mucho más lógicos que nosotros. ¿Qué harían el yo y el tú en la colmena? La situación psicoanalítica no ha sido nunca tan estrecha como para que el amor y la libertad pueden establecerse allí. Es imposible bautizar al hombre de reflejos de Pavlov, al «robot» de la cibernética y de la sociopsicología. Pero la terapéutica del diálogo entre el yo y el tú no se puede desenvolver más que en el amor cristiano.

Por eso el psicoanálisis, frente a la opinión de muchos de sus representantes nos conduce a la filosofía de la persona. El psicoanálisis, desembarazado de su contexto filosófico, reducido a sus principios esenciales, marca un punto crucial en la historia de la psicología, y quizá incluso de la ciencia. Ha decaído la unidad rota de la persona. Nos ha presentado un psiquismo vivo, no pensado ni disecado, ni cuantificado, sino captado vivo en el seno de una intuición concreta. El sentido último nace de los sentidos. De las tinieblas de la carne (caro) surge la caridad (caritas). Una psique eminentemente humana nos ha sido restituida, en donde el amor y el odio se enraizan en lo más profundo de nuestro ser total y en donde son los polos y el centro. El diálogo humano es liberador, pero para nosotros los cristianos se funda en Dios.

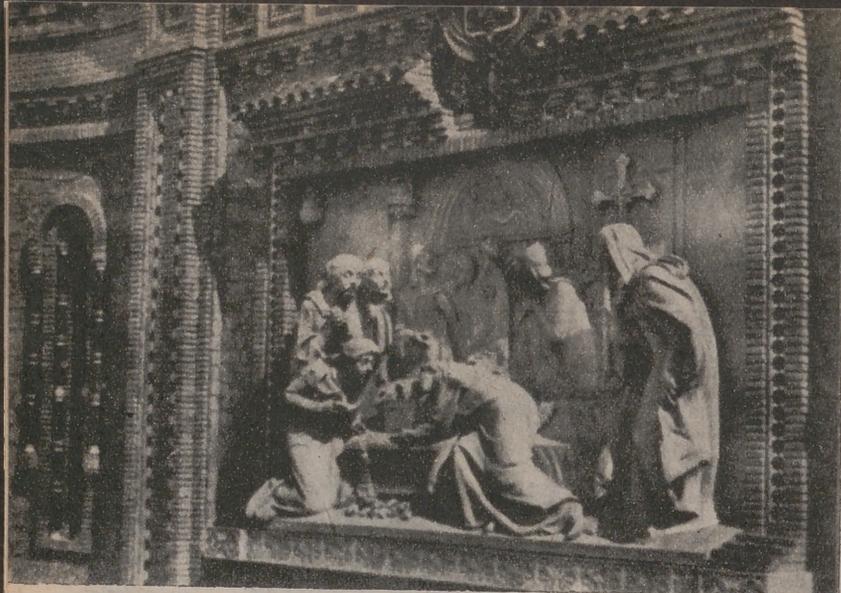


**Nueva
fuerza
vital!**

TONICO

«Bayer»

Complejo de hígado,
fósforo y vitaminas.
Estimula el apetito.



LOS AMANTES DE TERUEL VIVEN SOBRE LOS SIGLOS



«Oid, pueblo de Teruel, el romance de Don Diego e Isabel...»; así comienzan la representación de la tragedia representada estos días en aquella capital

POETAS Y ERUDITOS EN PUGNA SOBRE LA VERACIDAD DE LA LEYENDA

El artesanado de la
catedral y el testimonio
de los ríos

Los amores de Girolamo
y Salvestra

TERUEL. Dicen las crónicas: «... et los adalides et los mas sabidores de tal fecho subieron la muela et allí do es agora la plaza de mañá en el alba trovaron un bel toro et andaba una bella estrella sobre él» El toro y la estrella son los símbolos mágicos de esta ciudad. Y la magia o la historia crearon allí la honda aventura de Isabel de Segura y Diego Juan Martínez de Marcilla. Murieron de amor de la forma más simple y pura, sin necesidad de veneno o puñal, como los de Verona. La tragedia es inmensamente difícil, pues para componerla el destino prescindió de todo y se quedó a solas con ellos.

Tracemos rápidamente un esbozo. La provincia de Teruel ofrece múltiples rutas. Es sobria y grave. Azaila y Calaceite, una a la orilla del Aguas y otra a la del

Algas, primitivas, originadas en la piedra, obsesionadas con la idea de la muerte hecha asunto visible en sus monumentos funerarios. O bien Aliaga y Vilel, con sus naturales recuerdos de «el que en buena hora nació», la «Peña del Cid», el «Salto del Cid», la «Cueva del Cid». Y Albarracín, enricada y como gruñendo, con su catedral repleta de tesoros, entre los que se hallan aquellos siete tapices con la historia de Gedeón, debido a la mano de Francisco Geubels, de Bruselas, en el siglo XVI, y añadidos al tesoro albarracínense por el que fué su prelado don Vicente Roca de la Serena, en los primeros tiempos del siglo XVII. Y aun más. Mosqueruela, descanso y recreo de Don Jaime el Conquistador, con sus palacios de piedra grande y dorada. Mora de Rubielos, sepultura de don Juan Fernández de Heredia, bajo la torre de la anti-

gua colegiata. Esto es lo menos que se puede decir de Teruel, donde el Tajo nace, en la concavidad de un pino. Tierra exigua en el hablar y abundante en el hacer, se hizo inmortal con dos

amantes. Verdad o imaginación. Sea lo que fuere, Diego e Isabel están más vivos que sus posibles inventores que Hartzenbusch y que cuantos antes o después tuvieron algo que ver con su tragedia.

LOS QUE DICEN QUE SI

Resulta imposible reunir los elementos completos de la pugna. Dura, encarnizada, superándose a cada momento las razones y los argumentos, la discusión ha rebasado los límites de nuestras posibilidades, siendo propia de un libro. No obstante, hemos de señalar los principales fundamentos sobre los que unos y otros se apoyan, pergeñando así la emoción del diálogo en torno a la existencia de los amantes.

Mariano de Cavia lo daba todo por hecho. Su emoción sobre la tragedia, profunda y rauda, como la emoción de un gran periodista, gráfica y comparativa, queda señalada con sus propias palabras: «La leyenda me parece más interesante que la historia. Si fuese a Elsinor me impresionaría hondamente la terraza en donde nunca se le apareció la sombra regia y paternal a un Hamlet, que no existió jamás. En Verona me conmovió mucho la tumba de una Julieta, cuya existencia real no tomé en serio ningún crítico. En Teruel he visto más; he visto las momias de Diego e Isabel. En mi mismo pueblo vi de mozaibete, penetrado de sincera emoción, el calabozo de la Aljafería, en que estuvo preso el trovador Manrique, y eso que yo no podía dudar un punto que el trovador era una creación caprichosa de la fantasía de García Gutiérrez.»

Mariano de Cavia vió las momias. No se le ocurre, por un momento, que tales esqueletos fuesen una superchería. Como los argumentos de los imaginativos,

el argumento de Cavia es terrible. El vió las momias, las vió...

Transcurre el tiempo. Las conclusiones se suceden, los atestados aumentan, se rastrean las minucias, las olvidadas huellas de los archivos. Muchas veces la paleografía cede, falla, encuentra una laguna en sus razonamientos. Entonces entra en juego la psicología y la imaginación.

EL ARGUMENTO DE LA CATEDRAL

Parece ser que la catedral turolense, una de las joyas mejores del arte español, guarda un argumento convincente en pro de la verdad de los amantes. Su monumental artesonado no admite parangón. De él ha dicho un cronista que es «uno de los tesoros más admirables de nuestra antigüedad, uno de los restos más venerados de las artes aragonesas, quizá el más primoroso de nuestros poemas regionales». Y otro cronista lo describe de la siguiente forma: «Armadura de Artesón, con grandes tirantes sobre zapatas labradas, terminadas con cabezas hermosísimas de guerreros y reyes. Pintada con ornatos de carácter vegetal estilizado y con muchas figuras en escenas de caza, vida civil, etc. Obra gótico-mudéjar. Gótica, por el carácter de las zapatas, sobre todo en las cabezas esculpidas y escenas animadas. Mudéjar, por el carácter de la estructura de artesón con lazos y estrellas y por el carácter de los adornos vegetales»

El sacerdote turolense don Alberto López Polo, afirma que el artesonado es una obra de arte no superada ni, tal vez, igualada. Su gran autoridad en la materia ha deducido que representa unos sesenta años de la historia de Teruel. Y vamos a lo importante. Lo importante es la indagación del sacerdote mencionado líneas arriba, cuyo trabajo tiene como fin principal presentar una copiosa documentación correspondiente a los siglos XII al XVI, que hacen verosímil la tradición. A este propósito da a conocer detalladas genealogías de los linajes de los Marcillas, Seguras y Azagras principalmente de los que vivieron en los años 1217 e inmediatos, fechas en que fué vivida la tragedia amorosa. Los Martínez de Marcilla, linaje al que perteneció el amante, funda en el año 1355, en la entonces parroquia de Santa María, hoy catedral de Teruel, una capellanía que posee famosos e históricos Estatutos.

Pero la cumbre de estas investigaciones es el descubrimiento, por el reverendo don Alberto López Polo, en el artesonado de la catedral, de la escena suprema en la cámara nupcial de don Pedro Fernández de Azagra, hermano bastardo del entonces tercer señor de Albarracín. Además, algunos otros cuadros pintados en los frisos y zapatas del artesonado tienen, en la opinión del investigador, alguna relación con las familias y personajes de la tradición.

Añadimos por nuestra cuenta que las representaciones pictóricas que acompañan a las señaladas por el señor López Polo, son perfectamente verosímiles. En



La actriz Rosita Yarza y el actor José María Seoane en una escena del nuevo poema de los amantes de Teruel, de Clemente Pamplona y José María Belloch

una de ellas aparecen los castillos torreados y las cruces de Calatrava que se entienden como pertenecientes a los Heredias y Sánchez Muñoz, ricos hombres y notables de Teruel. Después, la figura de un rey, Alfonso II, y a su lado el famoso juez de Teruel, con su notario, llevando el libro de los Fueros. Y así infinidad de figuras, de escenas reales y de símbolos, todo ello fácilmente inteligible desde el ángulo histórico.

LA ÚLTIMA APORTACION AFIRMATIVA

La investigación a que nos hemos referido comienza afirmando que la iglesia de San Pedro, de Teruel, en donde ocurrió la muerte de Isabel de Segura, existía en

los años 1196, 1212 y 1220. Nos presenta los cabezas o fundadores de los linajes protagonistas del drama, a partir de finales del siglo XII, con una concatenación detallada de las generaciones de los mismos, durante varios años, apareciendo unidas esas familias por lazos sociales, particularmente los Azagra y los Segura, en el año 1219, esto es, dos años después de ocurrir el famoso desenlace.

En los Marcilla, que los sigue minuciosamente durante varios siglos a través de documentos procedentes de varios archivos eclesiásticos, nos descubre una capellanía —a la que hemos hecho referencia—, y que andando el tiempo fué —según dijimos también— lo que hoy es catedral



Doña Isabel muere de amor sobre el cadáver de Don Diego



La casa de don Diego Marcilla, en la calle de los Amantes, convertida en museo

de Teruel. En sus Estatutos se dice que las armas o blasón de este linaje es un escudo fajado de seis bandas horizontales de iguales dimensiones, tres blancas y tres bermejas.

Los fundadores de la capellania son los hermanos don García, don Martín y doña Elfa Martínez de Marcilla. Don Martín estuvo casado con doña Catalina Sánchez de los Sánchez Muñoz, barones de Escriche, lo que obliga, poco tiempo después, a que aparezcan en escena los Marcilla como patronos de la capellania y a la vez como señores de la baronía de Escriche, que detentan por varios siglos, contribuyendo esto a fomentar las discordias y las disensiones entre las dos principales familias. Discordias que aparecen ya en documentos de 1323 en Teruel y que, más de una vez, dieron lugar a efusiones de sangre en diversos lugares de la ciudad.

Los Estatutos de la capellania establecen que si andando el tiempo alguno de sus patronos no los cumple bien o no administra conforme a regla, un tribunal arbitral, formado y nombrado por el linaje fundador, tiene potestad para destituir al patrono y señalar otro.

En el año 1413, 23 de marzo, es nombrado juez arbitral, para dirimir una de estas cuestiones, don Martín Martínez de Marcilla, alias «de Aranda», que haba mandado una compañía de soldados aragoneses durante la celebración del compromiso de Caspe, para su protección. Este don Martín Martínez de Marcilla, escudero y capitán, era sobrino de don Pedro Fernández de Aranda, padre del venerable don Francisco de Aranda, que vivía en Teruel, en la calle de los ricos-hombres, en casa limítrofe con la de su tío, casa que sabemos era lo que hoy

es edificio de la Diputación Provincial.

La casa de don Martín de Marcilla limitaba con dos v.as públicas, como ahora el solar sobre el cual debió estar edificada. Esa casa ha sido conocida tradicionalmente como la casa del amante Marcilla, y todo esto es documento minucioso.

La posesión de la baronía de Escriche por los Martínez de Marcilla, ocasionó un grave y ruidoso pleito en la Real Audiencia de Zaragoza, y es entonces cuando este famoso Tribunal cita a comparecer a su presencia, en 1536, a personajes principales entre los Marcilla, que residen en Zaragoza, Calatayud, Cariñena y Teruel. Es de notar que en los años de 1511 y 1566 vive en Calatayud el poeta Antonio Serón, que da a conocer en ese año de 1566 su «Silva a Cintia», poema en que describe los amores del Sánchez Marcilla y Segura en Teruel, calificando a este suceso de «antigüedad remota».

El señor López Polo supone que Serón recibió de viva voz el suceso de quienes lógicamente llama Sánchez Marcilla. Da este nombre al Amante.

Acabemos esta breve síntesis. En el capítulo VIII de su trabajo, titulado «El Arte al servicio de la Historia», nos habla de la escena particularmente gráfica a la que nos hemos referido al hablar del artesanado de la catedral.

UNA APORTACION NEGATIVA

No podía faltar en esta pugnantísima la autoridad inducida de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Menéndez y Pelayo se decide por la leyenda, no dudando en afirmar que la pretendida historia de los amores de Marcilla y Segura no es otra cosa «que una derivación de la novela de Boccaccio Girolamo y Salvestra, la cual procedencia—dice—es hoy incuestionable y está plenamente demostrada, sin que valga en contra al tradición local de la que no se encuentra vestigio antes de la segunda mitad del siglo XVI, tradición que ya en 1619 impug-

naba el cronista Blasco de Lanuza y que intentó reforzar con documentos apócrifos el escribano poeta Juan Yagüe de Salas. El «papel de letra muy antigua» que él certifica haber copiado y llevar por título «Historia de los amores de Diego Juan Martínez de Marcilla e Isabel de Segura, año 1217», es ficción suya, poniendo en prosa, que ni siquiera tiene barniz de antigua, excepto el principio, lo mismo que antes había contado en su fastidioso poema en el año 1616. No negamos la existencia, ni siquiera es metafísicamente imposible que la realidad haya coincidido con la poesía, pero sería algún fundamento más serio que los que Antillón deshizo con crítica inexorable.»

Para que nuestros lectores formen su juicio, transcribimos la anécdota de Girolamo y Salvestra, los amantes aducidos por Menéndez y Pelayo.

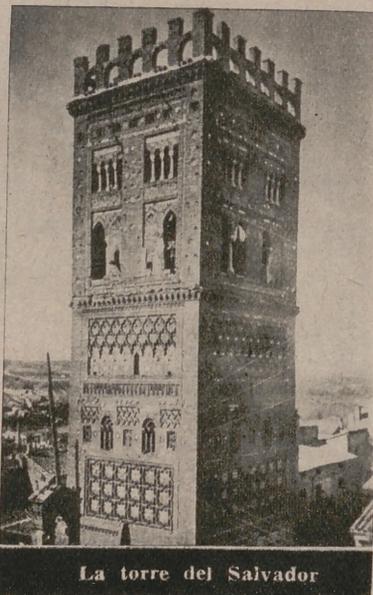
Girolamo y Salvestra se criaban juntos en Florencia. Se aman desde niños. El es rico, y ella hija de un artesano. La madre del joven, para separarlo de la niña, lo envía a París por dos años. A la vuelta halla a Salvestra casada. El joven, enamorado, se introduce un día hasta la cámara del matrimonio, y al descubrir dormido al esposo de su amada, puesta la mano sobre el pecho de Salvestra le declara quién es y le reprocha dulcemente su olvido. La joven, espantada, ruega a Girolamo que se retire. Este, sintiéndose morir de angustia, le ruega, como último favor, le permita reposar un momento a su lado, pues estaba vestido de frío. Girolamo se reclina en el lecho donde muere ahogado por la congoja.

Momentos después sorprendida Salvestra de la quietud y silencio de su amante, le habla para que se levante. Al no responderle, pone su mano sobre el rostro de Girolamo, advirtiendo que está nelado. Despierta a su esposo. Le enterra de lo que ocurre y el marido responde que es necesario llevar el cadáver a la puerta de su casa y, secretamente, dejarlo allí. Así lo hicieron. A la mañana siguiente, el cuerpo del mancebo fué conducido a la iglesia. Mientras se celebraban las exequias llega Salvestra al templo. «Alla giovane che tãrdi era divenuta pietosa piacque, si come a colui che morto desideraba di veder colui a cui vivo non aveva voluto d'un sol bacio piacere.»

A la vista del muerto, resucita el antiguo amor de Salvestra. Lanza un grito, se arroja sobre el cuerpo de Girolamo y muere. Los presentes piden que ambos sean sepultados juntos. «El loro li quali amor vivi non aveva potuto congiangere, la morte coiuns? con inseparabile compagna.»

VARIACIONES SOBRE LA ANECDOTA DE BOCCACCIO

Harzenbusch y Fernández Guerra creen que el famoso suceso de los amantes de Teruel pudo muy bien llegar a oídos de Boccaccio y éste lo aprovechó en su libro compuesto en la mitad del siglo XIV. Por otra par-



La torre del Salvador

te, parece inverosímil que un hecho tan profundamente singular, ocurrido en España, escapara a los poetas y literatos de nuestra patria, y éstos, al cabo de dos siglos, fueran a inspirarse en la obra de un autor extranjero y tuvieran la fortuna de hallar la ciudad española donde se había desarrollado la tragedia, siendo así que ningún autor contemporáneo hable de él ni haya trazas auténticas de su existencia en el mismo Teruel.

Ya hemos dicho que la obra de Boccaccio se publicó al mediar el XVI. Según afirmaciones de la crítica y de los comentaristas, la primera obra literaria española, de fecha cierta, que se conoce y trata de los amantes es la de Bartolomé Villalba, vecino de Jérica, titulada «El peregrino curioso y grandezas de España», escrita o terminada en 1517. Además la influencia literaria de España en Italia—continúan afirmando los comentaristas—no existía, como señaló oportunamente el señor Cotarelo, ni en el XIV, ni en el XV, ni en la primera mitad del XVI, sino al contrario, pues tras la conquista de Nápoles por Alfonso V de Aragón, en el año 1424, cincuenta años después de la muerte de Boccaccio, sí hubo influencia literaria de los italianos sobre los españoles, que, como Micer Francisco Imperial, el marqués de Santillana, Juan de Mena y algunos más adoptaron la pauta italiana.

Existen dos documentos en Teruel que han venido sirviendo de base a la afirmación de que los amantes vivieron y murieron en la ciudad. Uno de ellos ha sido identificado como apócrifo. El otro es una memoria relativa a las diversas traslaciones que habían sufrido las momias de los amantes, y principalmente de su descubrimiento. En dicha ocasión mosén Ortiz y mosén Miguel Sanz cavaron al pie del altar de la capilla de San Cosme y San Damián, en la iglesia de San Pedro, y hallaron en un hueco como de sepulcro dos cajones de madera, y en cada uno un cadáver momificado, y dentro de uno de los cajones («un pergamino o papel» que se pudo leer y que le decía: «Este es Diego Juan Martínez de Mansilla (sic), que murió enamorado.» El otro cajón contenía otro cuerpo, momificado también, y, al parecer, de mujer, que, según dicha relación, no podía dudarse era de Isabel de Segura.

Cotarelo observó, no obstante, que dicho documento es un papel sencillo, sin indicación de sitio en que se halla la escritura de copia, y de letra moderna.

Estos datos, transcritos casi literalmente, dan una idea del embrollo de la pugna y del interés que tan bello y trágico suceso ha llevado consigo.

«LO NORMAL ES MORIR DE AMOR»

Sea lo que fuere, gane, al final, la leyenda o la historia, crujan y se amontonan los datos eruditos, Isabel de Segura y Diego Marcella viven, sobre todo, en el anhelo de las gentes. Secretamente unos y otros desean con toda el alma que los amantes hayan existido. Así, pues, ya exis-

ten. ¿Qué mayor argumento que anhelarlos? Surgen y surgen, con increíble abundancia, las disquisiciones y las preguntas en torno al amoroso hecho. Los seres humanos, ¿pueden morir de amor? Insistimos en el rasgo característico, maravilloso, que define la tragedia de los amantes de Teruel. Su muerte no va precedida del menor augurio, no es lógica, ni siquiera previsible. Se desploman de una forma brutal, por voluntad propia, sin intervención de los dioses. En el aspecto dramático es la muerte menos clásica que existe. Por lo menos en el instante supremo de su muerte, que es también el instante de su inmortalidad.

Don Gregorio Marañón respondía así no hace mucho a un periodista que le planteó la cuestión: «Lo normal es morir de amor. Pero ocurre que no es frecuente ni fácil hallar al hombre-hombre ni a la mujer-mujer. Lo normal es casi lo anormal. La realidad nos ofrece como normal lo que no es sino mixtificación. Lo híbrido rodea el contorno de lo cotidiano.»

DIEZ MIL ESPECTADORES DE LA TRAGEDIA DE DIEGO E ISABEL

¿Teruel es la Verona de España o Verona es el Teruel de los italianos? La duda persiste, a través de los siglos. Sin embargo, hace poco una misión turolense recorría los lugares que el inmortal dramaturgo de Stratford hizo vivir a sus héroes. Y la unión de las dos ciudades quedaba sellada en las palabras de José María Belloch. Belloch es el juez municipal, un valenciano inquieto y vivaz que, gracias a las facilidades del Alcalde, señor Gella, y de las autoridades se ha sacado de la manga estas fiestas del centenario de los amantes. Estos días ha estado sometido a duras pruebas, a punto de perder su oronda silueta de hombre feliz y afortunado. Pero Belloch es un faquir y detrás de su socarronería apuntan el cerebro organizador y la mente del hombre de letras. Clemente Pamplona ha sido su colaborador entrañable y eficaz. También ha pasado lo suyo, mas tampoco se asusta por nada. Entre los dos han ofrecido a Teruel un espectáculo soberbio, incomparable. Una nueva versión del poema de «Los amantes». En lucha contra las lógicas dificultades derivadas de un ambiente en que nunca se habían llevado a



Vista parcial de Teruel

cabo empresas de tal envergadura. Imaginábamos la lucha, viniendo desde Madrid. Confirmamos nuestros pronósticos sobre el terreno. Pero Teruel bien lo vale y lo merece. Es curioso comprobar cómo responden nuestros viejos pueblos y ciudades a estos llamamientos que se les hacen. Todos los cálculos de asistencia fueron aquí rebasados con amplitud. Han venido millares de personas en trenes, en coches y autobuses. Teruel tiene 15.000 habitantes. Pues bien; 10.000 han acudido al lugar de la representación durante las tres noches en que el poema subió al improvisado escenario al aire libre.

Se explica. El teatro moribundo se asoma de nuevo al agora y las multitudes toman parte en la jugada. Vuelve a ser como era en un principio. Las cosas no tienen más que un camino. Además se rinde culto a una celosa tradición. En la iglesia de San Pedro reposan las momias de Isabel de Segura y Diego Marcella. Y en la lápida de la escalinata que da acceso a la ciudad se ha derramado una lluvia finísima de pétalos de flor blanca, con la ofrenda de los poetas. Fué Federico Muelas el que habló de que estas son las cosas que sólo pueden comprender precisamente los poetas y el pueblo. Las leyendas encuentran siempre un amplio eco en el corazón de las masas. Y son los juglares quienes las difunden para la perpetuidad con su interpretación imaginativa. Federico, espíritu sutil, orador infatigable y sugestivo, sabe bien de que va, como se dice ahora. La lástima es que no haya olvidado antes lo que había que hacer. En Verona nos obligan a depositar unas tarjetas sobre la tumba de una Julieta que no existió. En la casa de Isabel, la turolense enamorada, donde desean instalar un Museo de los Amantes, nos han servido jarritas de vino y productos comestibles del país. No es el vino ni el jamón o los reboflones—esos hongos que constituyen un bocado de dioses— lo que le van. Pero todo se arreglará. Y si no, al tiempo. La renovación está emprendida.

TEATRO Y REALIDAD EN LA PLAZA DEL SEMINARIO

Teatro y realidad fundidos, en la plaza del Seminario, ante los

muros recién terminados, sobre aquellos que conocieron tantas horas de sangre y de dolor. Todavía palpita entre ellos la sombra del padre Polanco, obispo mártir que se negó a abandonar la ciudad mientras quedase en ella una sola de sus ovejas. En frente, la torre de San Martín, ligeramente inclinada sobre su base y desde la cual los gemelos del teniente coronel Barba atisbaban impacientes el horizonte, esperando ver entrar a las fuerzas salvadoras. Horizonte que es hoy una hermosa capa de luz, desenvuelta en mil verdes magníficos, sombra y vergel, en contraste con la otra parte de la ciudad, la de los montes huraños y pelados y las casas, rojizas que se divisan a través de los arcos. Junto a unos minúsculos cipreses, la Cruz de los Caídos. Y cerrando el recinto por un lado el Palacio de Archivos y Bibliotecas, y por el otro un Grupo Escolar de tono moderno, pero que no rompen la armonía. En el ensayo, como suele ocurrir siempre, son pocas las cosas que funcionan. Ha descargado una de esas tormentas rimbombantes, como es costumbre en esta época. No hace mella en nadie. Apenas lo han sentido las instalaciones microfónicas. Pamplona sube a lo alto de la torre y baja muy contento para anunciar que ya no lloverá. Muchos miran a las nubes con gesto interrogante. Eduardo García Martoto carga con la responsabilidad directiva. Está enfermo. Con cuarenta de fiebre y un sombrero de agua, el abrigo bien ceñido, el libro en una mano, pegado a una silla en la plataforma, parece un director de película del Oeste. Se le nota que ayudó a los de «Alejandro Magno». Un jugador se niega a salir y es uno de los autores el que lee el romance de Muelas. Voces, gritos, instrucciones, todo forma una curiosa mezcla, que ha venido a turbar la paz que respira Teruel. José María Seoane va de un sitio a otro, cambia de emplazamiento unos escudos, se desvive por el éxito. No es sólo un comediante entregado a su papel, sino un hombre consciente de las alturas que las cosas nece-

sariamente han de tener. Y la noche se echa encima mientras el grupo de Coros y Danzas, que viene de actuar en la plaza de toros, aun tiene tiempo de improvisar una jota bailada con brío, que provoca clamores de admiración.

Viene la noche. Y con ella la luna. Una luna redonda y cálida, que desde el limpio cielo azul se une a la conmemoración para darle un aire aun más romántico. Rostros ancianos, que han conocido muchas vicisitudes, se unen a las caras jóvenes que van a asistir a algo nuevo para ellas. Todos miran con un anhelo contenido. Poco a poco los corazones laten al ritmo de las estampas sucesivas del poema. Son los padres de Diego e Isabel los que discuten, y el pueblo, que baila y escucha romances en la plaza, el que pasa a cumplir su función de coro en la línea de tragedia clásica. Y de pronto, las luces se encienden en la torre, y los gritos de los centinelas atruenan el espacio. Por el arco de la Andaquilla llega con su caballo el ardiente doncel que combatió durante cinco años en las tierras valencianas. Cruza por entre el público —tres mil quinientas personas apretujadas en la plaza— cuando ya ha desfilado el cortejo nupcial de la ilusionada doncella, un prodigio de composición y de vistosidad. Estalla la primera ovación. La «Schola Cantorum» de los franciscanos y la polifónica de Castellón ponen el contrapunto suave y melancólico, siempre apropiado, de sus intervenciones. Ahora, en la cámara de don Pedro de Azagra, el esposo infortunado, Rosita Yarza, excelente de finura, de expresión, y con una belleza y una elegancia que hacen suspirar al auditorio, se enfrenta con su delicada situación. Secane, arrodillado sobre la escalinata, da vida a uno de los más bellos monólogos que nos ha dado el teatro español contemporáneo. Una y otra vez se pregunta por quién doblan las campanas, las campanas de Teruel, que le han mentido. Y las campanas tocan de verdad con un acento suave y lejano a la vez como si acompañaran el vuelo

de una alondra o el paso de algo inmaterial.

TRESCIENTAS PERSONAS EN UN TAPIZ DE CINE-MASCOPE

El guión se desarrolla con hábil técnica cinematográfica. No hay fisuras. Todo funciona automáticamente, pero con el pulso seguro de quien detrás mueve los hilos sin dejar ni uno suelto. La escenografía de Luis Gorriaz accapla los motivos de la obra al ambiente natural, sin forzar ni una sola situación. Don Diego entra en la cámara de su amada y allí muere cuando ella le niega el beso con el que ha soñado tanto. Y el cuadro del funeral levanta una tempestad de aplausos, como pocas veces hemos oído. Es una culminación de sabios y fecundos esfuerzos. Trescientas personas componen un tapiz de verdadero cinemascope, en el que nada falta ni sobra. Isabel, scánambula, con el sollozo lastimero a flor de piel, se acerca al cadáver y al besarlo muere también. Y las notas del «Requiem» se pierden en el aire fino de septiembre, como fondo de la comitiva portadora de aquellos cuerpos que vinieron a constituir la expresión de la pureza. Las lanzas, los escudos y las antorchas encendidas son elementos grandiosos de este final conmovedor. Y el triunfo sobreviene redondo, definitivo. Todos sus artifices aparecen aún desmadejados pálidos, ante los focos. La pareja de actores —matrimonio de felices enamorados, también con su romance de todos los días— han dado cima a una de las más brillantes incorporaciones de su carrera. Y la multitud hecha lenguas se desparrama sobre la ciudad arrebatada por la fuerza que emana de la tragedia, expuesta con un aire moderno, lejos ya de las antañonas versiones de Hartzensbusch y otros autores. Un triunfo total.

Pero no sólo un triunfo escénico. Se trata del triunfo de una ciudad entera, que el día de mañana, como en Olesa y en tantos lugares, puede ser ella misma la protagonista del tema imperecedero. Como fué protagonista de otras gestas inolvidables. Porque lo que importa es haber vibrado en pleno siglo XX con un suceso del siglo XIII. Ahora ya se sabe, señor Heminway, por quién doblan las campanas. No es necesaria su interrogación. Las campanas de Teruel —como en 1937—, aunque usted no lo crea, doblan a amor. Nada más y nada menos. Porque nacieron para eso. Decir Teruel es decir también amor. Y por su gloria han repicado ante 1000 personas durante tres noches de luna llena, como pregoneras lenguas de esperanza, las broncíneas campanas de Teruel.

Campanas heroicas de Teruel, hechas lágrimas y fuego, con un dulce llorar para el futuro, en los sonoros versos de Adriano del Valle:

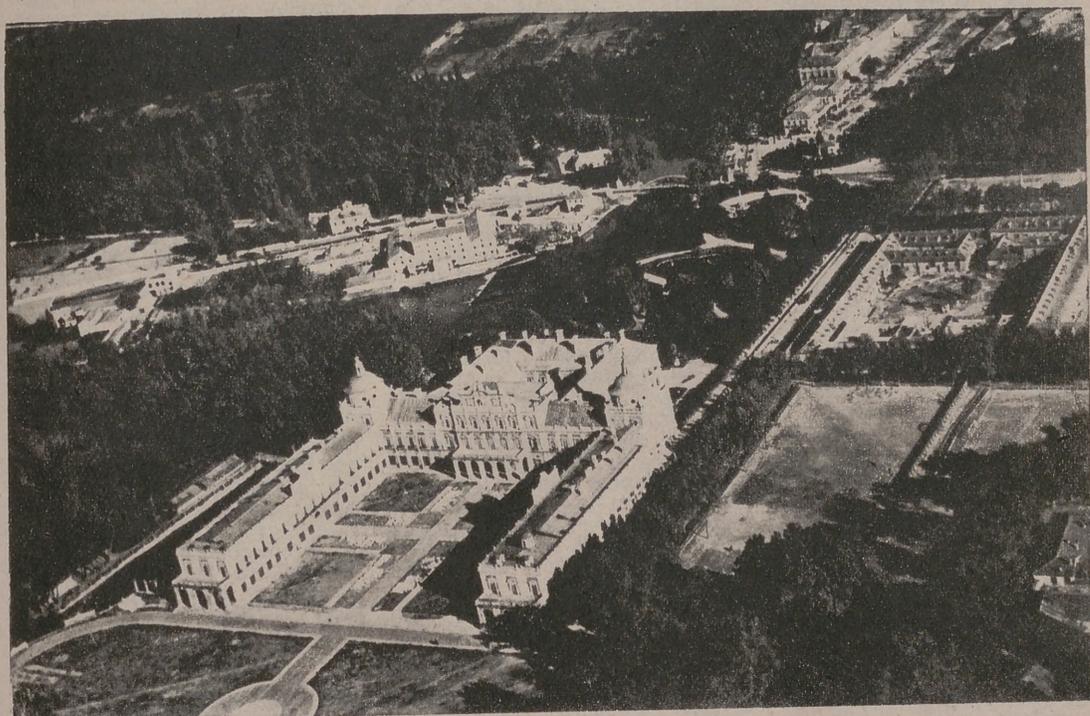
*El tiempo clama al fin vuestra
[elegía
y esa dulce elegía tiene un eco:
el graznido que el cuervo al aire
[fia
y en el aire letal encuentra hueco.*

Carlos Luis ALVAREZ y
Jesús VASALLO



El Gobernador Civil, señor Peña Royo, don Angel B. Sanz y los poetas Federico Muelas y Salvador Pérez Valiente ofreciendo flores ante las urnas donde se guardan las momias de los amantes de Teruel

ARANJUEZ ES COMO UN OASIS



Un milagro sobre la seca llanura parda

ALGO MAS QUE PALACIOS Y JARDINES: CAMPOS Y FABRICAS

Espárragos, fresas, antibióticos y otras cosas más

LOS MELONES DE VILLACONEJOS SE CRIAN AQUI

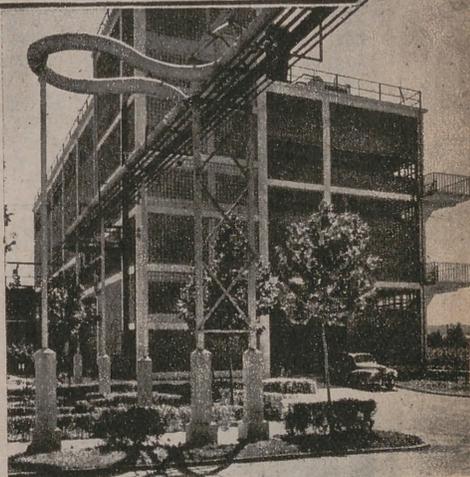
SI nos fiamos de la edición francesa del «Baedeker» correspondiente a 1900, a principios de siglo Aranjuez era una «petite ville insignificante», con 9.837 habitantes, que podía visitarse, llevando prisa, en tres o cuatro horas. Tiempo suficiente para ver todo lo que merecía una mirada del turista: los jardines, la Casa del Labrador y el Palacio Real, donde, según acaba de revelar Agustín G. de Amezúa, en un reciente artículo, Godoy le atizó a la Reina María Luisa una bofetada, «que no pasó a la Historia», en ocasión de ir ambos paseando emparejados, a espaldas de Carlos IV, discutiendo acaloradamente de sus cosas.

Hoy, ni Aranjuez es una pequeña ciudad insignificante, ni bastan para conocerlo tan pocas horas. Y, por otro lado, tampoco la asociación de ideas que su nombre provoca puede limitarse a sólo el recuerdo de los espárragos y las fresas.

ALGO MAS QUE PALACIOS Y JARDINES: CAMPO Y FABRICAS

Desde la carretera, alcanzada la corona de la cuesta de la Reina, Aranjuez aparece como un oasis en medio de una estepa, como una esmeralda incrustada en una bandeja de cobre, como un milagro del agua sobre la seca llanura parda, sobre el aire seco y agudo, sobre el sol ardiente y seco de la meseta central. Pues aunque Azorín, al comentar el libro de Xavier de Winthuyssen, dedicado a los jardines de España, se doliese de «las patrañas y leyendas de la España árida, de la España desierto», la verdad es que, por desgracia, no abundan en nuestra geografía los lugares como Aranjuez. Y aun en el término municipal de este oasis, suma tres veces más la superficie de secano que la de regadío.

De los 9.837 habitantes de



Dos paisajes en contraste del actual Aranjuez. Arriba, el palacio; abajo, la fábrica de penicilina. Características de un pueblo que apunta hacia el futuro

1900, pasó Aranjuez a contar 13.535 en el censo de 1920, y rondará ahora, de hecho, los 35.000. Este gran aumento de población debe tener como causa fundamental el notable cambio operado, sobre todo a partir de los últimos quince años, en la economía del antiguo Real Sitio. Aranjuez, que era agrícola, que vivía del campo, empezó entonces a ser también industrial. Y ahora, según parece, tantos brazos encuentran trabajo en sus fábricas como en sus tierras.

Pese a tal cambio, la ciudad conserva su aspecto tradicional. Sigue siendo una población de calles rectas, alamedas umbrosas y amplias plazas, en la que se mezclan líneas clásicas que recuerdan la época de los Austrias, perfiles afrancesados y románticos que mantienen vivo el espíritu burgués, progresista e inquieto del siglo XIX, y matices locales por los que se adivina la proximidad de la región manchega.

ESPARRAGOS Y FRESAS, CIRUELAS Y TABACO. — LOS MELONES DE VILLACONEJOS SON DE ARANJUEZ

Manuel García Moreno, Jefe de la Hermandad de Labradores y presidente de su Cooperativa Agrícola, conoce muy bien la situación general, los pormenores y los problemas del campo de Aranjuez. Y como el tema le interesa y tiene fácil la palabra, nos ahorra casi todas las preguntas. Coge el hilo a la primera y desenreda toda la madeja.

—Aranjuez tiene unas 18.500 hectáreas de terreno cultivable. De ellas, 5.000 de vega, de regadío. En el secano se siembran cereales sobre todo. En el regadío, patata, remolacha y, en general, productos hortícolas... Tienen fama, como todo el mundo sabe, los espárragos y las fresas de Aranjuez. Pero aun siendo ambos dos cultivos muy importantes de nuestra vega, no queda todo reducido a ellos, como se demuestra por estas cifras que voy a darle. De fresa y fresón se obtiene una cosecha anual de 220.000 kilos. Y la ciruela claudia arroja una cifra tres veces mayor; aproximadamente, unos 600.000 kilos.

No sé, amigo lector, a qué se deberá el fenómeno, pero ocurre siempre que detrás de las ciruelas andan los murcianos. Y detrás de los murcianos, los ingleses. A mis paisanos, a los labradores de Nalda—pueblo riojano, próximo a Logroño, sobre la vega del Iregua, donde se dan las mejores ciruelas claudias de España, al menos para nuestro gusto—les he oído contar que grupos de ocupadores murcianos adquirirían la cosecha de ciruelas y la exportaban luego a

Inglaterra. Y por lo que me dice García Moreno, resulta que las ciruelas de Aranjuez siguen el mismo camino. Terminan, enviadas por los activos murcianos, en Londres.

—El resto de la cosecha de fruta, en todas sus variedades, alcanzará seguramente la cifra de un millón de kilos. O quizá más... Ahora, desde hace cuatro años, se planta tabaco y, pese a ser un cultivo nuevo, la cosecha de la campaña actual puede cifrarse en unos 70.000 kilos. Es tabaco rubio, de la clase llamada Burley. Y se da muy bien en Aranjuez. En cantidad y en calidad...

Uno, que es fumador, al oír esto de la calidad, se siente animado por una esperanza. Pero la ilusión se desvanece inmediatamente. Por bueno que sea el tabaco rubio de Aranjuez, llegará a nuestros labios en forma y sabor de «Bisontes». Así que, a otra cosa. Que, además, nos aguarda una sorpresa. Esta:

—Los célebres melones de Villaconejos son de Aranjuez—nos revela Manuel García Moreno—. Los «conejeros», los de Villaconejos, no tienen apenas término, y vienen aquí, a Aranjuez, a cultivar «sus» melones en aparceira.

NUNCA HAY PARO.—LAS VENTAJAS DE LA COOPERATIVA. — EL ASCENSO DEL TABACO

Hay campos—vaya como ejemplo los latifundios dedicados al monocultivo en el Sur—cuya riqueza muy difícilmente puede lograr una proyección social favorable a los jornaleros. Y hay tierras, y por regla general sucede en las de regadío, donde tal proyección se consigue fácilmente. Va, por decirlo así, implícita en el sistema. Aranjuez no es una excepción.

—Aquí—afirma García Moreno—no hay paro. Ni en invierno. Se pagan, además, jornales altos. Y muchos se vienen de Toledo sobre todo, a trabajar en nuestras tierras.

Por este lado, pues, no hay problema. Y muchos de los que aparecen comúnmente por el otro—obtención de abonos, venta y precios de los productos, etc...—están resueltos, en Aranjuez por la Cooperativa Agrícola, que preside García Moreno. Y de la que habla con visible y legítima satisfacción.

—Todo lo hacemos a través de la Cooperativa. Desde la trilla, hasta la compra de los abonos. Tenemos instalados para la venta de nuestros productos cuatro puestos: dos en el mercado de aquí y dos en el de Legazpi, en Madrid. Con ellos podemos prescindir de los asentadores. La ventaja que obtenemos es clara. El asentador se suele llevar un 10 por 100 del precio de venta, y cobra, además, una peseta por bulto, en concepto de gastos de envases. La Cooperativa retira solamente una comisión del 8 por 100, y no cobra nada por los envases. La suma formada por esta comisión atiende a los gastos de la Cooperativa, y cubiertos éstos, el resto revierte por modos distintos, entre ellos, por los retornos cooperativos, en beneficio de los agricultores. Si todos los labradores operaran del mismo modo, la reducción y la vigilancia de los precios sería mucho más fácil.

Le pregunto si hay fábricas de conservas o de preparados análogos derivados inmediatamente de los productos agrícolas, porque Aranjuez, a ojo de profano, parece lugar muy apropiado para el establecimiento de industrias de este tipo. Pero resulta que este capítulo del desarrollo industrial de Aranjuez está aún por escribir.

—Ahora hay una Sociedad, la Sociedad Pita, que elabora productos alimenticios a base de maíz. Y por ella ha aumentado mucho aquí el cultivo de maíces híbridos.

En conjunto, como se deduce de este repaso general, la situación del campo en Aranjuez es buena. No digo inmejorable, porque todo puede mejorarse. Y porque quedan algunos puntos que los agricultores de esta zona desearían, ver resueltos de modo más favorable a sus intereses. Vaya por vía de ejemplo, el caso del tabaco. Ocurre, según explican, que existe una clasificación de zonas para este cultivo y una escala de precios que paga más el tabaco obtenido en las zonas declaradas de primera o superior categoría. No cuenta entre ellas Aranjuez, que hasta ahora, como diría un aficionado al fútbol, juega en Segunda División, por lo que a este cultivo se refiere. Y lo que quieren los cultivadores es que su tabaco, el tabaco de Aranjuez, «suba» a la Primera División, que, según ellos, y puede que lleven razón, le sobran méritos de calidad para el ascenso.

BUEN NIVEL DE VIDA— TAMBIEN AQUI FALTAN CASAS

Por la riqueza de su campo, de la que ya hemos hablado, y por la prosperidad de su industria, de la que hablaremos luego, Aranjuez disfruta, en general, de un buen nivel de vida. El secreto, como saben todos, es sencillo. Se resume en una fórmula de muy fácil enunciación y menos fácil logro: buenos salarios y precios bajos.

—Con decirle—me dicen para ponderar la buena vida de Aranjuez—que hay quien tiene su trabajo en Madrid y prefiere ir y

Las calles de Aranjuez son para las bicicletas; casi todos los trabajadores la emplean para sus desplazamientos



volver todos los días a dejar de vivir aquí, está dicho todo.

Esto es posible, claro está, por la poca distancia que separa ambas ciudades y por la facilidad con que puede uno trasladarse de una a otra. Circunstancias, dicho sea de paso, que permite a algunos habitantes de Aranjuez vender diariamente en la capital unos cuantos kilos de carne buena y fresca. Que también, por lo que aseguran, tiene fama de ser de excelente clase, desde aquellos días de escasez en los que el hallazgo de unos filetes justificaba un viaje.

Paseando sin rumbo fijo por Aranjuez, se percibe pronto un pormenor que confirma, al menos como indicio, lo que hemos escrito sobre el nivel de vida del Real Sitio. Es éste: la considerable cantidad de bicicletas que circulan por sus calles. Obreros, guardias rurales, oficinistas, muchachos, pasan pedaleando. Llegan al bar, o a su casa, en bicicleta, y dejan su escueto vehículo apoyado en una pared, en una farola, en el bordillo de la acera. Cruza un entierro, a juzgar por las apariencias, de un obrero. Y, por lo menos uno de cada tres hombres de los que siguen a pie el lento avance del coche fúnebre, lleva de la mano una bicicleta.

También se ven—¡cómo no!—muchas motos. De variadas formas y tamaños, todas con ese aspecto genérico de monstruosos y trepidantes insectos metálicos que tienen los vehículos de menos de cuatro ruedas. Taxis, en cambio, hay pocos. Trece solamente, según Pedro Carrascosa, un moreno y fornido conductor del gremio.

—Y viejos ya. Hemos solicitado coches nuevos. Pero hasta ahora... nada. ¿No podría usted decir algo para que nos los concedieran?

Le he respondido:

—¡Hombre, yo no puedo hacer más que recordarlo!

Realmente, no creo que pueda atribuirse a este asunto categoría de problema. Los taxis de Aranjuez andan aún lejos de alcanzar ese sorprendente grado de longevidad que consiguen algunos taxis madrileños.

No. Por aquí no apunta problema alguno en Aranjuez. En Aranjuez, si nos referimos a la situación general de la ciudad, el problema es otro. Es, amigo, el problema de nuestros días: el de la vivienda. Pero tengo la sospecha de que el que más y el que menos ya ha oído hablar algo de este asunto, y ha leído más de dos frases dedicadas a él. Así que, para no reiterar, dado que el caso de las casas tiene un planteamiento y una solución análogos en todos los sitios, diré solamente que en Aranjuez existe, poco más o menos, y salvo que yo haya tomado mal la cifra, un déficit de unas mil viviendas. Me refiero, naturalmente, a las necesidades más urgentes. Que en octubre, la Organización Sindical entregará más de doscientas, ya adjudicadas por sorteo, y continuará luego desarrollando su plan de construcciones. Y que las Empresas industriales más importantes de Aranjuez edifican

también en beneficio de sus obreros.

CADA DOMINGO, UNA FERIA.—ARANJUEZ, JARDIN DE MADRID Y PLAZA DE CERCANIAS

Tengo para mí, que muy raro será el ciudadano de la capital de España, y no digo el madrileño, porque esta especie sí que abunda poco, que un domingo, un día de fiesta, o una tarde cualquiera, no se haya plantado en Aranjuez—en el coche propio, en el de unos amigos o encomendándose a los servicios de las líneas de autobuses o la Renfe—a comer, a merendar o simplemente a tomarse unas cañas en La Rana Verde o Las Delicias, ponga por casos de sitios archiconocidos. Y de paso, a hacer una miaja de turismo, y a dar una vuelta por los jardines, escenario estupendo para el animado diálogo de un grupo de amigos y para la mezcla de monólogos de una pareja de enamorados.

Más de cinco mil personas acuden todos los domingos a este jardín de Madrid que es Aranjuez. No tiene, pues, nada de extraño que los habitantes del Real Sitio, al hablar de este tema, lancen, posiblemente sin proponérselo, una frase que resulta un «slogan» estupendo, que parece el fruto de muchas horas de meditación y estrujamiento de sesos de una reunión de técnicos de la propaganda. La frase que canta la animación de Aranjuez, según la he oído de labios de Piñés, activo Secretario de la Delegación Comarcal de Sindicatos, es ésta:

—En Aranjuez, cada domingo es una feria.

El día grande de Aranjuez, su festividad más sonada, es el día de San Fernando. En él, y los tres días de feria—el 4, 5 y 6 de septiembre—el centro y la medulla de los festejos son las corridas de toros. Que, afortunadamente, ni aquí ni en ningún trozo de España, a la hora de organizar una feria, pesan más los hábiles regates de Di Stéfano que los pases escalofriantes del Litri o del Chamaco.

Tiene Aranjuez una placita pequeña por el tamaño y grande por su historia. Porque a ella, en sus ferias, y a veces fuera de ellas, atraídos por su condición de plaza de cercanías, de antesala de la Monumental de Ma-

drid, con buena parte de su público, pero sin su responsabilidad, acuden todos los años los toreros de más cartel. Y tras ellos, una caravana interminable de coches, en los que llega a la plaza de toros de Aranjuez la afición de la capital que puede permitirse ese lujo. Y año hubo en que una corrida de Aranjuez pasó a la historia del toreo, por marcar un hito—de madurez y plenitud—en la historia torera de Manolete.

INDUSTRIAS CON ASPECTO DE JARDINES—EN M. A. F. E., DONDE SE TRABAJA A OSCURAS

El desarrollo industrial no ha alterado el dibujo ni los colores de la estampa de Aranjuez. La industria, como si rezasen con ella esas curiosas leyes de mimetismo que deciden el aspecto de ciertos animales y algunas plantas, ha adquirido aquí perfiles y maticos de cosa agraria, aspecto de jardín. Y puede decirse sin faltar a la verdad que la reunión de seis grandes conjuntos industriales—la Azucarera, Experiencias Industriales, Colas y Gelatinas, Sociedad General Cables Eléctricos, Manufacturas Fotográficas Españolas y la Compañía Española de la Penicilina Antibióticos—no ha macado a Aranjuez con esas feas cicatrices que dejajn en la cara de las ciudades los barrios fabriles.

En Aranjuez, las altas chimeneas de las fábricas se pierden en el verde horizonte que forman las copas de los árboles, y ante el fondo tupido de sus ramas adoptan un extraño aire vegetal, por el que se dirian esbeltos troncos de palmeras desmochadas. Y las naves donde se alojan los talleres, los edificios donde vive repartido cada conjunto industrial, se refugian, en algún caso, tras las tapias enrejadas de una antigua finca de recreo. Y aceptan, en los demás, la compañía sedante de los árboles, el adorno multicolor de las flores.

Sí; hay industrias, y éste es el caso de Manufacturas Fotográficas Españolas (M. A. F. E.), cuyo aspecto exterior es el de un extenso jardín, en el que se alzan, entre árboles, setos y paseos, varios edificios de líneas sencillas y colores claros.

De noche estas terrazas es tan animadissimas, Aranjuez está en el justo equilibrio entre ciudad industrial y agrícola



M. A. F. E. ocupa a las afueras de Aranjuez, en la orilla izquierda del Tajo, los terrenos donde estuvieron en tiempos unos Estudios cinematográficos. De manera que, a fin de cuentas, el lugar sigue presidido por el signo de las películas. Antes, para rodarlas. Ahora, para fabricar las cintas donde quedará recogida la larga serie de escenas y gestos de cada film. Y también, rollos para máquinas fotográficas. Y placas para radiografías.

Visitamos las instalaciones, acompañados por dos de los ingenieros que gobiernan M. A. F. E., don Federico Gomis y don Jose Maria Bosch. Este último, con cara y aspecto de joven estudioso, se encarga de explicar las etapas o fases principales del proceso de fabricación de una película. Como no quiero, mientras pueda evitarlo, poner en boca de nadie errores o tonterías, quede claro, de aquí en adelante, que la responsabilidad de cualquier desatino que pueda aparecer en las versiones que doy de las explicaciones de los ingenieros me corresponde exclusivamente a mí. Y adelante.

La fabricación de una película, a grandes rasgos, comienza por la elaboración de un «soporte». Este «soporte» es, en suma, una película sin capa sensible, un celuloide transparente, en blanco. Algo así como un cuerpo sin alma, o un cráneo vacío, incapaz de ideas y recuerdos. Luego de preparar adecuadamente una de sus superficies, se extiende sobre ella una capa de una emulsión. Esta capa es la parte sensible imprescindible. El alma o los sesos, siguiendo la comparación anterior. Por último, la capa sensible recibe una superficie de protección, de modo que viene a quedar aprisionada entre ésta y el «soporte», como una loncha de jamón en un «sandwich».

Abundan mucho en esta fábrica las dependencias pintadas de blanco, porque aquí, como en los sanatorios, la limpieza es una condición general de la que no se puede prescindir. Otra peculiaridad de esta industria es que, desde el momento en que el «so-

porte» pasa a la fase en la que recibirá la emulsión sensible, hay que trabajar, naturalmente, a oscuras, con sólo el levisísimo resplandor de unas lucecitas rojas.

En M. A. F. E. trabajan tres ingenieros, siete químicos y doscientos noventa obreros.

LA COMPAÑIA DE LA PENICILINA, EJEMPLO DE LA CAPACIDAD INDUSTRIAL ESPAÑOLA

Hace ahora unos seis años, la Compañía Española de la Penicilina y Antibióticos buscaba un terreno donde situar las instalaciones precisas para la producción de penicilina y estreptomocina. Los tres hombres clave de la Empresa, don Antonio Robert, don Antonio Gallego y don José Luis Mas, decidieron que el lugar más conveniente era Aranjuez. Por su proximidad a Madrid, por sus buenas comunicaciones y porque allí los ríos Tajo y Jarama aseguraban el considerable consumo de agua necesario para la fabricación de ambos antibióticos.

Visitar ahora, al cabo sólo de seis años, este conjunto industrial, es aleccionador. Y estimulante. ¿Quién puede, después de ver esto, tener una idea peyorativa de la capacidad española para montar rápida y perfectamente una industria de este género y esta importancia? Y me hago esta pregunta, porque tengo entendido que cuando, a la por el año 1949, el Ministerio de Industria y Comercio convocó un concurso para nacionalizar la fabricación de la penicilina, hubo algún laboratorio importante, de los que luego se han colocado frente a esta Compañía concesionaria en la reciente disputa sobre los precios del antibiótico, que no se presentó a tal convocatoria, que se abstuvo, según parece, por considerar que no era posible la fabricación de penicilina en España. Y, desde luego, volviendo la espalda a los intereses superiores de la nación, y calculando solamente por el prin-

cipio del lucro mercantil, más cómodo de resultar imponer el producto en bruto y limitarse a envasarlo, que echarle talento y trabajo al asunto, y fabricarlo de la cruz a la fecha, del hongo al botellín, como lo hacen unos ingenieros, unos técnicos y unos obreros españoles en la Compañía Española de la Penicilina.

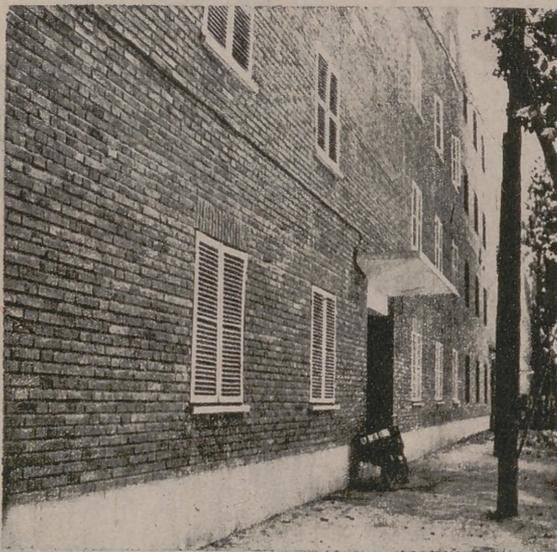
La fábrica de penicilina y estreptomocina de Aranjuez merece, ella sola, todo un reportaje. Vayan como datos significativos, ante la falta de espacio para hacer una descripción detallada y total, estos botones de muestra:

1) Del pabellón de obtención de estreptomocina, inaugurado en septiembre del año pasado por el doctor Waskman, descubridor de este antibiótico, es hoy, así como suena, la instalación más moderna y mejor montada de todo el mundo, en su género.

2) Los técnicos españoles acaban de inventar una mejora en una fase de la obtención de la estreptomocina, que reduce en una cifra extraordinaria el coste de producción.

3) También han inventado para recuperar un disolvente, caro en el mercado español, utilizado en el proceso de obtención de la penicilina, una instalación —una airosa torre de recuperación, muy fotogénica, como casi toda la fábrica—, con la que se recupera el 90 por 100 del tal disolvente.

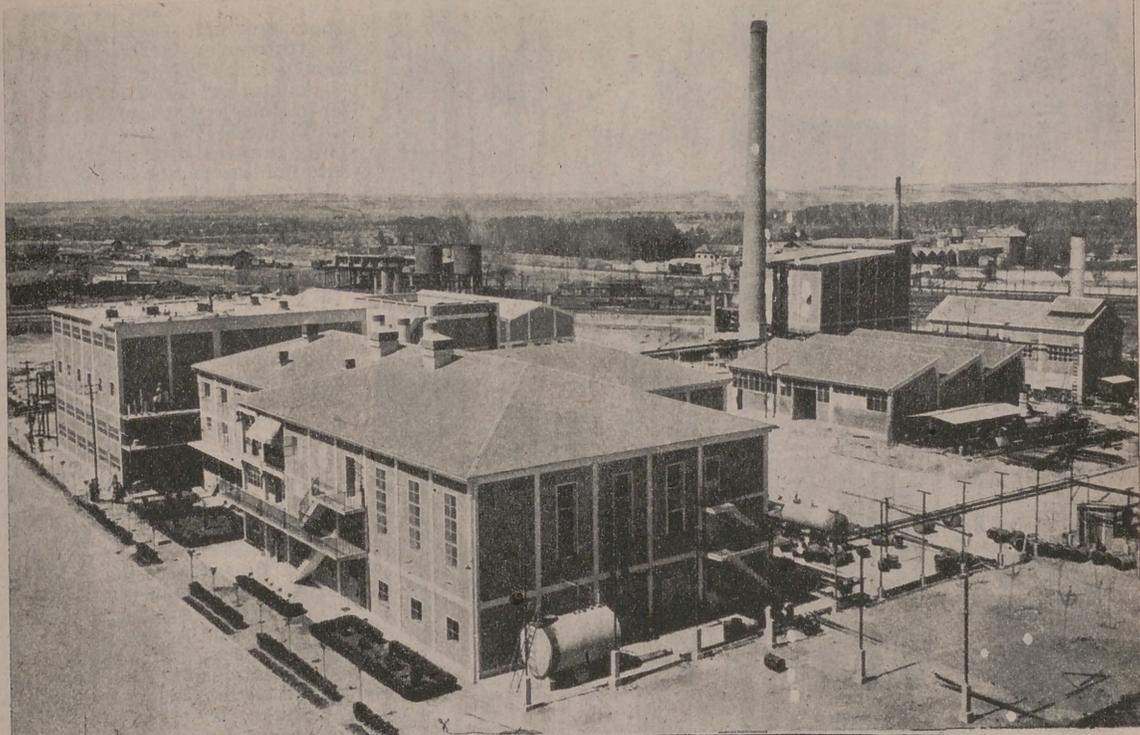
Destaco estos datos para dedicárselos, como puntos de meditación, a aquellos lectores que tuviesen la idea equivocada de imaginar que esta Empresa española, que hoy podrá seguramente atender la totalidad de la demanda española de ambos antibióticos, produce la penicilina y la estreptomocina sin conocimiento ni ciencia suficiente para mejorar el procedimiento de fabricación que le comunicara, en su día, la solvente y famosa firma extranjera que le autorizó a lanzar tales productos, avalados por su nombre, mundialmente conocido.



Grupo de viviendas para obreros de Experiencias Industriales



Aspecto de la nueva barriada que construye la C. N. S.



Vista general de la fábrica de penicilina de Aranjuez

MEDIO MILLON DE ROSAS. — CASAS GRATIS PARA OBREROS. — PEQUEÑA BIOGRAFIA DE DOS ANTIBIOTICOS.—LA PENICILINA «V»

La Compañía Española de la Penicilina tiene dos sedes: una, la de Aranjuez; otra, la de Madrid. La de Aranjuez es todo un pequeño mundo en el que conviven 22 técnicos—ingenieros, bacteriólogos, químicos, peritos industriales—y 290 obreros. Y, fiel al peculiar aspecto externo de las industrias establecidas en el Real Sitio, aparece delimitada por unas alambradas tensas y rectas por las que trepan millares de rosales. En la primavera se abren sus capullos y todo el recinto de la fábrica queda envuelto por la franja multicolor de medio millón de rosas, que parecen pregonar la finalidad pacífica de los esfuerzos y el talento de la población de este pequeño mundo.

En las instalaciones situadas en Madrid, habitadas por un número muy similar de técnicos y

obrerros, la limpieza y orden perfecto son idénticos. Faltan las rosas, pero, amigo, Madrid no es Aranjuez. En ambos sitios, en Madrid y en Aranjuez, la conducta de la Empresa para con sus obreros se ajusta a las mismas normas de apoyo, consideración y trato humano y justo.

Paseando por la fábrica de Aranjuez, don José Luis Mas me pone al tanto de algunas obras sociales de la Empresa. Me indica una fila de bellas casitas de ladrillo, amplias, de dos plantas, con un jardincillo o patio en la parte posterior.

—Es un grupo de 48 viviendas habitadas por obreros de la fábrica. No pagan nada de alquiler ni de entrada. Y el consumo de luz y de agua, hasta un determinado tope, les resulta gratis. Tenemos hecha, en ese campo que se divisa tras este bloque, la cimentación de un nuevo grupo.

Y refiriéndose a los laboratorios y secciones de la Casa en Madrid, añade:

—Allí hasta ahora no hemos

hecho casas; pero en compensación damos de comer a los obreros por una peseta. ¿Le asombra? ¡Pues mayor sorpresa le produciría ver el menú! Vaya un día, pruébelo y verá.

Don José Luis Mas, un hombre joven, rotundo de figura y amable de carácter, es, como ya he dicho, uno de los tres hombres clave de la Empresa, uno de los «tres grandes» de la Compañía. Cada uno de ellos tiene, según mis noticias, un campo de acción propio, aunque, por supuesto, conjuntan perfectamente sus esfuerzos y actúan en estrecha y leal colaboración. Don Antonio Robert, ingeniero industrial, es, valga la expresión, el cerebro financiero del grupo, el hombre organizador que sabe cómo canalizar el capital para convertirlo en industria próspera. Don Antonio Gallego, doctor en Medicina y catedrático, es el científico, el hombre de laboratorio, el investigador del grupo. Y, por último, Mas, ingeniero industrial, es el realizador, el técnico general.

De las explicaciones del doctor Gallego—alto, delgado, abierto de carácter y franco de expresión—y de las suyas he sacado esta pequeña biografía de la penicilina y la estreptomocina: se selecciona una raza de hongos productores y se sumerge en un medio de cultivo, líquido, de maceración de maíz, para la penicilina; harina de soja, para la estreptomocina. En el medio de cultivo se multiplican rápidamente los hongos. Posteriormente, por procedimientos químicos y físicos, se obtienen la penicilina y la estreptomocina «en bruto» y queda un residuo de materia formado por la masa de los hongos.

Aquí termina la vida en Aranjuez de los dos antibióticos. «En bruto» son enviados a las insta-

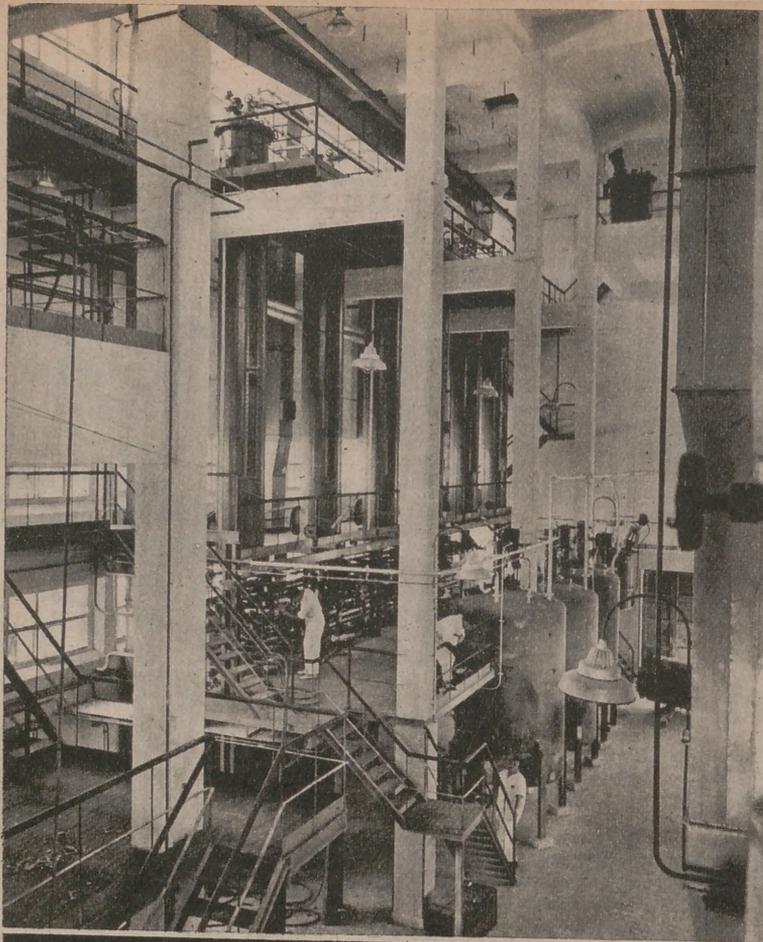
POESIA ESPAÑOLA

publica en su número 43

ELEGIA DE MIS MUERTOS

Por: Generoso MEDINA

(Del libro inédito "Deslumbramiento", Premio Nacional de Poesía Uruguaya.)



La torre de extracción de estreptomina inaugurada hace un año

laciones de la Empresa en Madrid. Y en Madrid les llega su penúltima hora. Son purificados y envasados. No queda más que el último viaje, el que harán. Dios sabe dónde, pasando de una seringüilla de inyecciones al cuerpo de un enfermo.

Pero no termina aquí todo. Quedan algunos capítulos que añadir a la biografía, para completarla con la peripecia de los que podríamos llamar «parientes próximos». Me refiero a la masa residual de hongos que sobró en el proceso de fabricación. ¿Que ocurre luego con ella?

Hasta ahora no puedo dar una respuesta completa a la pregunta. Sé lo que está empezando a pasar. No sé aun lo que pasará en definitiva. Lo que está empezando a pasar es, ni más ni menos, que el doctor Gallego anda con sus colaboradores experimentando sus posibles aplicaciones a la alimentación animal y la cura de algunas enfermedades de las plantas, de alguna plaga del campo.

Un último dato: además de la

estreptomina y la penicilina, llamada «G», en Aranjuez se producirá una variante de la penicilina ácidorresistente y, por tanto, susceptible de aplicación por vía oral: la penicilina «V».

EXPERIENCIAS INDUSTRIALES.—¡AGUA, AGUA!

Salir de la fábrica de antibióticos y entrar en los talleres de experiencias industriales es cambiar totalmente de tema. Es penetrar en el reino de la mecánica de precisión y la técnica eléctrica más depurada.

—Queda aun gente en Aranjuez—me dice don José Borus, ingeniero director de Experiencias—que llama a esta Casa la fábrica de explosivos, recordando con ello que en tiempos de la guerra de Africa existía aquí una fábrica de tal género, en la que se producían bombas de aviación; pero hace ya mucho tiempo que ese nombre carece de fundamento.

Y efectivamente, amigo lector, don José Borus y la fábrica de Experiencias Industriales llevan ya muchos años en Aranjuez. El, desde el año 22, y la Empresa debe ser una de las dos industrias más antiguas de lugar. La decana es la Azucarera. Y él, o mucho me

equivoco el decano de todos los ingenieros que tienen su puesto de trabajo en Aranjuez. Al menos, a todos los demás les he oído hablar de don José Borus con el mismo respetuoso cariño que si lo fuera.

Es también una industria grande. Por las personas que emplea, siete ingenieros y medio millar de obreros, y por la calidad, la cantidad y la importancia de su producción: equipos de direcciones de tiro para baterías de costa y antiaéreas; torres de mandos para navíos de guerra; equipos de control de motores para locomotoras eléctricas, trolebuses y tranvías; reflectores de costa...

En suma, algo tan complicado y tan exacto, que yo, incapaz de arreglar un simple enchufe y de poner unos «plomos», no puedo intentar describir de ninguna manera. Y no porque don José Borus haya escatimado las explicaciones.

Una de las necesidades principales de esta industria es la mano de obra especializada. Experiencias Industriales ha resuelto este problema gracias a la Escuela de Formación Profesional que tienen establecida los jesuitas en Aranjuez. De este vivero de futuros obreros excelentes, los muchachos pasan a los talleres de Experiencias y en ellos acaban de ponerse a punto.

¿Será necesario decir que esta Empresa es un modelo de organización? ¿Habrà que repetir una vez más la historia verdadera de las viviendas que una Empresa construye para sus obreros?

Y vamos con la despedida.

EL SIMBOLO Y EL EJEMPLO DE ARANJUEZ

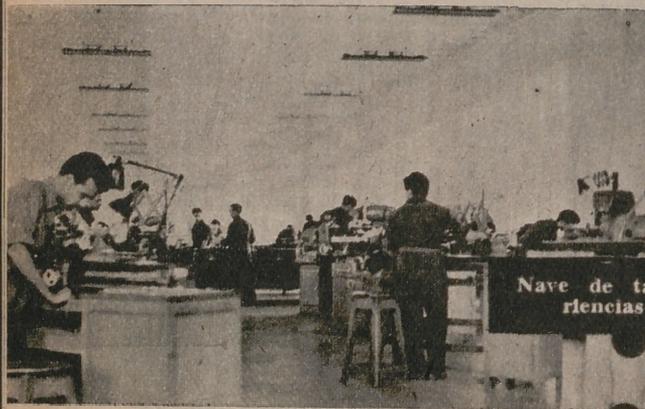
No mentía, como habrás podido observar, amigo lector, al decir que hoy no se puede visitar Aranjuez en tres o cuatro horas. Calcula por lo narrado, teniendo en cuenta que no hemos visitado otras tres industrias—Colas y Gelatinas, la Azucarera y Cables—y que hemos prescindido de los jardines y los palacios, y verás.

Aranjuez tiene hoy, para cualquier lector que sienta amor y preocupación sinceros por España, y, por lo tanto, para cualquier lector de EL ESPAÑOL, un valor de símbolo extraordinario. Aranjuez puede ser muy bien el símbolo perfecto del porvenir que todos deseamos para nuestra Patria, y lo es por el ejemplar equilibrio de su agricultura y su industria. Y por la calidad y el rendimiento de ambas.

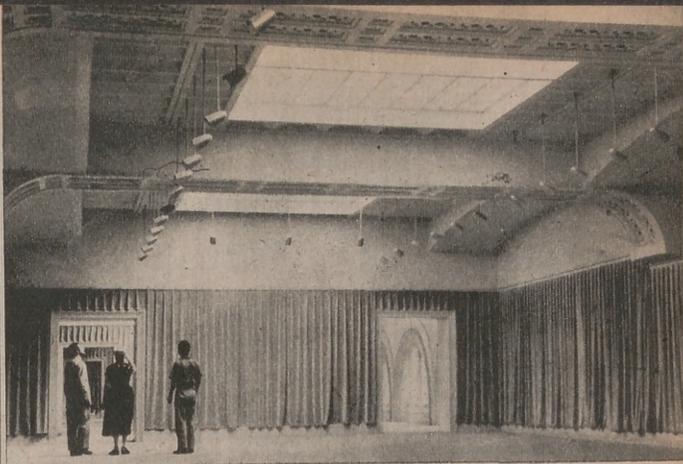
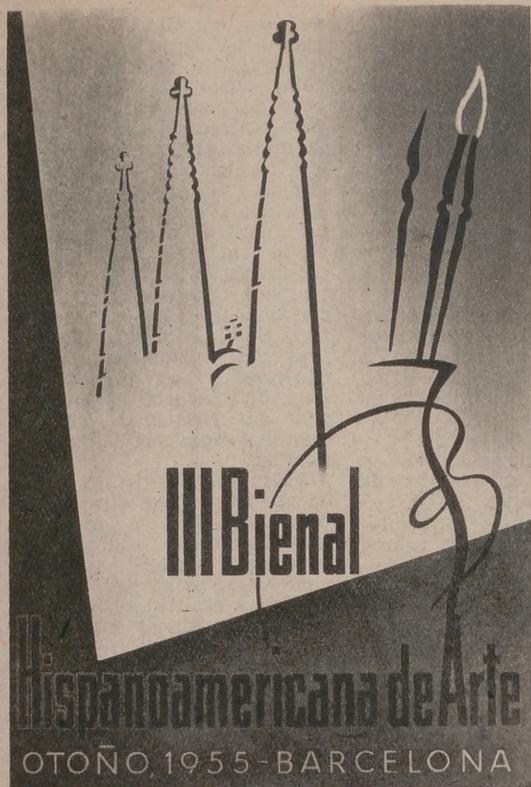
Tiene también, para los que sentimos terror ante el crecimiento desmesurado de las capitales, otro valor ejemplar, otra dimensión aleccionadora: marca el camino de la descongestión, de la cura preventiva del cáncer de las ciudades. ¡Ay, y cómo desearía uno un Madrid rodeado de cinco ciudades florecientes tipo Aranjuez que se distribuyeran la concentración industrial y la aglomeración de habitantes, mejor que una urbe multimillonaria de habitantes y de industrias, plantada sola en el centro de España!

Diego JALON
(Enviado especial)

(Fotos de Tella.)



Nave de talleres de Experiencias Industriales



OTRA OPORTUNIDAD PARA LOS JOVENES

3 MILLONES DE PESETAS EN PREMIOS

Cientos de obras están llegando a Barcelona para participar en la III Bienal de Arte Hispanoamericano

SE ESPERA UNA SANTA CENA DE DALI

José Hurtuna, uno de los más representativos pintores de la pintura barcelonesa, pide aún mayor severidad en la selección; por el prestigio de la Bienal y porque —según nos dice— «este certamen no tiene aún bastantes amigos en el extranjero, y debe cimentar su prestigio con el de las obras que exponga».

Le pregunto el porqué de la fuente del pequeño patio interior. Y me explica que éste va dedicado íntegramente a la obra de Clará, y que el pequeño estanque está destinado a valorar una de las obras del extraordinario escultor catalán.

SEIS MILLONES DE PESETAS EN INSTALACIONES

A mi alrededor, los obreros construyen, instalan, pulen, limpian, en una auténtica ofensiva contra el tiempo. Junto a un estrambótico vía crucis de tablas, donde cuelgan ropas de calle, sorprendo a uno de los encargados. Me explica que en el Palacio de la Ciudadela se han elevado dos pisos nuevos a las alas existentes, duplicando su capacidad; se ha hecho una instalación eléctrica nueva para todo el edificio, que completa la luz cenital de las salas; se han cubierto patios—uno de ellos, de 20 x 20 metros, dedicado a la gran escultura, ha sido recubierto con viguetas de hiero.

Pag. 61.—EL ESPAÑOL

SOBRE el suelo, los sacos de cemento y los cables eléctricos dan a las salas un extraño aspecto de ciudad sitiada, con barricadas y alambre de espino. Para hacer más viva la imagen, un grupo de hombres discuten a gritos, mientras, otro pasa veloz arrastrando una extraña plataforma con dos bultos de forma amenazadora envueltos en papel de embalaje. Se podría pensar que se trata de ame ralladoras sí, a través de una puerta enmarcada de lienzos de pana, otro grupo de hombres no estuviera trazando en piedra la forma del cada de una fuente, que tiene ya una añoranza de agua clara en la piedra. Apoyada en la pana oscura que tapiza la pared, una ciudad extiende sus tejados dentro del mar como una ventana abierta a un lejanísimo país.

No; no es una ciudad sitiada; es, simplemente, el campo de la batalla incruenta y delicada del arte: la III Bienal Hispanoamericana.

EL DESNUDO VESTIDO

Saltando sobre los sacos, los cables y las telas, cien hombres están vistiendo de gala las viejas salas y las salas nuevas del Palacio de la Ciudadela de Barcelona. Dentro de dos semanas, o poco más, exactamente el día 24 de la Merced, bajo estas mismas cristaleras que tamizan la luz pesada del verano, tres mil obras de pintura y escultura cantarán al visitante esa rara llamada de belleza que lleva dentro cada artista. Ahora camino a lo largo de las salas enormes. De los techos cuelgan, como estalactitas, los ojos de los focos apagados. En un rincón, una muchacha de bronce con un cántaro en la mano luce sobre el delicado desnudo un absurdo camisolín de lienzo blanco



Palacio de la Ciudadela, donde se abrirán las salas de la III Bienal. Arriba, una de las nuevas salas

sujeto con alfileres; en una evocación de playa mediterránea o, por lo menos, de ducha. Es una escultura que aun tiene que pasar por el tamiz implacable del Jurado.

En la sala continua, dos electricistas discuten y bregan tratando de averiguar por qué no funciona la instalación eléctrica. Un tercero, cruzado de brazos ante un grupo de cuatro lienzos que yacen contra la pared, efectúa un severo juicio crítico particular. Es algo así como un espontáneo de Jurado.

Me dan ganas de preguntarle cuál dejaría pasar, si fuese parte auténtica en la criba despiadada, pero necesaria, de valores; que, al parecer, ha eliminado ya previamente de la muestra cerca de 1.300 obras, contra 1.800 aceptadas; todo ello, claro está, en lo que se refiere a artistas españoles, ya que cada país tiene su particular Jurado de selección.

y con cristal—; se han hecho mamparas de fibra de madera, entradas, almacenes... Total: seis millones de pesetas y 4.000 metros lineales para exponer. Y se construye una aduana para servicio exclusivo de la Bienal, y una estafeta de Correos.

En la Secretaría la actividad es ya casi delirante; sólo siete personas llevan en peso la parte más ingrata de la Bienal. Entre docenas de obras amontonadas se clasifican cuadros, se controlan envíos, se solucionan retrasos. Correspondencia, propaganda, ficheros del catálogo. A un «Muy señor mío» le sigue un desconcertante «¿Más pana todavía?». Un expositor pregunta; luego es la carpeta de Fulano, ¿dónde está la carpeta de Fulano? y una secretaria, que ha debido hacer cursillos de ilusionismo, se la saca de una metafórica chistera. La resaca del teléfono pone una música marvante de fondo. Llega una obra retrasada; surgen diez mil pegas. Un «impaciente» pretende inscribir su obra: «No; el plazo se cerró el día 15 de agosto, señor». Es agotador. Y, sin embargo, Leopoldo Panero, el poeta, secretario de la Bienal, sonríe.

LA III BIENAL Y LA PINTURA MODERNA

El gesto y la palabra de Panero, lentos, son un sedante entre tanta fiebre.

Iniciamos la conversación:

—¿Han llegado ya cuadros?

—Muchos; yo calculo que sólo españoles, y sin contar las Exposiciones retrospectivas y monográficas, vamos a colgar más de mil ochocientos lienzos.

—¿Y de fuera?

—Los primeros en llegar han sido los mejicanos, unos docientos lienzos. Y también los uruguayos, ecuatorianos y panameños. Estoy muy contento.

—¿Por la afluencia?

—Porque no quedará ni un solo país hispanoamericano sin mandar obras al certamen.

Recordamos aquellos tiempos en que, en las Exposiciones clásicas de Bellas Artes, los artistas con ansias de renovación eran arrinconados en la famosa sala «del crimen», que llegó a hacerse famosa. En la Bienal no pasa eso; en ella predominan, en un gran porcentaje, las obras de pintura, escultura y arquitectura contemporáneas; las más avanzadas tendencias tienen allí su representación.

—Y Dalí, ¿manda algo?

—Acabo de recibir una carta, en que me comunica que tiene muy adelantado un cuadro de gran tamaño con el que piensa concurrir.

—¿Qué representa?

—Una Sagrada Cena. Mide tres metros por uno ochenta, y, según me dice Salvador, deberá exponerse inconcluso, pues parece que no le da tiempo a terminarlo. También parece que exponeremos alguna de las joyas que diseñó.

—Y, a propósito, ¿llegaron los de Méjico?

—Sí; pero no se montarán hasta dos días antes de inaugurar la Bienal.

Méjico, como Uruguay, Guate-

mala, Estados Unidos y Canadá concurren por primera vez a la Bienal.

—¿Qué manda Estados Unidos? —Docientas piezas muy estimables. Y un envío de arquitectura, con obras de una gran modernidad.

—¿Se va a colgar ya algo?

—Aun no acaban de terminar su labor los Jurados de selección.

—¿Mucha obra eliminada?

—Se hila muy delgado.

—¿Se vendió mucho en la II Bienal?

—Pues, sí. Así como en la primera no se vendieron arriba de media docena de cuadros, en la segunda se vendieron obras españolas por más de dos millones de pesetas.

—¿Quién vendió más caro?

—Vázquez Díaz; le dieron en Venezuela, por su retrato de Juan Ramón Jiménez, 200.000 pesetas. Palencia vendió ocho cuadros, por un total de un cuarto de millón de pesetas, y otros artistas españoles vendieron obras en buenos precios.

—¿Cuál cree usted que es la labor más importante que lleva a cabo la Bienal?

—Precisamente ésa: abrir mercados.

Hablamos de nuestros pintores de París. A Pedro Flores, que consiguió el Gran Premio «Ciudad de La Habana», la III Bienal le dedica una sala de honor, en la que expondrá 15 obras, entre ellas varios cartones para tapiz, un género que es poco cultivado por nuestros artistas. Otra sala de honor tendrá cada uno de nuestros dos Grandes Premios de Pintura de la Bienal: Benjamín Palencia y Ortega Muñoz.

—Además —me dice— haremos una Exposición retrospectiva de Juan Gris y otra de la primera época de Pablo Picasso, entre otras varias.

—¿Quién pone más ilusión en la Bienal?

—Los jóvenes. Es «su» gran Exposición y su gran oportunidad.

LA GRAN OPORTUNIDAD

La Bienal no es sólo un men-

saje ni un acercamiento. Hace ya muchos años que la capitalidad del gran mercado del arte está en manos de países que han sabido fomentar un coleccionismo particular, «barriendo para dentro» a base de monopolizar el prestigio y la cotización, absorbiendo toda la inmigración de artistas, en la que forma una buena serie de nombres españoles o de estirpe española. Por citar sólo un botón de muestra, podría reproducirse algún catálogo de Exposiciones colectivas en París y de representaciones francesas en salones, certámenes y Exposiciones colectivas de toda Europa: Entre nombres de artistas auténticamente franceses, y bajo tal calificación, o la de «Escuela de París», surgen con frecuencia docenas de nombres españoles o hispanoamericanos.

En la «res» artística, es absurdo ese refrán que dice: «El buen paño en el arca se vende»; el artista debe estar en la calle, en las salas de Exposición, en los certámenes; esa es su vida económica, técnica y espiritualmente. En ese aspecto, la Bienal cumple doblemente su labor trascendente: dentro del ámbito de cada país y en el conjunto del arte contemporáneo, y sus posibilidades de trascendencia están muy por encima de cualquier Exposición nacional o privada. Su recién nacido pero ya sólido prestigio le abre incalculables horizontes en la atención del público y en los mercados.

TRES MILLONES DE PESETAS EN PREMIOS

En lo referente a galardones, la Bienal presenta un conjunto, aportado por los diversos países participantes y por entidades privadas, que hace al artista sentirse objeto de una atención y generosidad que motivarán más tarde una más entusiasta dedicación a las distintas facetas artísticas.

Concretamente, en la I Bienal, que se celebró en Madrid en 1951, se concedieron 36 premios, con un valor total aproximado de un millón de pesetas, equivalentes a 2.500 dólares. En la II, celebrada en La Habana en 1954, se otorgaron 67 galardones, valorados en más de dos millones de pesetas, aproximadamente unos 50.000 dólares. En la III edición, que se celebrará en Barcelona, los premios dotados hasta hoy alcanzan ya una cifra que rebasa los dos millones de pesetas, y que, probablemente, se acercará a los tres a la hora de inaugurar el Certamen, sin contar las numerosas dotaciones de las Repúblicas hispanoamericanas, que quedan todavía pendientes de comunicación.

Hay seis grandes premios de 100.000 pesetas, destinados a galardonar trabajos de arquitectura y urbanismo, con los que se premiarán los siguientes proyectos: un aeropuerto intercontinental, urbanización de la costa catalana, Palacio de las Naciones y monumento a la estirpe hispánica, más uno de tema libre, y el Gran Premio de Arquitectura de la Bienal.

Otros dos de la misma cuantía están destinados a las secciones de Pintura y Escultura. Y cinco de 25.000 para las secciones de



Púdicamente cubierta, la muchacha del jarro espera al Jurado

Acuarela y Pastel, Grabado, Dibujo, Joyería y Esmalte, que forman la relación básica de premios oficiales de la III Bienal, dotados con fondos propios o de instituciones españolas:

Hay que añadir a éstos los de nueva fundación: uno de 100.000 pesetas, de la Dirección General de Relaciones Culturales, y 200.000 pesetas más que ofrece el Ayuntamiento de Barcelona.

Independientemente de los premios que se conceden a los artistas, la Bienal otorga, una vez clausurada la Exposición, una serie de premios por valor de más de 100.000 pesetas en total, dedicados a las mejores críticas o documentales informativos de este certamen, publicados en diarios o revistas, o radiodifundidos en España o en el extranjero.

Todo ello evidencia una enorme preocupación en la Bienal por estimular y jerarquizar los valores del mundo hispánico.

Gracias a la Bienal, el arte hispánico, siempre en la punta de la formación y desarrollo de todas las tendencias, es cada vez más conocido y estimado.

LOS JOVENES

Madrid. Calle de Núñez de Arce, calle de tertulia de toreros. Una escalera antigua, un pasillo estrecho, una puerta pequeña. Y un diminuto recibimiento con baldosín rojo, con una diminuta escalera que conduce al estudio.

Agustín Redondela, uno de los pintores jóvenes más notables de España, es pequeño, delgado y tímido. Nada de chalinas. Nada de chaquetas de pana ni camisas rutilantes. Nada de barbas ni de pipa. Redondela no necesita uniforme oficial para ser artista. Tendrá unos treinta y muy pocos, y manos de pintor, y el hablar, castellano también, muy marcado. Agustín ha mandado tres lienzos a la III Bienal: un paisaje de Castilla, una procesión de pueblo, deliciosa, y un lienzo de gran tamaño que se titula «Hombres de Sigüenza». En la anterior Bienal, en La Habana, consiguió un premio de quinientos dólares, y vendió un lienzo en cerca de quince mil pesetas.

Cree en la Bienal, porque es un certamen donde toda manifes-

tación honrada y de calidad tiene cabida, por avanzada que sea.

—¿Hacia dónde evoluciona la pintura joven ahora?

—Hacia un expresionismo. El abstracto no ha cuajado aquí.

LOS MEJORES

—¿Cuál es su estilo?

—La sinceridad.

Luego hablamos de los jóvenes.

—Aquí hay por lo menos treinta pintores, de menos de cuarenta años, tan buenos como los mejores de cualquier otro país del mundo.

—¿Y de los menos jóvenes? Dígame la vanguardia.

—Cossío, Palencia, Vázquez Díaz. Por orden alfabético, para que no haya malas interpretaciones. Y de la siguiente promoción: Ortega Muñoz y Zabaleta.

—¿El más joven de los vuestros?

—No sé; tal vez Alvaro Delgado.

Todos con premio de la Bienal.

POR MAYORIA DE VOTOS

A mano derecha del arco de triunfo que se está construyendo a la entrada de la Ciudad Universitaria se alza, sobrio, el edificio del Instituto de Cultura Hispánico.

En el cuarto piso está instalada la Secretaría en Madrid de la III Bienal, Secretaría que se encarga de las relaciones con los países americanos y con los artistas de Madrid. El señor Otero imprime su dinamismo a estas relaciones.

—¿Qué aportación artística se espera?

—Por lo menos tan numerosa y significativa como la de las anteriores Bienales.

No olvidemos que a la I Bienal, inaugurada en Madrid el 12 de octubre de 1951, asistieron 885 artistas de 21 países.

—¿Cuántas obras podrá presentar cada artista en esta Bienal.

—Presentar, las que desee. Pero los Jurados de Selección, sólo en casos excepcionales, y por votación, admitirán más de tres obras por artista.

—¿Quién califica?

—El presidente de la Bienal, presidente a la vez del Jurado; el Alcalde de Barcelona; el director general de Bellas Artes; el director general de Arquitectura;

el director de los Museos de Arte, de Barcelona; representantes de los Gobiernos patrocinadores de la muestra; tres críticos de arte, designados por el presidente de la Bienal, y cinco artistas galardonados con grandes premios en anteriores muestras.

En todos los Concursos, el sistema de votación ha preocupado a los expositores. En la Bienal se votará por el sistema de mayoría, formada por la mitad más uno de los votos presentes. No se puede votar por delegación. Si hay empate, decide el voto del presidente.

—¿Qué se hace con las obras galardonadas?

—Las premiadas por cuantía superior a 15.000 pesetas, en pintura, y 40.000, en escultura, quedarán en propiedad de la Bienal o de los donantes del premio. En las demás secciones—salvo, claro está, en las de arquitectura y joyería—, los premios se consideran como de adquisición. Las obras vendidas, mientras lo hayan sido en el recinto de la Exposición, abonarán una comisión del 15 por 100 de su precio de venta, en beneficio de la Bienal.

UNA NUEVA SECCION: JOYERIA

—Creo haberle oído decir antes «sección de Joyería»...

—Sí; esta Bienal ofrecerá, como sección complementaria, una importante muestra de joyería y esmaltes. Los joyeros de Tasco, en Méjico, están creando trabajos especialmente para este certamen. Y la casa Alemany & Ertman, que tiene en exclusiva las joyas diseñadas por Dalí, ha ofrecido, generosamente, una colección muy completa de esta nueva manifestación, artística del pintor de Cadaqués.

—¿Qué ambiente existe en los países de Hispanoamérica?

—Extraordinario. En Argentina, por ejemplo, el diario «La Razón» ha propuesto para sede de la IV Bienal la ciudad de Buenos Aires. Pero todos los países americanos han realizado una gran labor para concurrir.

—¿Qué fecha de clausura está prevista?

—La del 6 de enero de 1956

—¿Y después?

—Una sala de la Bienal de Venecia presentará las mejores obras de esta III Bienal Hispanoamericana, y otras muestras antológicas de la misma se exhibirán en Museos de Washington, Nueva York, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

El arte hispánico, de esta forma, recorrerá triunfal las salas del mundo.

—Por último, quiero que exprese usted el agradecimiento de la Bienal a toda la Prensa, española o no, que tan gentilmente ha colaborado al éxito que indudablemente alcanzará esta III Bienal. Sobre todo, merece especial gratitud la Prensa uruguaya, que está siguiendo las etapas preparatorias del certamen con una atención extraordinaria.

Entre el césped, a la salida del Instituto, una carabela de bronce señala con el bauprés, como un pincel, una imaginaria singlatura de hace casi quinientos años.

Fausto DE LIMA

(Fotos de Marcial Moliné.)



Un extraño «calvario» creado inadvertidamente por los albañiles que trabajan en las obras del Palacio de la Ciudadela

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110

OTRA OPORTUNIDAD PARA LOS JOVENES

TRES MILLONES DE PESETAS EN PREMIOS



Cuadros y cuadros invaden las salas que van quedando habilitadas en el Palacio de la Ciudadela de Barcelona, que se está acondicionando para albergar a la III Bienal de Arte Hispanoamericano. En la fotografía de abajo vemos a un obrero que aprovecha un alto en el trabajo para contemplar las obras que esperan ser colgadas. (Información en la página 61)

CIENTOS DE OBRAS ESTAN LLEGANDO A BARCELONA
PARA PARTICIPAR EN LA III BIENAL DE ARTE
HISPANOAMERICANO QUE SE ABRIRA EL DIA 24

